

mientrastanto.e

Número 244 de abril de 2025

Notas del mes

Por una política de defensa verdaderamente democrática

Eduardo Melero Alonso

La Unión Europea y el «keynesianismo armamentista»

Albert Recio Andreu

Desglobalización descerebrada: apuntes ecogeopolíticos

Asier Arias

Por un frente amplio contra el lado patriarcal de la derechización social

Antonio Giménez Merino

Peligro de naufragio en una coyuntura inclemente

Albert Recio Andreu

Millennials: la dificultad de mantener relaciones sociales sostenidas

Manuela Fernández Bocco

Saber, sentir y actuar

Antonio Izquierdo Escribano

Ensayo

Una mirada a algunos debates sobre la decadencia de Alemania

Francesc Bayo

Abane Ramdane: vida y muerte de un revolucionario

Josep Torrell Jordana

Identidades, interseccionalidad y universalismo

Antonio Antón

De otras fuentes

La debacle de la OTAN en Ucrania anticipa la muerte del atlantismo

Jan Krikke

La carrera belicista europea: ¿quién está detrás de la industria de la guerra?

Rubén Juste de Ancos

La amenaza fantasma

Antonio Turiel

Rearme y oportunismo

Antonio Antón

La lógica del beneficio en la crisis climática

Louisa Schneider

Tierras conquistadas

Tariq Ali

Sobreproducción y la crítica socialista

Rolando Astarita

Los progresistas también pueden ser una infección

Enrique Del Teso

Valle de los Caídos: la máquina del odio

Alfredo González Ruibal

Maternidad atravesada

Helena Bayona

La Biblioteca de Babel

El futuro de Europa

Trinitat. La presó de dones ignorada (1963-1983)

En la pantalla

Bye Bye Tiberias

El quinto plano de «La jetée»

Documentos

Llamamiento a favor de la paz y el desarme

Rafael Poch, Andy Robinson, Joaquín Rábago y 52 firmas más

No al gasto militar, el belicismo y el militarismo

Catalunya per la Pau

Informe 69: Malos humos militares

Pere Ortega

Informe 70: Fondo Europeo de Defensa

Pere Brunet

Informaciones

Pronunciamiento en relación con el derecho a la investigación histórica y la memoria democrática

...Y la lírica

Ernest Hemingway

Eduardo Melero Alonso

Por una política de defensa verdaderamente democrática

La política de defensa es un ámbito que tradicionalmente adolece de un grave déficit democrático. Los poderes públicos no han querido abrir un debate social profundo sobre cómo debe ser la defensa y la seguridad. Los planes de rearme de la Unión Europea son un ejemplo más de ello. El [Libro Blanco sobre la defensa europea](#) no pretende abrir ningún debate sino que pretende crear sentimientos de miedo, exagerando las amenazas y la posibilidad de un ataque armado en territorio de la Unión. El objetivo no es otro que evitar las críticas y que la sociedad acepte como inevitable la política militarista que se pretende poner en práctica.

En España ni siquiera se cumplen las exigencias de la democracia representativa. Como trataré de demostrar, hay una práctica consolidada de excluir a las Cortes Generales de los debates sobre la política de defensa. Parece que el mensaje que se quiere enviar a la sociedad es que no hay decisiones importantes que se tomen en materia de defensa y, por eso, no intervienen las Cortes Generales. En mi opinión, está ocurriendo todo lo contrario. Se están tomando decisiones de política de defensa muy relevantes al margen del parlamento, vulnerando claramente lo que establece la Constitución española.

La [Revisión Estratégica de la Defensa](#) se elaboró en 2002. En su anexo A se definen los intereses nacionales de seguridad. Hay que destacar que este anexo fue elaborado por un grupo de trabajo compuesto únicamente por militares. Ni el Gobierno ni el Ministerio de Defensa consideraron necesario abrir un debate dentro de la opinión pública sobre una cuestión tan relevante. En última instancia, la defensa nacional tiene como finalidad proteger los intereses nacionales de seguridad. Según la Revisión Estratégica de la Defensa es un interés vital de seguridad y, por tanto, debe preservarse frente a cualquier forma de agresión «la prosperidad» de los españoles. También se definen los intereses estratégicos que contribuyen decisivamente a la garantía de los intereses vitales. Entre otros intereses estratégicos de seguridad se incluyen el mantenimiento de la libertad de intercambios y de comunicaciones, así como la seguridad en el suministro de recursos básicos. En diciembre de 2002, se debatió la Revisión Estratégica de la Defensa en la Comisión de Defensa del Congreso de los Diputados. No hubo debate sobre los intereses nacionales de seguridad. Tampoco se debatió sobre la ampliación del derecho de legítima defensa que se recoge en la Revisión Estratégica de la Defensa. Una ampliación que incluye la legítima defensa preventiva y que es contraria a la interpretación tradicional del contenido del derecho de legítima defensa en la Carta de las Naciones Unidas. Ni se debatió sobre la posibilidad de que las Fuerzas Armadas españolas realizaran intervenciones militares para asegurarse el suministro de recursos básicos, por ejemplo, el petróleo. Algo que también prevé la Revisión Estratégica de la Defensa y que contradice la prohibición del uso de la fuerza armada que incluye la Carta de las Naciones Unidas.

El [artículo 63 de la Constitución](#) española establece que «Al Rey corresponde, previa autorización de las Cortes Generales, declarar la guerra y hacer la paz». Este precepto no se ha aplicado nunca, a pesar de las múltiples intervenciones militares en el extranjero que han realizado las Fuerzas Armadas españolas. La Ley Orgánica de la Defensa Nacional tampoco regula las

operaciones militares que están directamente relacionadas con la defensa de España o del interés nacional ni establece las condiciones a las que se someten estas operaciones (se limita a regular las [operaciones que no están directamente relacionadas en sus artículos 17 y 19](#)). Esto resulta problemático y podría utilizarse para [justificar ataques preventivos o intervenciones militares para asegurarse el suministro de recursos básicos](#), en línea con lo que recoge la Revisión Estratégica de la Defensa. No ha habido debate social sobre estas cuestiones tan importantes.

Tampoco hemos tenido un debate sobre la ampliación de hecho del ámbito geográfico de actuación de la OTAN y sobre las operaciones militares que puede llevar a cabo dicha organización. Desde 1999, esta ampliación se ha llevado a cabo sin modificar ni una coma del Tratado del Atlántico Norte, a través de sucesivos conceptos estratégicos. No se ha seguido la vía jurídica porque la modificación de dicho Tratado hubiera exigido la intervención parlamentaria en los Estados miembros. En España, la celebración o la modificación de los tratados de carácter militar requiere autorización previa de las Cortes Generales [[artículo 94.1.b](#)]. Los conceptos estratégicos de la OTAN prevén que dicha organización puede intervenir en cualquier lugar del planeta, algo que no está previsto en el Tratado del Atlántico Norte, según el cual el ámbito de actuación de la OTAN se limita a la zona euroatlántica. Desde 1999, los conceptos estratégicos de la OTAN también hacen una interpretación muy amplia del derecho de legítima defensa que podría incluir la legítima defensa preventiva, algo contrario a la Carta de las Naciones Unidas. La OTAN también ha evitado el debate parlamentario sobre su financiación. El compromiso político de dedicar un 2% del PIB a gasto en defensa no se ha discutido en el parlamento español. A pesar de que el [artículo 94.1.d](#) de la Constitución exige autorización de las Cortes Generales para adoptar tratados que impliquen obligaciones financieras para la Hacienda Pública.

En la ausencia de debate parlamentario sobre las decisiones más relevantes que se están adoptando en el ámbito de la OTAN hay un ejemplo esperpéntico. Antes de la cumbre de la OTAN que se celebró en Madrid los días 29 y 30 de junio de 2022, se firmó [un acuerdo internacional entre España y la OTAN](#). El Gobierno acordó su aplicación provisional. Una vez celebrada la cumbre, el Gobierno español solicitó el dictamen preceptivo del Consejo de Estado, órgano estatal que consideró, en [octubre de 2022](#), que el acuerdo con la OTAN debería haber sido autorizado por las Cortes Generales ya que imponía obligaciones financieras. Finalmente, nueve meses después de la celebración de la cumbre de la OTAN, en [marzo de 2023](#), el Congreso de los Diputados otorgó la autorización para celebrar el convenio con la OTAN; el Senado lo hizo en [mayo de 2023](#).

La marginación de las Cortes Generales también se ha producido en relación con el Convenio de cooperación para la defensa con Estados Unidos de América. En mayo de 2023, el Gobierno español permitió que el ejército de Estados Unidos incrementara su presencia en la Base Naval de Rota, aumentando de cuatro a seis los buques destructores AEGIS autorizados a tener base permanente en Rota. Se hizo a través de un [acuerdo administrativo entre el Gobierno de España y el Gobierno de Estados Unidos de América](#), por considerar que se trataba de una cuestión de mera ejecución del Convenio de cooperación para la defensa con Estados Unidos. En mi opinión dicho aumento de la presencia militar norteamericana requiere una modificación del Convenio de cooperación previa autorización de las Cortes. No se trata de una cuestión técnica ni de ejecución del Convenio de cooperación para la defensa; además este Convenio únicamente autoriza la presencia de cuatro destructores AEGIS de la Marina de Estados Unidos. Tampoco creo que

haya habido un debate social adecuado sobre el contenido del [Convenio de cooperación para la defensa con Estados Unidos](#). Según el Convenio, las autoridades españolas otorgarán las autorizaciones para las escalas de buques «sin solicitar información sobre el tipo de armas a bordo de los buques»; las autoridades españolas tampoco pueden inspeccionar los buques de Estados Unidos (anejo 3 del Convenio, apartados 7 y 9.3).

Defensa y debate democrático son términos antagónicos en la práctica. Un ejemplo simbólico de ello es la definición de la cultura de defensa. Según el [artículo 31 de la Ley Orgánica de la Defensa Nacional](#) «El Ministerio de Defensa promoverá el desarrollo de la cultura de defensa con la finalidad de que la sociedad española conozca, valore y se identifique con su historia y con el esfuerzo solidario y efectivo mediante el que las Fuerzas Armadas salvaguardan los intereses nacionales. Asimismo, el resto de los poderes públicos contribuirán al logro de este fin». Parece que, para el legislador, la ciudadanía debe limitarse a aplaudir la política de defensa que marque el gobierno. A la sociedad civil no le corresponde hacer preguntas en este ámbito y, mucho menos, cuestionar dicha política. Como señaló [Javier de Lucas](#), «la pregunta radical de toda reflexión sobre la paz es porqué y de qué debemos defendernos, o, mejor, porqué y de qué es necesario que nos defiendan, porqué y de qué nos defiende la política de defensa». Como ciudadanos debemos exigir que se abra un debate sobre estas preguntas y que el debate se realice con el tiempo necesario y con la máxima información.

Albert Recio Andreu

La Unión Europea y el «keynesianismo armamentista»

Cuaderno de locuras 19

La Unión Europea está desconcertada. Militar, política y económicamente. Nada nuevo. Salió mal de la crisis de 2008 y, desde entonces, las cosas han ido a peor. La victoria electoral de Trump, sus primeras iniciativas (especialmente sobre Ucrania), han acabado de generar la sensación de crisis profunda. Pero a las crisis se responder de muchas formas y, por lo que estamos viendo, se está adoptando una senda que, una vez más, sólo supondrá nuevos sufrimientos para la población. Y, posiblemente, ninguna respuesta de calado para cambiar un rumbo errático. La crisis refleja problemas estructurales desde el origen, incompetencia de los liderazgos políticos, e incapacidad para generar respuestas audaces. Por falta de visión y por la acumulación de fuerzas que bloquean todo cambio real.

Los problemas estructurales nunca abordados

La Unión Europea fue una construcción de la postguerra. Hasta la Segunda Guerra Mundial, Europa era un conglomerado de estados nación, dominados por ansias imperiales. Las dos grandes guerras, que los dejaron exhaustos, y que generaron un nivel de sufrimiento, destrucción y muerte brutales, fueron el producto de esta competencia imperialista, insensata y criminal. Aunque exhaustos y/o derrotados, estos países no perdieron del todo sus ínfulas imperiales y de gran nación, aunque tuvieron que aceptar una descolonización inevitable y tramposa (por ejemplo, Francia sigue conservando colonias, camufladas de departamentos, en América, África y Oceanía, y ha continuado manteniendo hasta ahora un persistente intervencionismo militar en muchas naciones africanas). Los países europeos quedaron bajo la tutela de Estados Unidos, el verdadero vencedor de las dos grandes guerras. Y sus capitalistas se sintieron, al menos en la primera fase, amenazados por el comunismo y por la clase obrera interna.

Nunca fue un proyecto real de creación de un nuevo modelo de nación. Ni lo querían sus integrantes ni lo hubiera tolerado Estados Unidos que, a través de la OTAN (y de toda su diplomacia formal e informal) mantenía el control estratégico del proyecto. La CEE y la Unión Europea siempre fueron un proyecto limitado en su autonomía y controlado por los restos de las grandes potencias, Alemania y Francia. El caso de Reino Unido, con su tardía incorporación a la UE y posterior el Brexit, es en parte el reflejo de este conflicto postimperial soterrado que nunca dejó de subyacer.

La entrada de nuevos países complicó las cosas, tanto en el plano económico —eran países más pobres— como en el político. El tratado de Maastricht, que establece las normas para la creación del euro, contiene un diseño neoliberal, pero, sobre todo, se orienta claramente a controlar que las deudas de los nuevos estados (siempre sospechosos de mala gestión económica) afecten a la gestión macroeconómica global. Algo que resultó mucho más evidente cuando se tuvo que abordar el problema de la deuda, y se aplicó una verdadera política de *ucase* económico contra el Sur de Europa en forma de una brutal política de austeridad, con un alto coste económico y

social. La integración de los países del Este quizás fue peor. No sólo se trataba de economías con mayores problemas (hace unos años participé en un congreso de economía en Bulgaria, y varios de los ponentes argumentaban que la mejor opción para el país era fomentar la «economía sumergida o informal»). También de sociedades más pobres, con una larga tradición de políticas autoritarias y con un feroz nacionalismo. El nacionalismo tradicionalista fue realmente lo que trató de utilizar el estalinismo para cohesionar estas sociedades (solo hay que ver lo parecido que tiene el «arte» de los nazis y el del realismo socialista, los símbolos y las representaciones artísticas también contribuyen a moldear nuestras miradas). Nunca hubo un proyecto de construir un modelo social, y las tensiones nacionalistas están en la base de los problemas en el este. Unas tensiones de las que tampoco han sido ajenos los grandes países europeos, que atizaron la segregación de la antigua Yugoslavia o han tolerado que a la población de origen ruso en los países bálticos se le negara la nacionalidad.

La Unión Europea nunca ha constituido la voluntad de crear un verdadero proyecto federal supranacional. Ha estado dominada por políticas neoliberales (Alemania se autoimpuso una política de ajuste estructural antes de la crisis financiera, y sólo la rectificó en parte tras la misma). Ha eludido toda creación de un marco de derechos sociales europeos. En lugar de construir un espacio de cooperación mutua, ha estado dominada por los intereses nacionales de las naciones líderes y sus aliados. Y ha sido totalmente súbdita de Estados Unidos en política internacional (quizás con la excepción de la guerra de Iraq). El resultado de todo ello es el fiasco reciente con las guerras de Ucrania y Gaza. Un fracaso económico (sobre todo con la voladura del Nord Stream) y político. La barbarie de Gaza y las negociaciones sobre Ucrania son un ejemplo de la inanidad de la UE y de su incapacidad de ser consecuente en la defensa de derechos humanos. Es obvio que en todo ello se ha hecho patente su ausencia de poder real frente al imperio yanqui. Pero tampoco puede perderse de vista que también ha jugado un papel nefasto Alemania —tanto en Gaza (donde su mala conciencia y el deseo de lavar su pasado antisemita los ha convertido en aliados *de facto* del Gobierno terrorista de Netanyahu) como en Ucrania: Alemania siempre ha soñado con tener una corona de estados pequeños que sirvan para controlar a Rusia y actúen como una especie de colonias donde externalizar parte de la producción—. Es un cómplice necesario de todas las violaciones e incumplimientos de tratados que han culminado con la agresión rusa a Ucrania.

Ahora reina el desconcierto. La maniobra de Trump en Ucrania, posiblemente orientada a centrar su política agresiva sobre China y pensada para que no se consolide un eje ruso-chino, les deja sin muchas opciones militares en este país. Las agresivas políticas comerciales de momento siembran incertidumbre, pero en todos los casos añaden problemas a una economía y unas sociedades que ya enfrentan un futuro problemático. Y la salida de centrarnos en la seguridad va a contribuir a empeorarlo.

La Unión Europea tiene enormes problemas en muchos campos. En el de la gestión política y el ascenso de la extrema derecha. En el de las desigualdades sociales entre clases y territorios. En el de la crisis ecológica, en un continente que hasta ahora ha requerido ingentes cantidades de energía y materiales del exterior. En el de su orientación productiva ante la crisis ecológica y la reordenación de la economía mundial, el de su dependencia de Estados Unidos... Y frente a esta complejidad de problemas, se nos ofrece una respuesta simplista que no va a solucionar ninguno, y lo más probable es que lo empeore todo.

La falaz opción por el gasto militar

Hace tiempo que desde la OTAN se está presionando por un aumento del gasto militar. Pero la decisión de Estados Unidos de entrar en negociaciones con Rusia sobre Ucrania, marginando completamente a sus aliados europeos, ha servido para potenciar la consigna. Parece un ejemplo de libro de lo que Naomi Klein tituló la «doctrina del shock». Para darle más dramatismo, [ya está corriendo que los servicios secretos europeos alertan de que hay evidencia de que Rusia va a lanzar nuevos ataques a países europeos en un plazo breve](#), y para darle aún más dramatismo, ya se ha proclamado la necesidad de que el personal acumule una reserva de bienes ante una crisis militar o climática (esto último suena más bien como un añadido para rebajar el militarismo obvio de todo el asunto). O sea, que hay que aumentar el gasto militar, y de forma urgente. Sin debatir ni preguntar demasiado, porque los rusos están a las puertas.

Toda esta presentación no añade otra cosa que sospechas. Que la información sería provenga de servicios de espionaje profesionales en la manipulación (o ya no nos acordamos de las armas de Iraq) o que la población deba prepararse para tres días de problemas resulta poco serio. Si realmente hay un peligro inminente de ataque, el aumento del gasto difícilmente va a resolver nada, pues si alguna cosa sabemos del funcionamiento económico (incluido la inversión militar) es que requiere tiempo para concretarse. Y parece que todo el mundo se ha olvidado de que el gasto militar europeo es cuatro veces el gasto militar ruso, y que hay superioridad en personal y armas entre 2 y 3 veces según el tipo de armamento. Si esta superioridad es insuficiente, lo primero sería explicarlo y analizar qué medidas deberían tomarse para mejorar la capacidad de disuasión. Seguramente, lo que refleja esta información es que el gasto militar europeo está sobredimensionado y es parcialmente ineficiente a causa de que cada país ha invertido por su cuenta, los equipos no son compatibles, y quizás son inadecuados. Si la cuestión fuera simplemente militar, lo racional sería hacer un balance conjunto de lo que hay y de lo que falta, y propugnar una política común de defensa más eficiente y menos costosa. Pero lo que se propone es que todos gasten más, sin garantías de que el nuevo gasto sea más eficiente que el anterior. Pero es un gasto que sin duda beneficia a los ejércitos locales y a la industria de armamento. La compra urgente de nuevas armas puede además conducir a la paradoja de que se acaben comprando a los que tienen una oferta viable: las empresas estadounidenses (y hasta es posible que a las israelíes). Lo cual supondría, además, quebrar el presupuesto del keynesianismo bélico (más bien la política de la Alemania nazi) de que el esfuerzo armamentístico potencia la creación de empleo local. No entro en el debate, totalmente básico, del papel que debe jugar la diplomacia y la política exterior en tratar de evitar la guerra (empezando por revisar críticamente todo lo que se hizo mal en Ucrania) ni en el maniqueísmo obvio de presentar a al régimen ruso como un frenético imperialista sin tener en cuenta sus limitaciones demográficas y económicas (y el efecto desgaste de la propia guerra en Ucrania), pero todo ello debe formar parte de una verdadera política de seguridad.

El despilfarro no saldrá gratis. Como se trata de dorar la píldora, ahora se anuncia que los déficits por aumento del gasto militar no computarán a la hora de evaluar las políticas macroeconómicas, y que posiblemente parte de la financiación será colectiva. Alguno de los panegiristas de turno ya lo ha tildado, por enésima vez, como «el fin del neoliberalismo», lo que no se sostiene por diversos motivos. En primer lugar, que en el mejor de los casos el gasto militar extra no se compute no implica que las presiones sobre control de gasto no afecten al resto de partidas. En

segundo lugar, porque si se revisa la actuación de la Unión Europea en los últimos años se observa que se produce un cierto comportamiento cíclico en esta cuestión, en los primeros momentos de una coyuntura crítica se produce un retorno a políticas fiscales más generosas, pero como esto acaba traduciéndose en déficits, hay un retorno a las políticas de austeridad. Ocurrió en la crisis de 2008, la austeridad se impuso en 2010 — tras dos años de políticas moderadamente expansivas—, ha vuelto a ocurrir con la covid, y no hay ninguna garantía de que no vuelva a ocurrir en un futuro próximo. Y es bastante probable que el aumento del gasto a escala nacional se imponga antes que la sindicación de préstamos. Además, como la estructura productiva de los países es muy diversa, algunos (presumiblemente Alemania, Francia, Reino Unido) serán los grandes beneficiarios del aumento del gasto militar, y otros sin industria propia verán empeorado su balance exterior. La presión contra el «excesivo» gasto social, contra los «excesivos» derechos y las «excesivas» regulaciones que afectan a la competitividad internacional tiene largo recorrido, y puede recrudecerse cuando se considera la coyuntura actual de clima bélico y quiebra del sistema internacional de intercambio provocado por el gobierno Trump.

Y hay otras muchas cuestiones que no se tienen en cuenta. Por ejemplo, que la priorización de la industria militar suele ir en detrimento de la transferencia de tecnología a la industria civil (algo que explica por qué EE. UU. nunca ha tenido mucho peso en el sector de bienes de equipo). O cómo la propia paranoia bélica genera nuevos prejuicios contra la población inmigrada, lo que también se traduce en políticas sociales más restrictivas. Y queda la sospecha de que gran parte del esfuerzo bélico tiene menos importancia para frenar la hipotética invasión rusa y más para conseguir una posición de fuerza en la voraz política de aprovisionamiento de materiales estratégicos.

Europa, como se ha dicho, tiene graves problemas. Es un continente de imperios derrotados que ha seguido viviendo, en parte, de la renta colonial y de la inercia de su desarrollo tecnológico y su especialización productiva. Pero vive sobre una casi completa dependencia energética, y carece de los elementos materiales y del predominio tecnológico de países como EE. UU. o China. Tiene que hacer frente a una evolución demográfica que alimenta la inmigración extracomunitaria pero es incapaz de adecentarla por la supervivencia de un racismo subyacente. Debe afrontar en serio la crisis ecológica, pero adopta políticas que pueden llevarla en vía muerta. Y lleva años cuestionando las políticas de bienestar, de servicios públicos universales, que son posiblemente su mejor experiencia (aunque no llegan a todos los países de forma adecuada). El keynesianismo militar no va a solucionar ninguno de estos problemas, y lo más probable es que los empeore. Cuando unos políticos llaman a la guerra, casi siempre están convocándonos a un nuevo desastre.

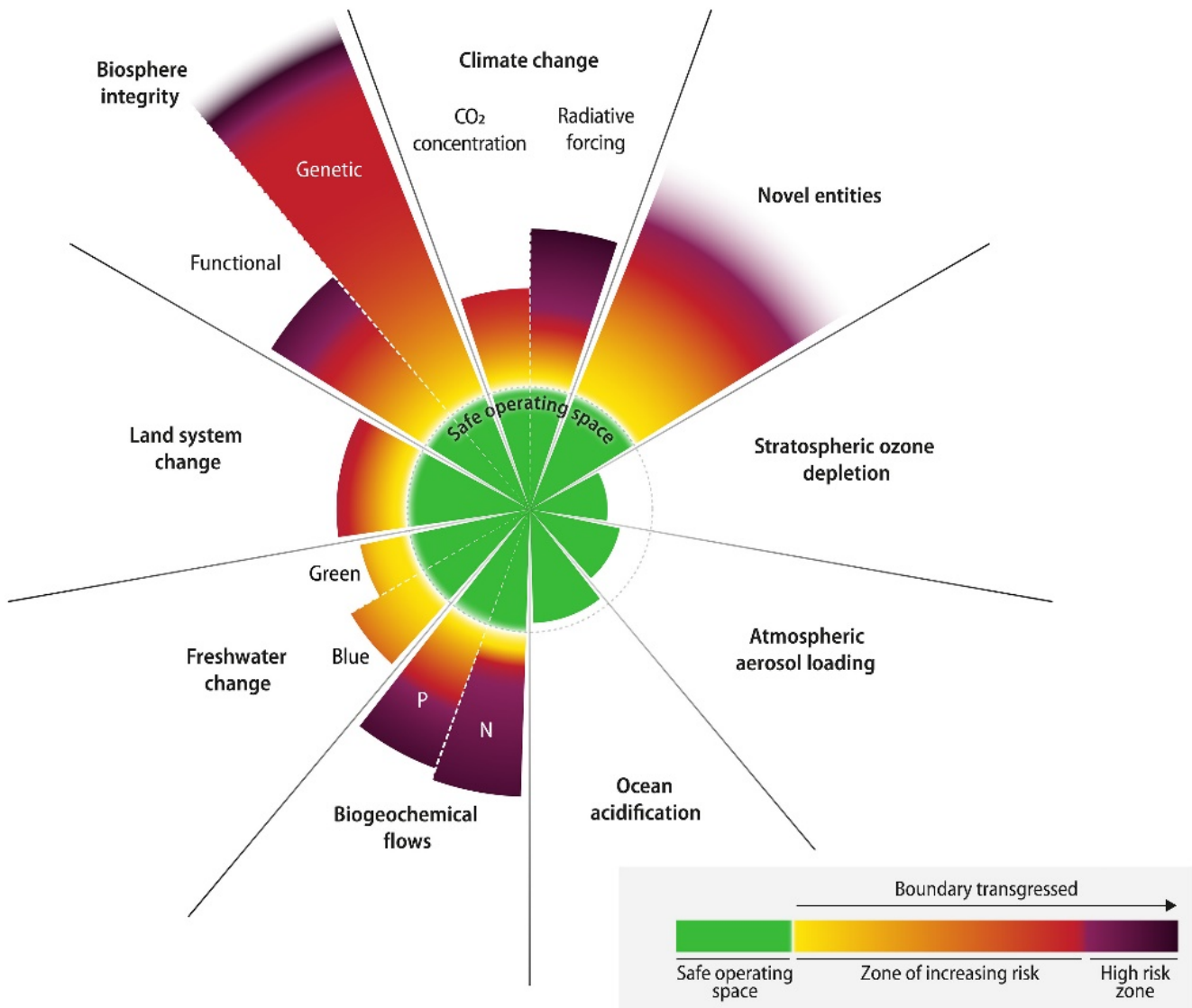
Asier Arias

Desglobalización descerebrada: apuntes ecogeopolíticos

Una frase extraña, ciertamente. Veamos si podemos desentrañarla en cuatro o cinco pasos.

El contexto material de la desglobalización

La confusión entre «cambio climático» y «crisis ecológica» sigue siendo frecuente, pero se trata del mismo error que cometería quien confundiera la llama con el incendio. El marco de los límites planetarios –desarrollado por Johan Rockström, el desaparecido Will Steffen y colaboradores– nos sirve para entender por qué.



Richardson, K. et al. (2023) "Earth beyond six of nine planetary boundaries", Science Advances, 9(37)

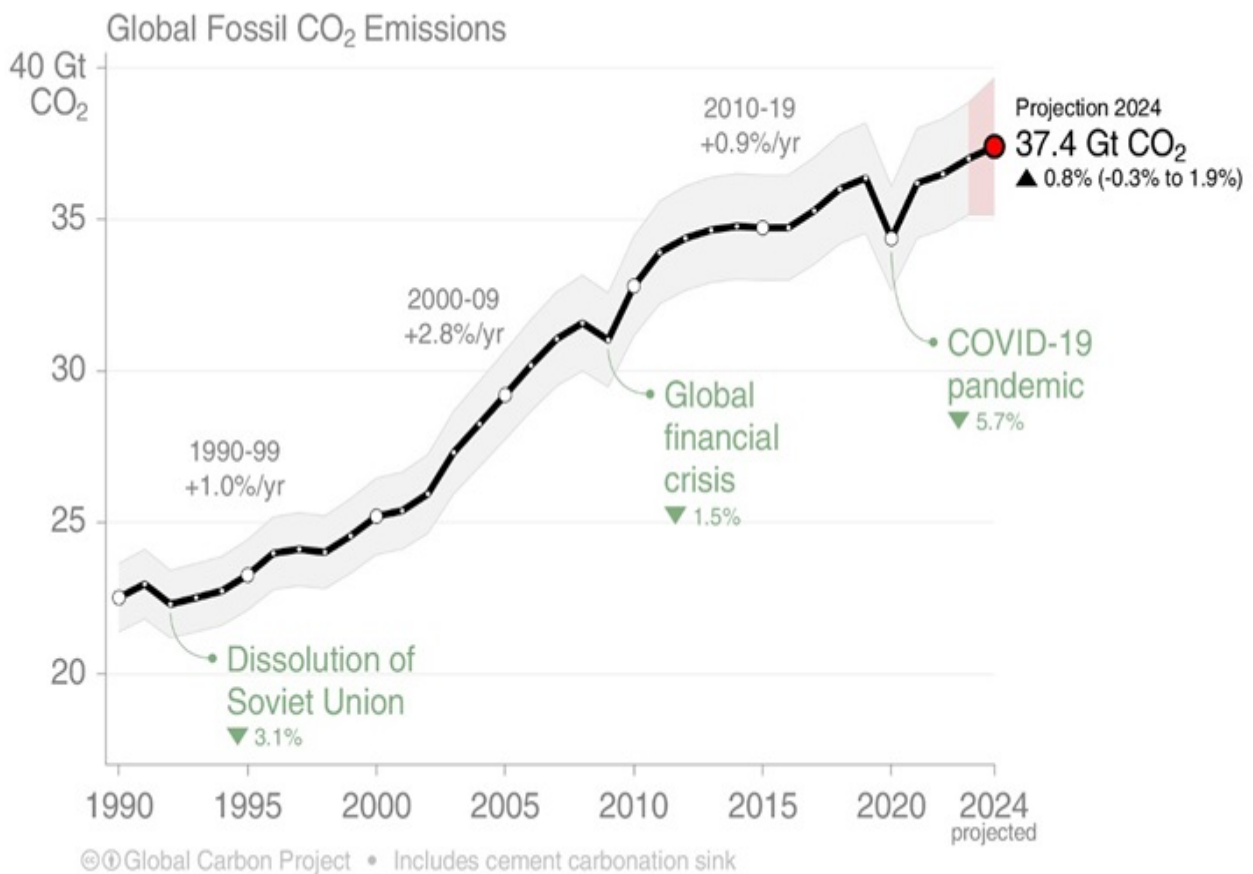
La zona verde del centro delimita un espacio seguro para el desarrollo de la vida humana en este planeta, un espacio definido por el siguiente conjunto de dimensiones (en sentido horario, desde las 12:00): cambio climático, contaminación química, erosión de la capa de ozono, concentración de aerosoles en la atmósfera, acidificación de los océanos, ciclos biogeoquímicos, uso de agua dulce, cambios en el uso del suelo y pérdida de biodiversidad. Un vistazo basta para constatar que el cambio climático no es nuestro único problema.

No lo es, y no conviene olvidarlo, pero sus dimensiones –inmensas, ominosas– justifican en cierta medida que confundamos aún la llama con el incendio. En el *Informe especial del IPCC sobre los impactos del calentamiento global de 1,5 °C*, «oficialmente por los gobiernos de todo el mundo en 2018», el IPCC nos decía que con un calentamiento de 1,5 °C las condiciones de habitabilidad del planeta se harían complicadas, aunque existirían posibilidades de adaptación para las sociedades humanas (con oscuros matices regionales, claro). Con un calentamiento de 2 °C, añadía el informe, esas posibilidades podrían volatilizarse (IPCC, Grupo I, 2019: cap. 3). Desde entonces, un cuerpo creciente de evidencia y análisis apunta que por encima de 1,5 °C podríamos adentrarnos en territorio desconocido, sobrepasando peligrosos puntos de inflexión y desatando bucles de retroalimentación positiva que nos empujarían a un calentamiento descontrolado (*runaway climate change*).

Estos «límites de seguridad» (de 1,5 °C, de 2 °C) tienen vínculos inciertos con aquellos «puntos de inflexión»: sabemos que por encima de 1,5 °C las cosas van a complicarse considerablemente, pero tanto el grado de calentamiento como el de otros factores de forzamiento bajo los cuales esos bucles podrían desatarse permanecen –en buena medida– indeterminados. Dejando pues de lado la importante cuestión de esos «puntos de inflexión», preguntemos: ¿dónde nos encontramos hoy? ¿Cómo de lejos estamos de cruzar esos «límites de seguridad»?

La noción de «presupuesto de carbono», que vendría a responder a la pregunta acerca de cuánto podemos emitir antes de rebasar esos límites, nos ofrece una aproximación. Atendiendo sólo al principal y dejando de lado el resto de los gases de efecto invernadero (CH₄, NO₂), para disponer de un 50% de posibilidades (ruleta rusa con 3 balas) de mantenernos por debajo del límite de 1,5 °C, podemos emitir aún unas 200 Gt de CO₂: al ritmo actual, habremos dilapidado ese «presupuesto» en un lustro (si quisiéramos jugar con 2 balas, 2027 sería el año en que habríamos agotado ese «presupuesto»). Para disponer de un 50% de posibilidades de mantenernos por debajo de 2 °C nos quedarían unas 1.100 Gt: al ritmo actual, habremos dilapidado ese «presupuesto» en un cuarto de siglo (si quisiéramos jugar con 2 balas, el plazo se acortaría un lustro).

El problema de ese ritmo es que debería estar disminuyendo, pero lo que está pasando con él es justamente lo contrario.

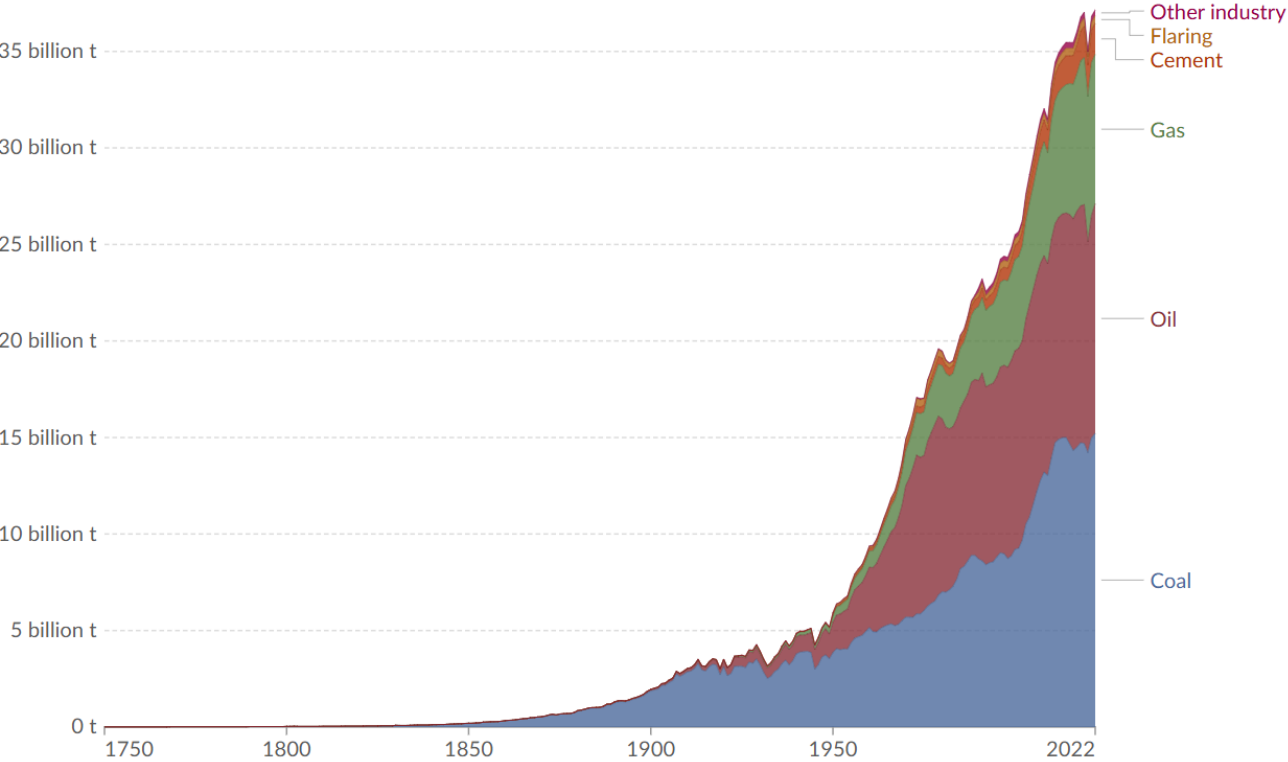


Global Carbon Budget 2024, *Key Messages*, p. 12

La última caída del PIB mundial –reflejada, como las anteriores, en una reducción paralela de emisiones– fue la ocasionada por la pandemia de COVID-19. Fue la mayor caída del PIB mundial desde la Segunda Guerra Mundial, y también la mayor reducción anual de emisiones: de en torno a un 6%. De acuerdo con las estimaciones del último informe del IPCC (IPCC, Grupo III, 2022: 329), las reducciones necesarias para mantenernos por debajo de 1,5 °C debieran ser considerablemente superiores.

Conviene abrir el foco para apreciar la trayectoria de esa curva de emisiones y comprender así que la expresión «como toda la vida», en boca de nuestros contemporáneos, es un absurdo. En occidente, el último par de generaciones ha vivido en un mundo completamente excepcional: de la alimentación al ocio, de la producción al consumo, nada ha vuelto a ser «como toda la vida» desde que esa curva comenzara a buscar la vertical en la breve y extraordinariamente destructiva bacanal fósil que sucediera a la Segunda Guerra Mundial.

CO₂ emissions by fuel or industry type, World



Our World in Data (a partir de datos del *Global Carbon Budget 2024*)

Esa bacanal será de hecho breve, porque los combustibles fósiles son un recurso finito, y los hemos despilfarrado en un parpadeo geológico (Europa y Estados Unidos han sido responsables de en torno a dos terceras partes de ese despilfarro, de forma que debe matizarse el sujeto de aquel «hemos»). Al ritmo actual, en seis décadas habremos quemado las reservas probadas de petróleo y gas natural, pero ya sabemos lo que pasa con ese ritmo: si no queremos legar un planeta inhóspito a la siguiente generación, debería comenzar inmediatamente a ralentizarse –según una estimación autorizada, para contar con una probabilidad del 50% de limitar el calentamiento a 1,5 °C, el 60% de las reservas de gas y petróleo deberían permanecer bajo tierra (Welsby et al., 2021).

La idea de que sin combustibles fósiles –o con una disponibilidad decreciente de ellos– vamos a vivir igual que con ellos es no sólo errónea, sino también muy peligrosa. Esa idea se llama «transición energética». Es un dogma incuestionado de nuestra cultura de masas que gracias a la «transición» podremos hacer con electricidad lo que hoy hacemos con petróleo. A estas alturas debiera ser innecesario explicar que eso es físicamente imposible, que dispondremos de una cantidad considerablemente inferior de energía y que los portacontenedores eléctricos seguirán ocupando más espacio en los publireportajes que en los mares.

Se supone que la globalización es mucho más que el comercio internacional. Como mínimo, habría que añadir frases subordinadas con locuciones elegantes como «integración financiera», «movilidad del capital», «circulación de servicios», «flujos de información», etc. Dejo para el esparcimiento de la lectora el siguiente ejercicio: elimine petroleros, metaneros y portacontenedores de la ecuación y compruebe a continuación en qué se le quedan aquella «integración», aquella «movilidad», aquella «circulación» y aquellos «flujos».

No discutiremos aquí los factores físicos de la desglobalización. En lugar de ello, nos aproximaremos en lo sucesivo a ella desde algunos de sus ángulos políticos.

Sin caretas

Volvamos a nuestras emisiones. Las élites políticas y económicas llevaban una década exhibiendo una preocupación creciente y amagando ambiciosos compromisos de reducción de emisiones. De pronto, están dejando de hacerlo.

Von der Leyen, recién sentada al frente de la Comisión Europea, anunciaba un importante compromiso de reducción de emisiones. Otros, de Xi Jinping a Boris Johnson, hacían al tiempo lo propio. Era 2020. Pocos meses atrás, las «huelgas por el clima» (*climate strikes*) habían movilizado a millones de personas en más de 150 países. Se oía un runrún verde, y si los políticos tienen un oído fino, los CEOs lo tienen aún más.

Miguel Pajares nos contaba en *Bla-bla-bla. El mito del capitalismo ecológico* (Rayo Verde, 2024) que 2020 fue el año de mayor impulso al «compromiso empresarial» con la reducción de emisiones. No obstante, en los años previos había echado ya a andar una pasmosa cantidad de agrupaciones orientadas a la articulación de esos «compromisos»: Business Ambition for 1.5 °C, Corporate Leaders Group, Countdown, Global Optimism, Mission Possible Partnership, Net-Zero

Insurance Alliance, Race to Zero, RE100, Science-Based Targets, The Climate Pledge, We Mean Business. «Santas Intenciones Inc.», en otras palabras.

Aquella efervescencia de «responsabilidad climática» que culminara en 2020 tuvo lugar en el marco de una renovada euforia en torno a la «responsabilidad social corporativa». Mirando al infinito con contrición, los dueños empleaban en los meses previos a la pandemia los principales foros del capitalismo global para hacer públicos sus nobles propósitos. Así, por ejemplo, la Business Roundtable (Business Roundtable, 2019) o el Foro Económico Mundial (Schwab, 2019) compartían por aquel entonces sus transformadoras experiencias místicas: «nos ha sido revelado que los beneficios no deben ser sólo para nosotros, que tenemos que compartirlos con toda la sociedad». Los más veteranos habían escuchado antes esa enternecedora canción: «en la década de 1950 lo llamaron la ‘corporación de buen corazón’. De pronto, las corporaciones se habían vuelto bondadosas y rebosaban amabilidad hacia los trabajadores y hacia todo el mundo. Supuestamente, había comenzado una nueva era» (Brooks, 2020).

Transcurridos apenas cinco años de aquellas experiencias místicas, aquellos «Grandes Reseteos» y aquellas «agendas transformadoras para la reinención del capitalismo», parece que los vientos están cambiando. En los últimos meses, corporaciones como Shell, BP, Alphabet, Nestlé o Easyjet han roto sus compromisos de reducción de emisiones. Simultáneamente, en el mundo de la banca, la Net Zero Asset Managers Initiative dejaba el negocio de la guía espiritual financiera mientras los mastodontes del sector abandonaban la Net-Zero Banking Alliance –Goldman Sachs, Wells Fargo, Citigroup, Bank of America, Morgan Stanley, JP Morgan, Macquarie Group: «¡el último que cierre!».

Estas «desexperiencias místicas» coinciden en el tiempo con el auge de la desvergüenza como valor político –«malismo», lo llaman algunos–, un auge consumado con el retorno del monarca republicano al trono imperial. Podríamos verlo así: la «corrección política» ya no vende, los desacomplejados toman el relevo de los hipócritas.

Descerebrados metropolitanos

En opinión del grueso de los analistas occidentales, el «orden mundial» saltó en pedazos el pasado febrero. La traducción paladina más verosímil de esa idea es ésta: «poco después de la coronación imperial se expuso a la luz del día aquello que todos sabían ya: que Europa ni pincha ni corta». Lo mejor será echar un vistazo a aquel «orden» para comprobar si algo ha cambiado y, en su caso, qué.

Tras la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos, con una vigésima parte de la población mundial, acaparaba en torno a la mitad de la riqueza global. George Kennan, una de las «palomas» del Departamento de Estado, expuso entonces la situación sin ambages. «Nuestra verdadera tarea para el periodo venidero será la de diseñar un patrón de relaciones que nos permita mantener esa disparidad (...). Para lograrlo, serán necesarias medidas severas» (PPS 23, 24 de febrero de 1948). Y lo fueron. La fuerte línea de continuidad de esas «medidas severas» ha descrito una trayectoria de ocho décadas de operaciones encubiertas e intervenciones militares, cambios de régimen y golpes de Estado. Si trazáramos esa línea poniendo en fila los cadáveres que ha producido podríamos dar con ella varias vueltas al planeta.

Para cuando Kennan subrayara la necesidad de establecer por la fuerza aquel «patrón de

relaciones», planes específicos habían sido desarrollados ya al efecto. «Entre 1939 y 1945 el Consejo de Relaciones Exteriores y el Departamento de Estado realizaron estudios muy minuciosos (...). La concepción que elaboraron fue lo que denominaron la planificación de la Gran Área. La Gran Área era una región que debía ser subordinada a las necesidades de la economía estadounidense (...). La Gran Área debía incluir, al menos, el Hemisferio Occidental, el Lejano Oriente y el antiguo Imperio Británico (...). La Gran Área también debía incluir Europa Occidental y las regiones productoras de petróleo de Oriente Medio; de hecho, debía incluirlo todo, si eso fuera posible. Se elaboraron planes detallados para regiones concretas de la Gran Área, y también para las instituciones internacionales que debían organizarla y vigilarla» (Chomsky, 1985).

La línea de continuidad se mantuvo durante décadas inalterada, pero requirió un ajuste discursivo con la disolución de la URSS, en 1991. A menudo, las «medidas severas» para el control de la Gran Área se ejecutaron bajo el pretexto de la «amenaza soviética», y esa amenaza sirvió de hecho para justificar la existencia de la OTAN y la implantación de cientos de bases militares en todo el mundo. ¿Qué sucedió, pues, con la desaparición de la amenaza? Tras la caída del Muro de Berlín, la administración Bush I publicó una esclarecedora Estrategia de Seguridad Nacional. Puede resumirse así: «nada va a cambiar, excepto los pretextos». Tal y como explicitaba la nueva Estrategia, el verdadero motivo para la adopción de «medidas severas» nunca tuvo nada que ver con la «amenaza soviética», sino más bien con el «nacionalismo radical», es decir, con el hecho de que, en ocasiones, algunos cabezotas se empeñan en desobedecer las órdenes y alterar el debido «patrón de relaciones».

Contra la lógica implícita en cuatro décadas de propaganda, y contra la promesa explícita al último ejecutivo de la URSS en sentido contrario, la OTAN emprendió en 1994 un sostenido programa de expansión y pasó a justificar su existencia presentándose como una organización encargada de la protección de infraestructuras energéticas.

El giro «invasión no provocada» se estableció como obligatorio en el libro de estilo de la prensa occidental el 24 de febrero de 2022. En realidad, aquel programa de expansión dio inicio a treinta años de provocaciones y desprecio de la diplomacia, en drástico *crescendo* durante los ocho años previos a la invasión[1].

Es de suponer que cuando los «aliados occidentales» del hegemon en declive se lamentan por la ruptura del «orden mundial» tienen en mente algo más allá de las perspectivas de distensión en la frontera nuclear más peligrosa del planeta. En otro caso, el «orden mundial» por el que suspiran se reduciría a aquellas provocaciones. Desde luego, nadie en su sano juicio podría pretender que aquel orden se ha volatilizado porque, de repente, nuestro hegemon en declive ha comenzado a contemporizar con «regímenes autocráticos»; o porque, inopinadamente, ha empezado a dar muestras de indiferencia hacia la legalidad internacional y los derechos humanos [2].

¿Saltó por los aires el «orden mundial» el día en que los armisticios por recursos vinieron a sustituir a las guerras por recursos?^[3] ¿«Orden mundial» significaba ya sólo «luchar contra Rusia hasta que caiga el último ucraniano» (Chas Freeman)? Es de suponer que no: es de suponer que son otras las pérdidas que lamentan nuestros atlantistas ¿huérfanos hoy? cuando lloran laruptura del «orden mundial», pero es difícil ver cuáles.

Una cosa es cierta: el viejo «orden mundial» se tambalea, pero venía haciéndolo antes de Trump 2.0, y los contornos posibles de la reconfiguración de ese orden venían así tanteándose hace años. Se venía hablando, por ejemplo, de necrocapitalismo (Bobby Banerjee), capitalismo de la escasez, capitalismo de la finitud (Arnaud Orain), capitalismo caníbal (Nancy Fraser), hiperimperialismo (Instituto Tricontinental), tecnofeudalismos (Durand, Varoufakis), ecofascismos (Taibo, Malm).

Mi impresión es que necesitaríamos algo así como una ecogeopolítica de la desglobalización para comenzar a orientarnos respecto de aquella reconfiguración. A continuación, podríamos empezar ya a preguntarnos qué sucedería si se diera el caso de que la segunda administración Trump tuviera, a diferencia de la primera, una política exterior definida. Por mi parte, apostaría que no la tendrá: apostaría, en otras palabras, por una desglobalización descerebrada. No obstante, antes de presentar el caso por la desglobalización descerebrada, sigamos el ejemplo unánime del espectro completo de opinión en nuestros medios y busquemos un orden en la sucesión de tiros al aire.

« Though this be madness, yet there is method in't »

La noción de ecogeopolítica vendría a recoger la idea de que sólo cabe ya pensar en serio las relaciones internacionales desde la perspectiva de los límites planetarios, del mismo modo que no cabe ya pensar qué pasa(rá) con éstos sino desde la óptica de las formas posibles de la desglobalización en ciernes. Por lo que a ésta se refiere, ha habido a lo largo de la historia del capitalismo flujos y reflujos de «integración económica» y «libre comercio». Como principio general, el libre comercio es la política de las potencias dominantes: el juego que imponen a sus economías subordinadas, la receta para la subordinación de éstas. La historia económica es transparente en este punto.

Quizá lo que estamos experimentando hoy no sea sino el intento de los sectores económicos mejor posicionados políticamente –con caras visibles del sector tecnológico– de adecuar los restos del marco regulatorio a sus intereses. Nada muy diferente de lo sucedido en épocas previas de reflujo liberal. Los mercados son el juego preferido de los poderosos, pero sólo mientras la partida está dispuesta para que la ganen, nunca antes («industria naciente») ni después («competencia perfecta»). No es raro, en fin, que un hegemon temeroso de perder la mano –la administración Reagan frente al Japón de la «quinta generación», por ejemplo– o en manifiesto declive reescriba en clave proteccionista/mercantilista las reglas del juego.

Como sucede de forma general con la nueva extrema derecha, la principal baza de las relaciones públicas de Trump es el victimismo: la denuncia del asfixiante poder de la gente sin poder. En su cabeza –en sus palabras, al menos– las provincias están exprimiendo a la metrópoli. Para enmendar tamaña injusticia anuncia una nueva ronda de «guerras comerciales». Parece preocuparle mucho el déficit, y parece pretender ponerle parches arancelarios: impuestos que, en

realidad, pagarán los consumidores y las empresas estadounidenses. El efecto de los aranceles es difícil de predecir, porque depende de unos cuantos factores más allá de su cuantía: en particular, del tiempo durante el que se apliquen y de las medidas que adopten terceros. Sería muy raro, con todo, que los aranceles anunciados no contribuyeran a incrementar la presión inflacionaria. Quizá, por algún albur, se produzca en EE.UU. un pequeño repunte reindustrializador, pero su trayectoria sería más que incierta, dada la pérdida de capacidad de compra doméstica y las dificultades para la exportación que traerán consigo las «medidas simétricas» (la devaluación del dólar se perfilaría entonces como la única vía para enfrentar esas dificultades). Aunque la inflación y la desaceleración de la economía estadounidense son los resultados más verosímiles de esta jugada maestra (Roberts, 2025), todo indica que el principal vencedor de la nueva ronda de guerras comerciales será el proceso de desglobalización en ciernes.

«*Though this be madness, yet there is money in't*»

Quizá haya que buscar pues el método de la locura en otra parte. Quizá la jugada maestra resida en la erosión simultánea del poder duro (OTAN) y el poder «blando»^[4]. O quizá, malician los más avisados, la jugada consista en meter una cuña entre Rusia y China para «contener» a la República Popular, objetivo último de todo el tinglado.

Quizás, pero *quizá todo sea en realidad exactamente lo que parece*: multimillonarios ególatras sin el menor interés en nada que no sean ellos mismos, tan siquiera en sus empresas, no hablemos ya de sus países. Se trata, en efecto, de multimillonarios antisistema: para ellos, el sistema es todo excepto ellos mismos. Los trabajadores, los sindicatos, los tribunales, las leyes, los organismos reguladores: todo cuanto pueda interponerse entre ellos y sus beneficios. Eso es para ellos «el sistema», el enemigo. Rubén Juste lo explicaba recientemente con su habitual lucidez (Juste, 2025a).

Podéis pues entreteneros leyendo *Project 2025* y tratando de relacionar su prosa poética con los palos de ciego que se irán sucediendo, pero probablemente sea un ejercicio vano: no hay arquitectura ni proyecto ni planes ni nada más allá de un monarca republicano cuyas ocurrencias ha de secundar todo miembro de la corte interesado en hacer buenos negocios mientras dure la fiesta.

Pero no exageremos: este monarca y esta corte tienen muy pocos puntos de contacto con los lunáticos exaltados de hace un siglo. No son fascistas, sino sólo *hombres de negocios sin conciencia de clase*, y tal vez sea precisamente en esta carencia de conciencia de clase donde resida la verdadera ruptura de la fuerte línea de continuidad ?es imposible acomodar a estos antisistema en ningún lugar de ninguna de las tres versiones de la teoría marxiana del Estado capitalista (Elster, 1986: 150 et seqq.): tal es la ruptura.

Nos decía recientemente Ramón Soriano que «América y sus intereses son para [Trump] el primer principio político» (Soriano, 2025). Sin embargo, desglobalización descerebrada significa que ya no se trata de «nosotros, los capitalistas americanos» —a eso se refiere la oscura noción de «intereses nacionales»— sino de «mí, el multimillonario». «Los esfuerzos por detectar alguna estrategia coherente parecen destinados al fracaso. No es que no haya una política coherente. Puede entretenerse una política en el caos: la clase de política que cabría esperar de un estafador ególatra con un solo principio: ¡YO!» (Chomsky, 2021: 164)[5].

Descerebrados de provincias

En la referida Estrategia de Seguridad Nacional de la administración Bush I, la «amenaza soviética» fue sustituida por la «sofisticación tecnológica de las potencias del Tercer Mundo». Hoy, los líderes europeos vuelven a la casilla de salida. Ante el inminente riesgo de que los rusos tomen primero Berlín y avancen luego hacia Lisboa, nos dicen, debemos prepararnos para defender con las armas la democracia y la libertad.

Nuestros comisarios culturales venían mascullando ya estos profundos pensamientos antes de que los bandazos del jefe atlántico les obligaran a escenificar su orfandad. De hecho, todo el espectro de opinión de nuestro comisariado había deglutido y regurgitado esos profundos pensamientos con alacridad y eficiencia antes de la coronación imperial.

Desde el extremo progresista del espectro, Andrea Rizzi nos explicaba recientemente que «la hoja de ruta [de la UE] está clara, salvo para quienes estén cegados por dogmatismo ideológico» (Rizzi, 2025). La retórica de la «ayuda a Ucrania» interpretada como prolongación de la antidiplomacia y la destrucción de Ucrania; la retórica de la guerra por la «defensa de la democracia, los derechos humanos y la legalidad internacional»; la retórica de la necesidad del rearme aun por la vía de la emisión de eurobonos, la relajación de los sagrados dogmas fiscales y la erosión de los restos del Estado social: esa retórica no es dogmatismo ideológico, sino verdad matemática —o revelada, según el día.

Europa (ahora, al parecer, UE+UK), cuyo gasto militar cuadruplica al ruso (según los últimos datos del SIPRI), tiembla ante la amenaza de un ataque sorpresa de los rusos, deseosos de... Y eso es exactamente lo que falta para darle sentido al viejo nuevo pretexto para el rearme: algo plausible con lo que rellenar los puntos suspensivos.

Desde los confines exteriores del extremo progresista, Žižek profundiza en las verdades eternas de la lógica matemática: «¿se tomará Putin las negociaciones en serio, o serán sólo un paso en la continua expansión rusa? La respuesta a esta pregunta no está oculta en la profundidad del alma de Rusia: depende en gran medida de cómo reaccionen los demás a su política» (Žižek, 2025). Y la única reacción razonable es el rearme.

La estrategia argumentativa de nuestros comisarios ha tenido en este punto poco de sutil. Hay, nos explican, dos proyectos europeos: el de la ultraderecha, «una Europa sin alma política», y el del rearme, «la Europa geopolítica, [la del] progreso en política exterior, seguridad y defensa» (Morillas, 2025). Los decibelios militaristas han alcanzado tal nivel en los medios europeos que las contadísimas excepciones a las que se ha permitido salir al escenario sin tambores de guerra han debido comenzar excusándose: «creedme, no soy un agente del Kremlin» (Sánchez-Cuenca,

2025).

Sea como fuere, a la luz del absurdo del viejo nuevo pretexto, la pregunta cae por su peso: ¿rearme para qué? Dos alternativas despuntan: a) para perseverar en la política exterior de obediencia a una metrópoli que, contra las apariencias, no se habría planteado ni por un instante deshacerse de su puño oriental atlántico (el brazo europeo de la OTAN); b) para disponernos a hacer nuevo uso de la que fue durante siglos la «ventaja comparativa» europea, a saber, la violencia –en palabras de John Keay, mientras para los indios la guerra seguía siendo un deporte, los europeos la habían transformado ya en una ciencia[6].

Hay, claro, una tercera alternativa: la obvia. Por algún motivo, mientras el coro cantaba a voz en cuello la conveniencia de construir bunkers en el jardín, a nadie se le ocurrió preguntar «*cui bono?*» (Juste, 2025b), pero si no se trata de keynesianismo militar, sólo puede tratarse de una forma más acabada aun de irracionalidad[7].

Nuestros comisarios culturales han jugado esta vez con maestría la carta del miedo como palanca del rearme[8]. Uno entre los más virtuosos titulaba su columna: «Donde hay miedo hay despotismo», pero no trataba en ella de la campaña de inoculación de terror ante el inminente ataque de las tropas bárbaras, sino del despotismo de quien se «pone al lado de un tirano frente a la Europa democrática» (Vallespín, 2025). En otras palabras, del despotismo implícito en el hecho de la diplomacia, no en su contenido, porque ha sido el hecho y no el contenido el motivo de irritación y el objeto de las críticas.

La campaña de inoculación de terror y el programa de rearme han llegado a calificarse de «gloriosos» (Vidal-Folch, 2025), pero la «gloria» de la «Europa democrática» depende también del ejercicio de la democracia, que consiste en que los dirigentes ofrezcan «una explicación para ayudar a la ciudadanía a comprender (...) las medidas que hay que adoptar» (El País, 2025). No estamos ante decisiones políticas, sino ante hechos brutos[9], datos grabados en piedra que los amados líderes pueden tener la amabilidad pedagógica de explicarnos[10].

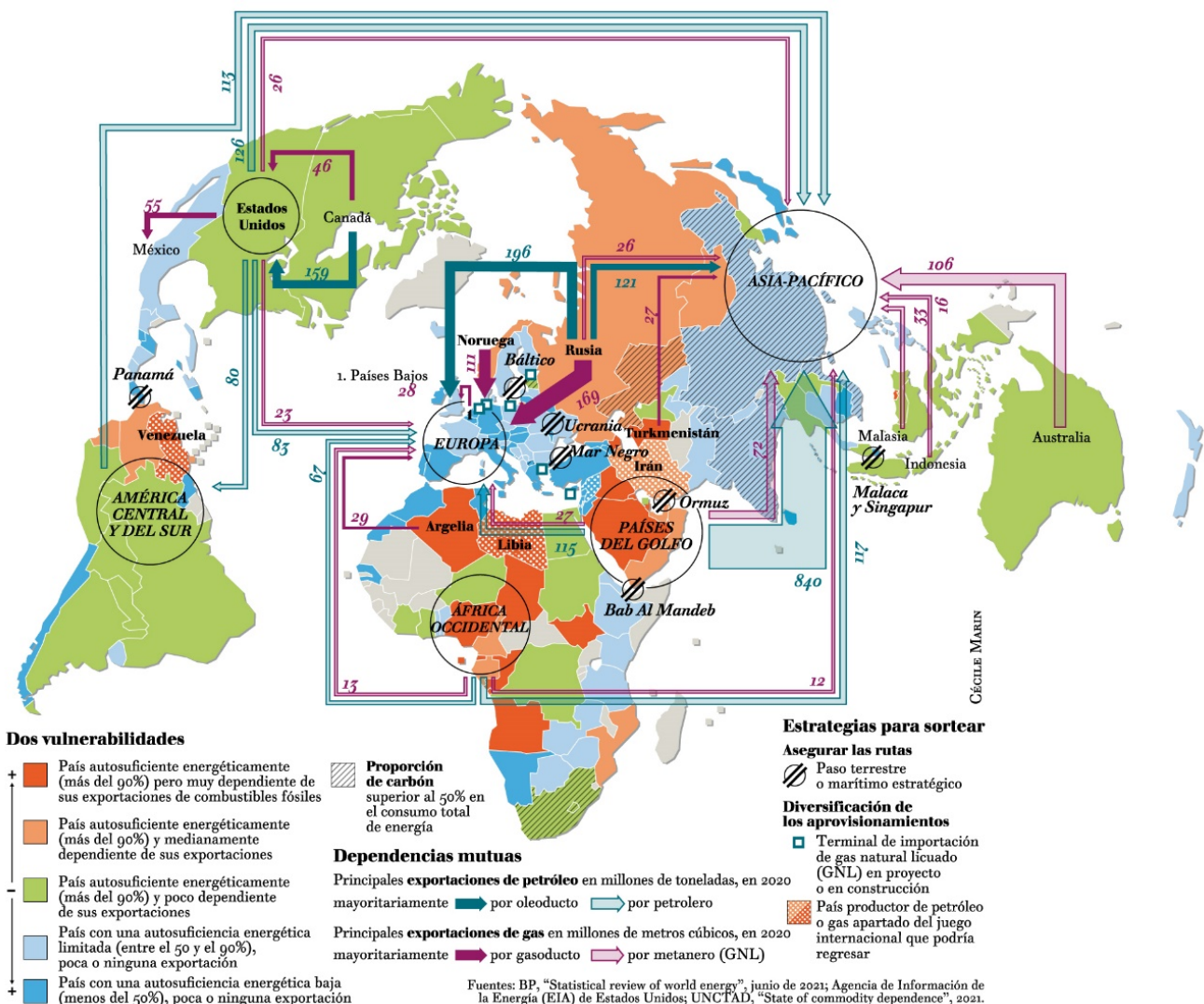
La propuesta pedagógica ha tenido de hecho un gran recorrido. Pedro Sánchez ¿al que ya habían explicado, por otra parte, que «rearme» significa rearme, no políticas climáticas, picnics al sol y demás[11]? sugería hace unos días que «rearme» suena mal, que mejor buscar otra palabra. Desde la portavocía de la Comisión Europea acusaban elocuentemente recibo: «si [esa palabra] hace más difícil transmitir el mensaje a los ciudadanos de la UE de la necesidad de tomar estas medidas, entonces, por supuesto, estamos dispuestos no sólo a tomar nota, sino también a reflejarlo en la forma en que lo comunicamos» (Muñoz, 2025). Las medidas son incuestionablemente necesarias: de lo que se trata es de explicarlas bien, para que los ciudadanos entiendan que el rearme supone el comienzo de «una nueva era» en la que «Europa por fin ha despertado» y ha dado «un paso de gigante» adelante, «un paso histórico» después de arrastrar los pies durante años (Sahuquillo, 2025; Núñez Villaverde, 2025) ¿una nueva era en la que «Europa [habrá de] redescubrir su espíritu combativo y, con él, el sentido de la lucha», pues «en nuestra milenaria trayectoria, la guerra (...) ha sido el arte (...) que ha impulsado la historia de Europa y (...) la narrativa que ha definido la identidad de los europeos» (Scurati, 2025).[12]

Al tiempo que Žižek cantaba loas a la Europa «fiel al viejo lema ilustrado de solidaridad con las víctimas», la decimotercera Reunión del Consejo de Asociación entre la UE e Israel celebraba la perfecta capacidad de las Partes para silbar mirando al techo –e ignorar, sin ir más lejos, el

segundo artículo del Acuerdo de Asociación UE-Israel, que reza: «las relaciones entre las Partes, así como todas las disposiciones del propio Acuerdo, se basarán en el respeto a los derechos humanos y los principios democráticos, los cuales guían su política interna e internacional y constituyen un elemento esencial de este Acuerdo».

Dejando a un lado esta segunda piel de los dobles raseros, volvamos al viejo nuevo pretexto para el rearme. Jeffrey Sachs, que goza en este terreno de la ventaja de saber de lo que habla, explicaba el pasado 19 de febrero en el Parlamento Europeo que la idea de la amenaza rusa es hoy bastante más absurda de lo que lo fue en su momento la de la amenaza soviética (Sachs, 2025). Sachs, que condensó en unos minutos el abecé de la geopolítica reciente –y recibió por tanto la cobertura mediática adecuada: nula–, invitó a nuestros comisarios culturales a dejar de despachar «material para niños» (*childish stuff, childish propaganda*), y a nuestros líderes a aventurarse con eso de la diplomacia –todo un ejercicio de voluntarismo.

El artículo de Rizzi que citaba más arriba puede leerse como un canon. Como tal, incluye todos los elementos de una ecogeopolítica adecuada al proceso de desglobalización descerebrada, incluyendo la ceguera material: «los europeos tenemos todo lo que hace falta para resistir [mientras que] el PIB de Rusia es poco superior al de España». Nunca es mal momento para echar un vistazo a un mapa de distribución de recursos fósiles[13].



Los descerebrados imperiales son unos histriones ignorantes, pero uno no puede evitar pensar en ellos como «unos listos» haciendo el agosto. La impresión es muy diferente cuando uno piensa en las caras visibles de la Europa que prometió «apoyar a Ucrania hasta la victoria» y yugular a Rusia mediante sanciones ?caras, todas ellas, defenestradas hoy, excepto la de Von der Leyen, sentada en un cargo no sometido a sufragio.

Los líderes europeos nos explican ahora que debemos independizarnos cuanto antes del jefe atlántico y conquistar nuestra «autonomía estratégica». No perdamos de vista que se trata de la autonomía estratégica de un continente en el que amanecen cada día alrededor de 100.000 soldados estadounidenses, ni tampoco que la táctica para «independizarnos de Estados Unidos en materia de seguridad y defensa» consiste en obedecer su orden de larga data de aumentar nuestro gasto en defensa^[14]. Dos cosas parecen claras: a) en castellano, «autonomía estratégica» e «independencia de Estados Unidos» significa refuerzo del brazo europeo de la OTAN; b) en provincias, la desglobalización promete ir a ser descerebrada a conciencia.

El objetivo de destinar el 2% del PIB al presupuesto militar, establecido en la Cumbre de Gales (2014), permaneció en el limbo hasta la de Madrid (2022). Ahora, Mark Rutte nos explica que un 2% «no es ni mucho menos suficiente para estar seguros», que será necesario «gastar menos en pensiones, sanidad o seguridad social»: «hacer sacrificios hoy para que podamos estar seguros mañana». Las mentes privilegiadas de la geoestrategia de provincias, de Kaja Kallas a Donald Tusk, lo ven y suben la apuesta: «¿y por qué no un 5%?». Por mi parte, echando unas cuentas humildes en la servilleta, he llegado a la conclusión de que, en la era de la escasez, la saturación de sumideros y la desglobalización, la proporción adecuada para la partida destinada a la producción industrial de chatarra inútil rondaría, en las provincias descerebradas, el 100%.

Referencias

Brooks, C. (2020) «Noam Chomsky on how bosses are making coronavirus 'worse, for their benefit'», *Labor Notes*, 13 de abril.

Business Roundtable (2019) «Statement on the purpose of a corporation», *Business Roundtable*, 19 de agosto.

Chomsky, N. (1970) «Government in the future», *New York YM/YMCA*, 16 de febrero.

Chomsky, N. (1982) «The United States and Latin America», *UC Berkeley*, 20 de mayo.

Chomsky, N. (1985) «American foreign policy», *Harvard*, 19 de marzo.

Chomsky, N. (1989) *Necessary Illusions: Thought Control in Democratic Societies*. London: Pluto Press.

Chomsky, N. (1991) *Media Control: The Spectacular Achievements of Propaganda*. New York:

Seven Stories, 2002.

Chomsky, N. (2016) *Who Rules the World?* Henry Holt: New York.

Chomsky, N. (2021) *The Precipice: Neoliberalism, the Pandemic and the Urgent Need for Radical Change*. Dublin: Penguin.

Cook, J. (2025) «The forever wars may be over, but Trump is no peacemaker», *Jonathan Cook*, 14 de marzo. [Traducción disponible en *Rebelión*, 21 de marzo].

Draghi, M. (2024) «Radical change —is what is needed», *Groupe d'études géopolitiques*, 16 de abril.

El País (2025) «Transparencia ante el viraje geopolítico», *El País*, 9 de marzo.

Elster, J. (1986) *Una introducción a Karl Marx*. Madrid: Siglo XXI, 2020.

Ferré, M. (2025) «BlackRock y los señores de la guerra: ¿quién se lucra con el gasto militar?», *Público*, 17 de marzo.

Hedges, C. (2025) «The empire self-destructs», *The Chris Hedges Report*, 7 de febrero.

Juste, R. (2025a) «Detrás de Musk y Trump: la emergencia de una élite al margen de la ley», *ctxt*, 26 de febrero.

Juste, R. (2025b) «La carrera belicista europea: ¿quién está detrás de la industria de la guerra?», *ctxt*, 26 de marzo.

Maté, A. (2025) «How NATO provoked Russia in Ukraine and undermined peace», *The Grayzone*, 20 de marzo.

Morillas, P. (2025) «Romper los moldes de la Europa geopolítica», *El País*, 5 de marzo.

Muñoz, M. (2025) «Sánchez intenta suavizar el plan de rearme de Europa por las presiones de las izquierdas en España», *Público*, 21 de marzo.

Núñez Villaverde, J. A. (2025) «El rearme europeo, ¿de las palabras a los hechos?», *El País*, 9 de marzo.

Rizzi, A. (2025) «Lo que hay que temer frente al asalto de Putin y Trump», *El País*, 22 de febrero.

Roberts, M. (2025) «La rabieta arancelaria de Trump», *Viento Sur*, 8 de febrero.

Robinson, A. (2025) «No lloremos por USAID», *ctxt*, 14 de febrero.

Ros Martínez, S. (2025) «Invertir en defensa es invertir en seguridad humana», *Público*, 19 de marzo.

Sachs, J. (2025) «La geopolítica de la paz», *ctxt*, 2 de marzo.

Sahuquillo, M. A. (2025) «Europa entra en una nueva fase militar», *El País*, 9 de marzo.

Sánchez-Cuenca, I. (2025) «Todo vale para la paz en Ucrania, incluso el trumpismo», *El País*, 4 de marzo.

Schwab, K. (2019) «Davos manifiesto 2020: The universal purpose of a company in the Fourth Industrial Revolution», *World Economic Forum*, 2 de diciembre.

Scurati, A. (2025) «¿Dónde están los guerreros de Europa?», *El País*, 21 de marzo.

Soriano, R. (2025) «Trump y sus predecesores en la presidencia de Estados Unidos (2)», *Público*, 26 de febrero.

Vallespín, F. (2025) «Donde hay miedo hay despotismo», *El País*, 9 de marzo.

Vidal-Folch, X. (2025) «Gloria y chapuza en el plan europeo de rearme», *El País*, 9 de marzo.

Welsby, D., et al. (2021) «Unextractable fossil fuels in a 1.5 °C world», *Nature*, 597(7875), pp. 230-234.

Žižek, S. (2025) «Europeos, el destino ya no nos sonrío», *Público*, 23 de febrero.

Notas

1. No es una distinción particularmente sutil, pero sigue constando diferenciar aquello que ha sido porfiada y deliberadamente provocado de aquello que quedaría por tanto justificado (Maté, 2025). ?
2. Con motivo del cincuenta aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, Noam Chomsky publicó un librito titulado *The Umbrella of U.S. Power* (1999): un buen punto de partida para cualquiera interesado en comprender la baja estofa del humor negro contenido en el último par de frases. ?
3. ¿Tierras raras en Ucrania? La pregunta cogería con el pie cambiado a los autores de los apartados pertinentes del *World Mining Data 2024* o el *Mineral Commodity Summaries 2024*. ¿En el orden de las millonésimas por ciento de las reservas mundiales? Así pues, ¿a qué ha venido esto? ?
4. Con buen criterio nos pedían Chris Hedges o Andy Robinson que no lloráramos por la USAID (Hedges, 2025; Robinson, 2025). ?
5. «El objetivo de la administración Trump es normalizar sus inconsistencias, hipocresías, mentiras y distracciones para que pasen inadvertidas. La oposición a su voluntad, una voluntad que puede cambiar de un día para otro, será tildada de traición. La única respuesta segura en tales circunstancias es la aquiescencia y la pasividad. En el tumultuoso panorama político que Trump ha creado, lo único que permanece inalterado es el aplauso acrítico de los medios occidentales a la industria bélica occidental» (Cook, 2025). ?
6. «En un mundo en el que nuestros rivales controlan gran parte de los recursos que necesitamos, debemos tener un plan para asegurar nuestra cadena de suministros» (Draghi, 2024). Puede que el plan esté empezando ahora a cobrar forma ?en concreto, forma de F-35 y Eurofighter. ?
7. «La Segunda Guerra Mundial nos enseñó una importante lección económica: la producción

inducida por el Estado en una economía controlada centralmente [puede resultar extraordinariamente beneficiosa para la clase propietaria]. El problema es que en una economía capitalista hay un número limitado de formas en que la intervención estatal puede tener lugar: en particular, no debe competir con los imperios privados, de forma que no puede destinarse a la producción de nada de ninguna utilidad. Desgraciadamente, sólo hay una categoría de bienes superfluos que pueden producirse sin fin: rápida obsolescencia, ningún límite a la cantidad 'necesaria'» (Chomsky, 1970). ?

8. «Los programas políticos [destinados a la consolidación de] mercados garantizados por el Estado para la producción de basura de alta tecnología son difíciles de vender a la población, especialmente si se describen de un modo preciso: el procedimiento habitual consiste en proyectar sobre la población la sombra de la amenaza externa» (Chomsky, 1982). ?
9. Ursula von der Leyen enunciaba el pasado 19 de marzo desde Dinamarca su versión militarista del TINA thatcheriano: «no hay elección». Es improbable que la Doctora von der Leyen se despida de sus amigos de Rheinmetall, Airbus y ThyssenKrupp como se despidió el General Eisenhower del pueblo americano. ?
10. «El papel de la población general en una sociedad democrática que funcione como es debido consiste en ser espectadores, no participantes» (Chomsky, 2016: 89; 1989: 14; 1991: 18). ?
11. En un sobresaliente ejercicio de hacer oídos sordos, una socialista obrera española nos explicaba que el gasto en defensa es necesario para realizar labores civiles, y nos regalaba en adenda la pieza ideológica que define este mes de desconcierto que han vivido nuestras huérfanas élites atlantistas: «ni en nuestras peores pesadillas podíamos imaginar un acercamiento entre Rusia y Estados Unidos» (Ros Martínez, 2025). La disolución del mito del temible enemigo, el enlentecimiento del baile en la cuerda floja de la Destrucción Mutua Asegurada: esto es lo que quita el sueño a nuestros pedagogos. ?
12. Recojo el fragmento completo para los anales de la propaganda con ínfulas pero pocos lances: «En nuestra milenaria trayectoria, la guerra no ha sido, de hecho, sólo un oficio, una constante trágica, un instrumento de poder, ha sido el arte (el conjunto de técnicas, métodos, inventos y talentos) que ha impulsado la historia de Europa y, al unísono, la narrativa que ha definido la identidad de los europeos. A lo largo de los siglos, esta tierra nuestra ha sido un promontorio euroasiático poblada por guerreros feroces, formidables, orgullosos y victoriosos. De todas las invenciones europeas que han dado forma al mundo moderno, las de ámbito bélico (tecnológicas, tácticas y culturales) han sido probablemente las más efectivas e influyentes. Pero las guerras de nuestros antepasados europeos no supusieron solo el dominio de la fuerza, fueron también ocasiones de génesis del sentido: desde Maratón hasta el Piave, los europeos combatieron (y vivieron) fieles a cómo esperaban que se narrara su combate (y su vida). Desde Homero hasta Ernst Jünger, nuestra civilización concibió el combate armado frontal, mortífero y decisivo como su fundamento mismo, porque en la guerra heroica radicaba la experiencia plenaria, el acontecimiento fatídico, el momento de la verdad en el que se generaron las formas de la política y los valores de la sociedad, se decidieron los destinos individuales y colectivos». ?
13. Tampoco para volver sobre el extraordinario trabajo del Observatori del Deute en la Globalització *La mina, la fábrica y la tienda* (2023), en el que se desgranán las consecuencias de que Europa sea no sólo un erial fósil, sino también mineral. ?
14. Curiosamente, buena parte de los celebrados 800.000 millones para confeti y bombas de racimo están destinados a aterrizar en las cuentas de resultados de empresas y fondos de

inversión estadounidenses, algunos de ellos estrechamente vinculados con el propio monarca republicano (Juste, 2025b; Ferré, 2025). Para hacernos una idea del significado de esa cifra, consideremos que el fondo Next Generation EU, creado para hacer frente a los efectos económicos de la pandemia de COVID-19 en la Unión Europea, fue dotado con 750.000 millones de euros. [?](#)

Antonio Giménez Merino

Por un frente amplio contra el lado patriarcal de la derechización social

¿Pero quién dijo que las coaliciones solo lo son de gente enamorada? No, no hay que estar enamorados los unos de los otros. Pero permaneces en ellas porque las fuerzas del fascismo y el autoritarismo, como vemos, están aumentando (J. Butler).^[1]

Una de las claves para entender los vientos reaccionarios que azotan el mundo, la nueva versión radical y desafiante de las derechas que pretende demoler importantes conquistas sociales, es —se dice con bastante insistencia— la frustración de una masa considerable de personas ante un presente y un futuro que parecen cerrar muchas puertas: la del ascensor social que aseguraba una vida digna basada en el trabajo con el sostén del salario indirecto; la de la aspiración de las personas a construirse su propio proyecto de vida, lejos del hogar familiar; la del derecho a migrar en busca de oportunidades mejores que las que proporcionan los territorios de origen; la de imaginar la cohabitación en un mundo más saludable y libre de conflictos violentos; etc.

Este componente psicológico va de la mano con otro que aflora con intensidad en estos tiempos: *el resentimiento* de muchas personas frente a lo que es percibido como un deseo ilegítimo de igualdad por porciones de población sin derecho a ello, al menos en la medida en que implica la sustracción de algo que *pertenecería* a los primeros (puestos de trabajo, ayudas sociales, habitación, espacios públicos, etc.). Esto es justamente lo que, en opinión de Michel Feher (*Producteurs et parasites*, La Découverte, 2024), conforma el verdadero «pegamento» de la extrema derecha.

Tenemos manifestaciones muy próximas y diversas de este fenómeno, confluyente con la distopia global neoautoritaria a la que estamos asistiendo. Por poner tres ejemplos: los movimientos neonacionalistas basados en el odio al extranjero, y su consiguiente intento de restaurar las jerarquías raciales; la reciente polémica en Catalunya a propósito de la «identidad charnegueta», reivindicada por Eduard Solá en su discurso en los Premios Gaudí por su película *La casa en llamas*, donde hemos asistido a una reacción virulenta por quienes siguen defendiendo una noción cerril y excluyente de la llamada «identidad nacional»; o también la oleada transexcluyente y antiprostitución, que trata, desde posiciones conservadoras, de situar el esencialismo biológico (con preeminencia del discurso sobre los derechos reproductivos) como base específica de las políticas feministas, sin percibir que quienes están atacando al feminismo son los mismos que violentan a las personas diversas. En todos estos ejemplos supura la sensación purista y reaccionaria del «algo nos están robando», es decir, resentimiento.

El problema abordado es un fenómeno que descansa sobre otro de mayor trayecto y calado: la archiconocida disolución progresiva de la conciencia de clase y su no reemplazo por instrumentos amalgamadores suficientemente fuertes como para seguir construyendo respuestas organizadas, inclusivas y obedientes a estrategias de largo alcance. No es una de ellas, desde luego, la identidad considerada aisladamente.

Una manifestación de todo esto es la (ciertamente previsible) reacción antifeminista que está poniendo en jaque importantes avances sociales de las mujeres y de las minorías sexuales (no sólo en el plano político, sino también en el simbólico)[2]. Detrás de ello, como causa palpable, anida la frustración masculina ante su pérdida relativa de poder en relación con las mujeres, a quienes se acusa de una especie de *vendetta* en forma de legislaciones que criminalizarían a los varones[3]. Pero ¿es esto *inevitable*?

Si queremos dar una respuesta negativa a esa pregunta, hay que abordar las dos grandes fallas que se coligen del análisis anterior con políticas estratégicas a construir desde la base social.

La primera falla está muy bien explicada por Steffano Ciccone en *Maschi in crisi? Oltre la frustrazione e il rancore* (Rosenberg & Sellier, Turín, 2019). Se trataría de la falta de modelos de referencia alternativos al de la masculinidad dominante capaces de dotar de sentido a los proyectos de vida de los varones: en qué contextos podrían los hombres redefinir más satisfactoriamente su identidad, su relación con el trabajo, su lugar en las relaciones personales. Esto requiere de grandes dosis de imaginación, que cuenta ya sin embargo con bastante bagaje entre los grupos de hombres igualitarios y en la literatura sobre la masculinidad, hacia la cual están mostrando un creciente interés algunos sectores avanzados del feminismo.

La segunda, decisiva, encontrar el modo de hallar unidad no sólo entre los feminismos, sino entre éstos y los varones, sin cuyo concurso masivo va a ser difícil asentar una base social y cultural suficiente para contrarrestar la ofensiva reaccionaria. [Como señala Clara Serra](#), el feminismo (o por mejor decir, las políticas antisexistas) no puede convertirse en una causa particular y subalterna que sólo interpele o convoque a una parte de la sociedad.

Por ello, es más necesario que nunca apelar a una estratégica política de miras amplias, no sólo internamente al campo feminista (estableciendo acuerdos si se quiere de mínimos sobre las posiciones sociales conquistadas que demandan ahora resistencia), sino más allá de él, con el concurso de todos aquellos los varones que buscan construir un mayor compromiso con el cuidado de los demás a través de una comprensión distinta de su relación con el trabajo, el dinero, el poder (tan desigual entre los propios hombres), la sexualidad o el modo de ser hijos y padres. Es a través de este frente amplio por donde podemos vincular la cuestión del género con el futuro de nuestras democracias.

Notas

1. «¿Quién teme al género? Doni Holloway: Conversación con Judith Butler», [Viento Sur](#), de [msnbc.com](#). ?
2. En el campo institucional acabamos de ver cómo la Sección de Apelaciones del Tribunal Superior de Justicia de Cataluña ha absuelto al futbolista Alves con base en la inconsistencia de los elementos probatorios, empezando por el testimonio reiterado de la

víctima. Se soslaya así el elemento del consentimiento, articulador de la Ley Orgánica 10/2022, o ley del solo sí es sí). ?

3. Sobre la frustración masculina por la pérdida de privilegios tradicionales, es imprescindible la lectura de los trabajos de Michael Kimmel. Sobre el papel de la nueva extrema derecha estadounidense en el primer triunfo electoral de Trump, ahora ampliado, vid. *Hombres (blancos) cabreados. La masculinidad al final de una era*, Barlin Libros, Valencia, 2020.?

Albert Recio Andreu

Peligro de naufragio en una coyuntura inclemente

O los dilemas de Sumar

La izquierda alternativa o transformadora quiere cambiar el mundo. Hacerlo más justo, más sostenible, más igualitario. Pero choca una y otra vez con una realidad tozuda, con estructuras de poder muy sólidas, con situaciones que escapan a sus posibilidades de control, a coyunturas enrevesadas en las que cualquier alternativa que se adopte puede conducir al precipicio o la inanidad. La coyuntura actual es de este tipo. Y todo el proyecto del espacio Sumar corre, una vez más, este tipo de peligro. Con una situación complicada tanto en el plano internacional como en el interno.

En los tiempos presentes —donde a corto plazo no se vislumbra ninguna posibilidad de cambio radical—, que una izquierda impugnadora (aunque sea de forma parcial) del modelo dominante siga manteniendo un peso institucional es muy necesario, tanto para conseguir algunos avances como para impedir la total marginación (y hasta criminalización) de todo el magma social transformador que persiste en movimientos sociales, entidades cívicas, sindicatos, agrupaciones feministas, organizaciones de derechos humanos, grupos ecologistas... Que esta representación pueda debilitarse hasta desaparecer no es despreciable. Ha ocurrido en países de nuestro entorno, por ejemplo Italia (que antes era uno de los referentes donde se miraba la izquierda de mi generación, la reformista y la radical). Y, por eso, es relevante saber leer la coyuntura y tratar de navegar en aguas revueltas. Como las que enfrentan Humphrey Bogart y Katherine Hepburn en *La reina de África*.

En el plano internacional, el tema crucial es el del rearme europeo. Hay una imposición sobre España de aumento del gasto militar, hay un clima de guerra insoportable, y hay una crisis en la OTAN. Hay buenas razones para oponerse al rearme y plantear en otros términos el problema de la seguridad, dando mucho más peso la acción diplomática y cuestionando el papel de la OTAN en la guerra de Ucrania. Hay una situación que debería comportar el fin de la OTAN, de la tutela estadounidense, y de reorganizar y repensar la seguridad europea. Pero este planteamiento va a enfrentarse a un acoso mediático que ya se ha iniciado. Y que trata de colocar como trasnochado al movimiento pacifista, de irresponsable (desenterrando la figura de Chamberlain) o, directamente, de colaboracionismo prorruso. Es algo que siempre ocurre en todas las guerras; los pacifistas son las primeras víctimas (Jean Jaurès lo fue en sentido estricto), el preludio de lo que vendrá después.

En el plano nacional, la mala coyuntura viene determinada por los resultados electorales de julio, que dieron a Junts per Catalunya un papel crucial en el equilibrio de bloques. Un Junts que sólo se diferencia de la derecha por la cuestión nacional, que ahora se ve amenazada por la aparición de un Vox a la catalana, y que el *procés* dio alas a un nuevo liderazgo más impredecible y desquiciado. El resultado de todo ello es el bloqueo de muchas de las modestas reformas que Sumar impulsa desde su acción de Gobierno. Ya ha ocurrido con la Agencia Nacional de Salud, y corre el riesgo de experimentarlo en otras cuestiones como la reducción de la jornada laboral. Un bloqueo que neutraliza todo el esfuerzo reformador. Tampoco el PSOE lo pone fácil; las medidas se retrasan, y muchas veces se rebajan. Algo inevitable cuando no se tiene un peso suficiente. Y

no sólo se reduce la visibilidad de la política, sino que dejan espacio a que fuerzas como Podemos puedan impugnarlas (a veces con buenas razones, otras por mera demagogia) y reforzar la imagen de inutilidad de la presencia de Sumar en el Gobierno.

En ambos casos, la política de Sumar se mueve entre dos alternativas sumamente dañinas. La primera, la de mantenerse en el Gobierno aceptando el núcleo de las políticas militaristas, con el falaz argumento de que ahora las cosas han cambiado y Europa requiere un rearme, y sometida a un desgaste paralizador en la mayor parte de propuestas de cambio. La segunda, la de proponer una alternativa frontal que acabe hundiendo al Gobierno y propicie la llegada de un Gobierno de extrema derecha (otra cosa no se puede esperar de una coalición PP-Vox, como ya estamos experimentando en muchas autonomías). Lo destaco con trazos gruesos para subrayar los peligros. Y porque es posible que, en mayor o menor grado, pueda haber gente en el interior del espacio que se mueva en alguno de estos extremos. De lo que hay que ser conscientes es de que tanto una política *seguidista* respecto del poder como un rupturismo insensato pueden conllevar una debacle electoral que no nos podemos permitir.

Es tiempo para la alta política. Para saber defender los principios con inteligencia, para construir un bloque de resistencia a la paranoia militarista, para defender propuestas que se orienten en una justa dirección en la crisis ecosocial, en frenar el ascenso de la extrema derecha es necesario saber orientar las acciones, controlar los tiempos, elegir bien las batallas. Ni es fácil ni se lo van a poner fácil. Ni por parte de los poderes establecidos, de los grandes medios alineados con lo dominante. Ni por parte de esta izquierda, de estos activistas más proclives a la simplificación, al maniqueísmo, al todo o nada que prefieren el heroísmo trágico que la supervivencia corriente.

Sumar empezó bastante mal en su proceso de construcción de una alternativa. Por errores de sus promotores y también por actitudes irresponsables de sus detractores. Ahora la cosa es más difícil, con sus reformas atoradas y la presión de un militarismo peligroso. No puede cometer más errores. Y tampoco puede salirse por sus propias fuerzas. Lo que se juega no es sólo el mantenimiento de una coalición electoral. Lo que se juega es un proceso que amenaza con destruir todo el tejido social de la izquierda por muchos años. Por eso es necesario tanto entender la naturaleza de los problemas como generar respuestas desde todos los ámbitos de actuación que sean conscientes de los límites que impone la coyuntura, y que sepan encontrar formas viables de sortearla.

Manuela Fernández Bocco

Millennials: la dificultad de mantener relaciones sociales sostenidas

Socialización política: 2

Las dificultades para construir un proyecto de vida a largo plazo son un tema recurrente en mi círculo de amistades. Somos treintañeras, vivimos en Barcelona y todas compartimos la sensación de que el tiempo se nos escurre entre los dedos. Hemos normalizado correr de un lado a otro, acumular compromisos sociales, asumir cargas de trabajo absurdas y relegar al mínimo —o directamente a la nada— el espacio para la reflexión, la contemplación y el autocuidado. Sé que algunas desean ser madres, pero ese anhelo hace tiempo se volvió una quimera: nos acercamos a los 40, seguimos compartiendo piso y nuestros salarios pierden valor con cada año que pasa. Algunas, además, aún no tienen la documentación necesaria para residir y trabajar con algo de dignidad en este país o, si la han conseguido recientemente, apenas acceden a empleos con sueldos mínimos.

A diferencia de mis amigas, mi pareja pertenece a un perfil que históricamente ha gozado de mayor seguridad: varón cis, heterosexual, español, ingeniero. Sin embargo, su realidad dista mucho de la de sus padres a su edad. Mientras ellos, de clase trabajadora y con menos formación que muchas de mis amigas en Barcelona, pudieron comprar un piso amplio en el centro de Bilbao en los años 80, él apenas logró acceder a una vivienda de 50 metros cuadrados con una hipoteca a 30 años. Nunca ha querido tener hijos, pero reconoce que, si hubiera crecido con las mismas perspectivas que sus padres, tal vez lo habría considerado.

Se repite con frecuencia la idea de que nuestra generación es más libre, más desapegada, menos atada a los mandatos que marcaron la vida de nuestros padres. Sin embargo, aunque hemos ampliado ciertos márgenes de elección, sería ingenuo pensar que nos movemos de un lugar a otro por puro espíritu aventurero. La figura del nómada digital y del viajero eterno, lejos de representar una nueva forma de emancipación, responde más bien a una estrategia de mercado que capitaliza la inestabilidad. Mientras tanto, las personas que no pueden costearse un pasaje a Bali o un café de especialidad en la última cafetería de moda acaban siendo desplazadas hacia los márgenes de la ciudad. Esta precariedad no solo impacta en lo material, sino también en los vínculos: si el trabajo nos agota, si la alimentación es deficiente, si la terapia es inaccesible, si la vivienda es transitoria, ¿cómo se sostienen las relaciones a largo plazo?

La liquidez de la que hablaba Zygmunt Bauman atraviesa cada aspecto de la existencia: vínculos, proyectos, deseos, incluso las utopías. En un mundo donde todo es transitorio e individualizado, la estabilidad se convierte en un privilegio. No echamos raíces porque no podemos costearlas, no generamos vínculos profundos porque no podemos sostenerlos, no proyectamos futuros porque el planeta se calienta y la concentración de riqueza avanza a nuestra costa.

Es evidente que estamos experimentando un empobrecimiento acelerado. Según un informe de la OCDE, en España los salarios reales han disminuido desde el comienzo de la pandemia^[1]. A su vez, el precio medio del alquiler ha subido un 78% en los últimos diez años, mientras que más

de un millón de viviendas se encuentran en manos de grandes propietarios. Un artículo reciente de elDiario.es señala que las herencias inmobiliarias han alcanzado el mismo peso en el PIB que a principios de siglo, relegando los salarios a una función residual en la garantía de bienestar. Nuestra generación lleva años trabajando sin que ese esfuerzo se traduzca en una mejor calidad de vida, mientras nuestro margen de autonomía se reduce cada vez más. Pareciera que ya nada escapa a la lógica del mercado, que toda experiencia es susceptible de capitalización: nos hemos vuelto serviles a plataformas digitales^[2]. Es cierto que los mandatos sociales que han posibilitado y sustentado el capitalismo se han debilitado. Sin embargo, el sistema socioeconómico ha logrado redefinir sus formas de explotación, utilizando las tecnologías emergentes y aprovechando las nuevas dinámicas sociales a su favor. En definitiva, ha hallado una nueva fuente de extracción: nuestra atención, nuestras relaciones y nuestra identidad.

En este contexto de incertidumbre, fragmentación social, fugacidad de los compromisos y bombardeo constante de estímulos, la politización se vuelve cada vez más difícil. La sobreabundancia de información y la rapidez con que todo se consume y olvida dificultan el desarrollo de un pensamiento crítico sostenido. Las preocupaciones individuales, cada vez más centradas en la supervivencia cotidiana, eclipsan la capacidad de pensar y actuar de forma colectiva. En lugar de unirse en torno a causas comunes, la sociedad se fragmenta en pequeños intereses y batallas aisladas.

En las últimas décadas, las luchas de los movimientos feministas y antirracistas han puesto en evidencia que la opresión no es homogénea, sino que se entrecruza en múltiples ejes de desigualdad como la clase, el género y la raza. Esta perspectiva ha sido progresivamente incorporada en los discursos institucionales y en las agendas políticas, aunque en ocasiones de manera superficial o funcional a los intereses del sistema. Sin embargo, al estructurar la política en torno a identidades fijas, hemos terminado por cristalizarlas, reduciendo la complejidad de las desigualdades a categorías estáticas. Esto ha facilitado la segmentación de las luchas, diluyendo su potencial de transformar la realidad y desviando el foco del verdadero adversario: quienes concentran el poder y perpetúan nuestra precarización.

Mientras tanto, la extrema derecha ha logrado canalizar la desesperación material con discursos simples y emocionales, presentando soluciones que, aunque reduccionistas, son fáciles de digerir. En cambio, muchos sectores progresistas han quedado atrapados en debates internos sobre identidades y legitimidad discursiva, incapaces de articular una pluralidad de demandas en un horizonte común que dispute el poder real. El discurso sobre los privilegios ha sido útil para visibilizar las opresiones, pero cuando los derechos conquistados se transforman en privilegios y el «privilegio» pasa a ser el punto de mira, se pierde de vista la estructura de poder que genera esas desigualdades. Nos señalamos entre los grupos que ocupamos los últimos eslabones de la sociedad y, como en *Don't look up*, dejamos de mirar hacia arriba, hacia la cúpula del poder, donde las grandes corporaciones y los nuevos tecnofeudalistas concentran cada vez más riqueza y control.

Sabemos que las decisiones geopolíticas escapan a nuestro control, ya que ningún sistema es lo suficientemente democrático como para ofrecernos una participación real en un mundo globalizado donde el poder está concentrado en manos de unos pocos. Por lo tanto, es probable que, mientras nos organizamos, la precariedad persista y la desigualdad siga en aumento. Sin embargo, reconstruir un horizonte común es algo que sí está en nuestras manos. No se trata de

revivir la idea de una clase obrera homogénea que ya no existe, sino de ponernos de acuerdo en lo esencial: primero construyamos los cimientos, luego decidiremos el material de las aberturas.

Para que nuestra generación deje de ser un cúmulo de frustraciones aisladas, necesitamos recuperar la capacidad de organizarnos en torno a demandas materiales concretas. Comencemos por luchar por una redistribución real de la riqueza, lo que nos permitirá enfrentar las consecuencias más evidentes de la desigualdad: la crisis de la vivienda y los salarios insuficientes. Solo así podremos comenzar a construir un futuro que, aunque incierto, no esté marcado por la desesperanza.

[Nota que da continuidad a la serie iniciada en [el n.º 240 de la revista](#)].

Notas

1. OECD (2024), OECD Employment Outlook 2024: The Net-Zero Transition and the Labour Market, OECD Publishing, Paris, <https://doi.org/10.1787/ac8b3538-en>. ?
2. Varoufakis, Y. (2023). *Tecnofeudalismo: El sigiloso sucesor del capitalismo*. Deusto. ?

Antonio Izquierdo Escribano

Saber, sentir y actuar

Un diálogo entre generaciones

Estimada Manuela Fernández Bocco, primero agradecer tu colaboración con la revista *mientras tanto*. Haré unos comentarios a tu texto en clave sociológica y desde la perspectiva de la generación que se formó en la época del desarrollismo económico. Esa que a los 20 años se enroló en la ruptura política con el franquismo. Me refiero a la generación de los nacidos desde 1950 a 1965, la que los medios que forman la Opinión Pública (mejor la mente pública), llama los *baby boomers*. Una parte de esa generación (la que impulsó la alianza de la clase obrera industrial con las fuerzas de la cultura) peleó y perdió la ruptura democrática.

El género

Te quejas, en tu texto, de que tu generación ha «relegado al mínimo la reflexión y el autocuidado». Esa formulación me ha recordado dos notas, una sobre las contradicciones del feminismo, y, otra, acerca de la «subcultura femenina» que estampó Giulia Adinolfi en los números 1 y 2 de *mientras tanto* a finales de 1979 y principios de 1980. Hace 45 años que lo escribió y pienso que sus argumentos siguen siendo útiles para pensar y actuar hoy. Me sirve, por ejemplo, para reflexionar sobre «el deseo de algunas de tus amigas de ser madres» que, al rondar los cuarenta años, se os aparece como una quimera.

Seguro que sabes que en ese aspecto eres (y sois) bastante representativa. En 2024, la edad al primer hijo rebasa los 32 años, de modo que se retrasa al menos cuatro años respecto de la edad preferida (28 años según las encuestas de fecundidad). No es eso sólo, sino que el número de hijos que se desea bordea los dos (la parejita) y ese número no ha variado desde hace más de tres décadas. Ocurre que cuando se pospone tanto la maternidad aumenta la infecundidad involuntaria. Una cuarta parte de la generación nacida en 1992 no ha sido madre y de esa proporción, menos de la mitad (el 10%), no son madres por voluntad propia. El resto se ha visto, por así expresarlo, «forzadas» a la infecundidad.

He aquí lo que me sugiere Giulia, respecto de la infecundidad involuntaria.

El hecho de que exista, de manera general, un déficit de fecundidad (tanto entre las mujeres nativas como extranjeras) por causa de una cultura de producción y de consumo que reprime la libertad de procrear y que empuja al retraso de la maternidad, parece implicar una renuncia a algunos de los valores propios de la «subcultura femenina». No es sólo que no se pueden tener los hijos que se quieren, sino que valores como la complicidad en la pareja, la empatía intergeneracional y la superación de la división sexual del trabajo en el hogar son alternativos al modo de vivir que se impone en la sociedad capitalista. Porque no se trata tanto de conseguir los deseos como de perseguir la felicidad.

Sin duda, algunos de los valores que configuran esa «subcultura femenina» sirvieron para la subordinación, la sumisión y la dominación en otros tiempos (nos decía Giulia); pero hoy serían universalizables y podrían beneficiar al conjunto de la sociedad. Virtudes como la paciencia, la

paz o la mayor proximidad a la naturaleza de la vida han sido convertidos, por la fuerza de este sistema socioeconómico, en obstáculos para alcanzar la igualdad tanto en la esfera más íntima (la de la procreación), como en la política y en el ámbito laboral.

La raza

Una línea más abajo mencionas además que algunas de tus amistades aún no tienen la documentación necesaria para vivir con dignidad. Es decir, que por un lado el reloj biológico agota sus pilas, y que, por el otro, en tu círculo próximo hay inmigrantes indocumentadas.

Dos notas al respecto. Quizás te ha pasado desapercibida una encuesta del mes de octubre (de la que se hicieron eco el diario *El País* y la Cadena Ser). En ese sondeo se preguntaba sobre las relaciones con inmigrantes en los círculos de amistad, en la familia amplia, o en la más cercana. Merece la pena que grabemos el resultado en nuestra sesera porque es un dato que tiene un largo recorrido en el futuro de la sociedad. Un porvenir de igualdad social, que no de homogeneidad cultural.

El hecho es que la mitad de los nativos tiene amigos inmigrantes; además, una cuarta parte los halla en su familia amplia; y, nada menos que un 15%, los tiene en su familia más cercana. Son magnitudes que revelan la profundidad que ha alcanzado la población inmigrante en la sociedad. En Cataluña lo sabéis bien. Son datos estratégicos, es decir, que anidan en la estructura social. Resulta esperanzadora la información de que esa mixtura de proximidad genera experiencias positivas entre el 60 y el 66 por ciento de los que las viven. En fin, tu voz es representativa porque el ambiente que tú respiras, según parece, lo respira mucha gente. Los inmigrantes han entrado en la vida cercana y en la esfera íntima.

La segunda nota es para señalar que es necesaria una regularización cotidiana (no sólo una masiva y puntual), dada la dificultad de impulsar una política que encauce las distintas corrientes de inmigración. Concretar vías de entrada y combatir el rechazo creciente hacia los trabajadores que proceden de países pobres. Para decirlo sin aplicar paños calientes, se devalúan (cuando se reconocen) las acreditaciones educativas de países «terceros» y tampoco los empresarios valoran sus habilidades, su experiencia laboral, ni sus capacidades. A igualdad de títulos educativos los ingresos de los inmigrantes (sean extranjeros o naturalizados) son menores y en las titulaciones universitarias la brecha de rentas es mayor. La instrumentalización que hacen algunos partidos del desarraigo de los inmigrantes no comunitarios es funcional a los intereses empresariales de pagar menos y ofrecer peores condiciones de trabajo.

Hasta aquí lo que se sabe. Sin embargo, el cuarenta por ciento de los *millennials* creen que los inmigrantes reciben demasiadas ayudas públicas; un tercio que hacen aumentar la delincuencia; y una proporción similar, entre los hombres de tu generación, defiende que no se debería permitir entrar a las personas del Magreb. Ciertamente no salís bien parados en el termómetro que mide el racismo y la igualdad. Es verdad que las mujeres de tu generación salen algo mejor en la foto: una de cada cuatro pide cerrar las puertas a los magrebíes, pero casi en la misma proporción que los hombres (37%) considera que reciben demasiada ayuda pública. En fin, que andáis divididos frente a la igualdad social.

La clase

Comparto tu percepción de la movilidad social descendente que experimenta tu generación. Considero que está fundamentada y capta una realidad social que va en aumento. Me refiero a la disonancia de situación social que señalas entre tu pareja y sus padres de clase trabajadora a su misma edad. Si echamos la vista atrás podemos comprobar que hace tres décadas se preguntó a los españoles que se adscribían a la clase obrera si esa era su posición social en la infancia. El diez por ciento de los entrevistados declaró su ascenso de clase social respecto de su niñez. Pero ya por aquel entonces decaía la conciencia de clase obrera y el orgullo de esa subcultura obrera. Hoy, en las encuestas del CIS, nadie se identifica como proletario (0,1%) y apenas un 13% se autodefine como clase trabajadora. La información de los noventa la he tomado de los cinco informes sobre *La sociedad española* que patrocinó la Universidad Complutense de Madrid, mientras que la actual procede de los estudios sobre *Tendencias sociales* que ha levantado en los últimos cuatro años el Centro de Investigaciones Sociológicas.

También estoy de acuerdo contigo cuando afirmas que la opresión no es homogénea según raza, género y clase. Y me temo que el enfrentamiento entre oprimidos (y entre generaciones) está servido bajo la insidiosa mirada de los opresores. Pero, llegados a este punto, no coincido con tu apreciación de que la politización es más difícil hoy que ayer, y que la generación *boomer* lo tuvimos más fácil para organizarnos y luchar. Eran otros los obstáculos que había que vencer, ni más, ni menos difíciles. Las limitaciones para adquirir conciencia excedente, es decir, las posibilidades de informarse, educarse, pensar y actuar una vez que las necesidades básicas estuvieran cubiertas, eran, no se te oculta, muy evidentes.

Acabo esta conversación, y espero no haber resultado pesado, subrayando los dos planos de análisis. Es necesario el reparto de los bienes materiales, pero sin descuidar el examen de los valores, en este caso, generacionales. Queda dicho que ambos anclajes son imprescindibles para hacer *política* y no simulación. Por un lado, el conocimiento de la situación social y, por el otro, desentrañar la mente pública. Quizás la izquierda se cree maestra en lo que concierne a los factores objetivos, pero no ha pasado de aprendiz en lo que se refiere a los sentires colectivos. De ahí que el lamento continuado de una generación, clase, raza o género lleva a la frustración, mientras que la acción consciente hace crecer la esperanza. En este sentido no se te escapa, estimada Manuela, que la crisis ecológica nos está matando y que los tambores del rearme no son de hojalata.

Francesc Bayo

Una mirada a algunos debates sobre la decadencia de Alemania

En la Alemania de las últimas décadas, merced a la combinación de una prolongada prosperidad económica y una eficaz política redistributiva, parecía que se había logrado una estabilidad donde se reproducía continuamente una extensa clase media y un proletariado bastante bien pagado. Al menos esa era la impresión que se apreciaba desde los años sesenta del siglo pasado en la llamada República Federal Alemana, y luego en los noventa a partir de la caída del Muro de Berlín y de la reunificación en la que conocemos como la actual Alemania. Además, ese éxito económico se sustentaba en una extraordinaria capacidad industrial exportadora que generaba unos excepcionales superávits comerciales, dotando a Alemania de una situación internacional privilegiada. Sin embargo, esa plácida situación no ha estado exenta de algunos altibajos importantes y en la actualidad está siendo puesta en cuestión, hasta el punto de que algunos analistas hablan de un momento de inflexión donde se aprecian serias tendencias hacia la decadencia económica alemana. Esta es, al menos, la opinión de un conocido periodista económico alemán que durante varios años estuvo escribiendo para *Financial Times* en Londres, y luego se afincó en Bruselas para seguir de cerca la evolución de la Unión Europea[1].

Al hilo de esos momentos de incertidumbre, se han planteado algunas dudas que han vuelto a generar reflexiones sobre el pasado de Alemania y las complejas relaciones de los alemanes con su historia y su identidad nacional. Aunque esas dudas no llegan al punto del complejo de inferioridad que tienen los españoles respecto al retraso en acceder a la modernización democrática occidental, los alemanes también consideran que su país siguió una vía particular (*Sonderweg*) que no se ajustaba a la normalidad democratizadora representada por franceses, británicos o norteamericanos, y que esa circunstancia tuvo consecuencias en la formación de su identidad nacional y en la construcción del estado nación alemán. Mirando al pasado, a los alemanes les ha atormentado tanto la asociación de la construcción del Estado nación a la forma imperial, ya fuera en la versión reducida de la era del Kaiser Guillermo I y Bismarck, pero sobre todo en la versión extendida del Tercer Reich de Hitler, como la percepción de la huella del fracaso democrático de la República de Weimar.

De esa sensación parecieron resarcirse tras la Segunda Guerra Mundial mediante el llamado milagro económico alemán, aunque éste se circunscribía a la parte occidental conocida como República Federal de Alemania (RFA). Además, renunciando a las raíces históricas en la construcción del estado nación, como si la RFA se tratase de un país de nuevo cuño, se pretendía liberar a los «nuevos» alemanes de la pesada herencia del pasado reciente ejemplificada en el Holocausto. Mientras tanto, en la llamada República Democrática Alemana (RDA), desde el principio cimentaron su identidad nacional con una mezcla de orgullo por la construcción del socialismo junto al repudio del nazismo. En consecuencia, con el tiempo se acabó construyendo un consenso aceptando que de algún modo el país no alcanza su normalidad hasta la unificación en los años noventa del siglo pasado, tras la caída del Muro de Berlín y alrededor de la idea de Alemania como una especie de estado posnacional[2]. Por todo ello, en el momento en que parece ponerse en duda la continuidad del milagro económico alemán

que proporcionaba elevados niveles de bienestar, y también se cuestionan de nuevo los resultados de la integración, en la sociedad cunde el desánimo y una parte significativa de la población busca consuelo en las proclamas de la extrema derecha.

En cuanto a la posición de Alemania en Europa y en el mundo, desde la situación de un país ocupado por las potencias occidentales vencedoras de la Segunda Guerra Mundial se fue evolucionando posteriormente, hasta convertirse en una pieza clave en el eje del conflicto de la Guerra Fría que, además, había partido al país en dos con porciones en cada bando. A ello hay que añadir la participación de la RFA como un pilar fundamental de la construcción europea desde sus inicios, con todas las vicisitudes que ambos procesos han significado para los países europeos en su conjunto. Posteriormente, en el tránsito hacia el siglo XXI, se percibía que Alemania había consolidado una sólida posición internacional donde se conjugaban el haber completado la reunificación del país, de una forma más o menos exitosa, con la asunción de la Unión Monetaria Europea y la introducción del euro, asegurando un liderazgo europeo para Alemania o al menos una posición de *primus inter pares* entre el conjunto de sus socios europeos. Pero en los últimos años esa imagen se ha resquebrajado, tanto por las consecuencias de la crisis económica del 2008, y la severa gestión alemana de una austeridad donde mostró una agresiva posición acreedora ante sus endeudados socios, como por las serias dudas que está despertando la decadencia del famoso milagro económico, tal como se ha comentado antes. Por otro lado, en Alemania se ha seguido orillando la cuestión de unas políticas de seguridad y defensa de muy bajo perfil, con la realidad de haber cedido estos temas, en la práctica, a la OTAN o a Estados Unidos, que sería casi decir lo mismo. Pero el estallido del conflicto por la invasión de Ucrania por Rusia ha reabierto el debate sobre la geopolítica en el tablero europeo y en el resto del mundo^[3].

En los apartados siguientes se presentan unas notas con una breve síntesis de diagnóstico sobre algunas transformaciones que se han vivido recientemente en Alemania, y que han generado debates en torno a esa supuesta decadencia en los tres ámbitos arriba enunciados. En concreto, se tratan las consecuencias del estancamiento y/o la decadencia económica, la cuestión de la crisis de la identidad nacional y el resurgimiento del nacionalismo con tintes ultras, y por último la decepción ante el menguante papel internacional de Alemania.

La encrucijada del cambio del modelo económico en Alemania y las alarmas sobre su decadencia

Teniendo en cuenta la evolución desde el pasado reciente del que procede Alemania, donde se ha resaltado tanto el milagro económico e industrial como el éxito exportador, además de ser uno de los pilares del proceso de construcción europea, donde ha llegado a alcanzar el puesto que algunos han denominado de hegemónico, la situación de estancamiento económico alemán de los últimos años se ha vuelto un tema muy preocupante. Para Alemania el éxito de su economía se había convertido en un rasgo relevante de su nueva identidad nacional y de su proceso de reconstrucción como país, ya que carecía de otros refugios históricos nostálgicos a los que pueden recurrir las sociedades de otros países en la búsqueda de mitos que realcen su autoestima, como pueden ser la Declaración de Independencia de 1776 para los estadounidenses, la Revolución Gloriosa de 1688 con el inicio de parlamentarismo para los ingleses, o la Revolución de 1789 para los franceses. Además, el éxito económico alemán se ha sustentado en unos pilares institucionales y estructurales reconocidos como excepcionales y *sui generis*

, como el elevado consenso político en torno a la política económica (el denominado «ordoliberalismo»), el peso importante de su entorno de pequeñas y mediana empresas (*Mittelstand*), el enorme éxito exportador generador de superávits, la incorporación de la cogestión en su sistema empresarial y, asimismo, la extensión de un estado del bienestar de notable calidad, aunque, como veremos más adelante, también haya estado sujeto a severos recortes en la órbita de determinados ajustes neoliberales aplicados igualmente en otros países occidentales.

Los debates empezaron por los análisis que buscaban explicar la situación desde una perspectiva coyuntural, como si el país estuviera atravesando un bache del que se podría recuperar como en ocasiones anteriores, pero pronto han derivado hacia una percepción donde se indica que Alemania se encuentra en unos momentos de crisis estructural^[4]. En los tiempos recientes la economía alemana había pasado por otros momentos complicados, como se explica más adelante comentando la difícil década tras la reunificación después de la caída del Muro de Berlín, pero en las dos últimas décadas mediante unos ajustes de corte neoliberal se había logrado recuperar una estabilidad que se había asentado en varias premisas. Por un lado se logró la consolidación de un modelo económico centrado fundamentalmente en un sector industrial orientado a la exportación, que contaba con un suministro de energía abundante y relativamente barato (basado primordialmente en el gas ruso), con una mano de obra bien capacitada y un sistema de formación con una clara orientación hacia las necesidades del conjunto de las empresas pequeñas y medianas, y por último un entorno financiero estable, con una moneda y unos precios de comportamiento previsible, además de la reducción de las incertidumbres cambiarias en gran medida lograda con la introducción del euro. Por otro lado, el modelo se financiaba fundamentalmente a través del ahorro de los propios alemanes, canalizado a través de un sistema financiero no del todo eficiente, aunque bastante amplio, consistente en una importante red de cajas de ahorros y bancos públicos regionales. El correlato del éxito del modelo alemán fue la generación sistemática de un fuerte excedente por cuenta corriente que permitía adquirir activos en el exterior por parte de las empresas, que consolidaba e impulsaba su presencia externa.

Sin embargo, esos abultados superávits exteriores podían llegar a ocultar algunos signos de debilidad interna y también suscitaban complicaciones externas, porque como veremos más adelante en una buena medida se sustentaban en los déficits de sus vecinos y socios europeos, que eran unos de los principales compradores de los productos alemanes merced al establecimiento de la Unión Económica y Monetaria europea (con el euro como moneda única). También veremos que ese modelo de economía exportadora, aparte de contar con una energía abundante y barata proporcionada por Rusia, se sustentaba en una globalización que dependía de China en dos aspectos: como mercado para colocar productos sofisticados y también como industria auxiliar con mano de obra barata a la que se externalizaba algunos procesos de producción (aunque el despegue de la economía china provocó que en muchos aspectos cambiaran las tornas).

Centrándonos en las debilidades internas, se ha aludido por un lado a un consumo privado interno relativamente apocado, vinculado a unas limitaciones salariales producto de los ajustes mencionados. Este último dato es relevante porque a su vez es un indicador de que la competitividad exterior de los productos alemanes cada vez se ha debido probablemente menos a su alto grado de sofisticación y más al factor precio vinculado a la moderación salarial, porque se ha llegado a afirmar que los trabajadores alemanes de cierta edad han preferido optar por

menos sueldo a cambio de mayor estabilidad laboral. Mientras que desde el lado público la debilidad se ha achacado a la tradicional austeridad y escasez de inversión pública que ha caracterizado la política fiscal alemana en las dos últimas décadas, que ha redundado en un deterioro de infraestructuras de todo tipo (transporte ferroviario, carreteras, puentes, energía...). También preocupa mucho la falta de inversión en la digitalización, con carencias importantes en el ámbito de la fibra óptica (con mucho retraso respecto a sus vecinos franceses o incluso españoles), o en la instalación de contadores digitales en la red eléctrica, por poner un par de ejemplos. Igualmente, el déficit de inversiones y de modernización digital se observa en la administración pública, a la que a menudo se le acusa de un exceso de burocratización ineficiente con mucho papeleo, y algo parecido se le atribuye al sistema bancario.

Entre los debates hay un capítulo aparte sobre los síntomas de la decadencia alemana que tendría que ver con el estancamiento demográfico, con consecuencias para la evolución del mercado laboral porque en gran medida ya no se puede cubrir con los trabajadores autóctonos. En este sentido se reavivan los debates sobre la menor incorporación de las mujeres al mercado laboral en Alemania, si se compara con los países europeos vecinos. Entre las diversas causas se expone la baja cobertura de las infraestructuras de preescolar, además de los incentivos fiscales para las familias en que las mujeres, para cuidar de los hijos, no trabajan a tiempo completo. Por otro lado, el estancamiento demográfico también tiene consecuencias ligadas a todas las cuestiones relativas a la incorporación de los inmigrantes al mercado laboral en toda su extensión. Hay datos que indican que en Alemania hay un desfase importante entre la demanda de empleos de alta cualificación y la capacidad del propio país para satisfacerla, por lo que se tuvieron que relajar las políticas restrictivas de contratación de trabajadores extranjeros en este ámbito, en particular la exigencia de tener elevados conocimientos del idioma alemán.

Hay otras características del modelo económico alemán que han suscitado debates sobre su influencia en la decadencia, que ya se ha mencionado reiteradamente. Una de ellas es la concatenación de intereses empresariales y políticos, que se considera que ha influido en dificultar la innovación y el cambio, porque las asociaciones industriales tienen una enorme influencia en las decisiones políticas y los intereses creados juegan un papel primordial en las decisiones económicas. Como ejemplos, se exponen regulaciones favorables a la industria de la automoción, el tipo de desarrollo de la producción de energías renovables o la política de vivienda en relación con los intereses de las empresas inmobiliarias. Por su parte, el sistema bancario consiste principalmente en instituciones financieras que están directa o indirectamente controladas desde el ámbito público, y por ello se considera que con frecuencia algunas regulaciones responden a intereses políticos.

En definitiva, desde un punto de vista estructural, en los debates parece que emerge un consenso en el que se considera que en Alemania rige un modelo donde existe una estrecha simbiosis entre política y empresas, y que así se gestó la fortaleza de un poderoso *lobby* industrial que defendía el *statu quo* empresarial frente al resto de agentes y sectores económicos. De ese modo, se habría mantenido una continuidad en la senda de lo que Wolfgang Münchaud denomina «neomercantilismo» ligado al corporativismo industrial. A raíz de los síntomas de estancamiento y decadencia han surgido voces que indican que la continuidad de este modelo ha sido un obstáculo para la modernización de la economía alemana, dificultando la innovación y la adaptación de los agentes económicos a los nuevos escenarios, donde predominan los avances tecnológicos vinculados a la economía digital.

Finalmente, estas limitaciones en la economía digital de Alemania se han desarrollado en un entorno general donde la cultura digital y la extensión del uso de nuevas tecnologías no ha avanzado al ritmo de otros países. Algunos críticos de estos menores avances aluden a un cierto analfabetismo digital entre el conjunto de los alemanes, y suelen poner como ejemplos la persistencia de los pagos en efectivo frente al uso de las tarjetas de crédito u otras formas de pago digitales. Asimismo, se menciona la falta de consenso en los debates que se están produciendo entre los profesionales de la educación respecto a si es necesario o no aumentar la extensión de las herramientas digitales en las aulas alemanas, y no sólo en la primaria y secundaria, sino incluso en algunos niveles universitarios.

¿*Wir sind ein Volk* (Somos un sólo Pueblo)? La crisis identitaria de la sociedad alemana tras la unificación y la deriva hacia la extrema derecha

La cuestión de la reunificación alemana ha permeado muchas de las vicisitudes del país en los años recientes, generando una especie de montaña rusa de emociones positivas o negativas dependiendo de la coyuntura de cada momento. En la década inicial tras la caída del Muro de Berlín, la República Federal Alemana (RFA) tuvo muchas dificultades económicas e incluso de carácter cultural para asimilar ese proceso de cooptación por la vía de la absorción de lo que antes había sido también otro país con veinte millones de habitantes (la extinta República Democrática Alemana, RDA), convirtiéndose así en la actual Alemania de los 80 millones de habitantes. Al mismo tiempo, según testimonios recogidos en la época, no había una especial predisposición entre la mayoría de los habitantes del lado oriental a integrarse rápidamente con los vecinos del oeste, a los que de forma general parece que lo que principalmente se les envidiaba era que tuvieran una mayor y más variada capacidad de consumo, además de más facilidades de movilidad exterior. Sin embargo, el proceso de unificación se precipitó y además el cambio más acelerado que ocurrió fue la rápida toma de posiciones de las principales multinacionales de la RFA comprando a precio de saldo empresas en ruinas en cada sector de negocio de la RDA en extinción, desde los seguros con Allianz a la metalurgia con Krupp por poner tan solo un par de ejemplos. Estos tanteos iniciales tenían toda la intención de seguir avanzando hacia la captura de empresas en los países vecinos del Este, a los que históricamente las élites capitalistas alemanas han considerado como el patio trasero del empresariado germano [5].

De ese modo, no fue fácil digerir la unificación, y el proceso llevó una década que dejó bastante exhausta a la economía del país y sobre todo sus finanzas públicas. Además, las diferencias

entre lo que los alemanes conocen como los *ossis* (orientales) y los *wessis* (occidentales) seguían latentes, y el mito de la unificación mostraba importantes grietas, tanto en el bienestar económico como en la vertiente política y cultural. Con el tiempo y merced a unas políticas de ajuste puramente neoliberal, mediante la denominada Agenda 2010 impulsada por el canciller Schröder, consistentes en una política de contención salarial y la flexibilización del mercado laboral mediante la introducción de más trabajo a tiempo parcial (los llamados *minijobs*), junto a una recomposición de las cargas fiscales en favor de los ricos, la situación económica parecía algo más estabilizada a inicios del siglo XXI. Pero las pérdidas sociales no se recuperaron fácilmente, porque se redujeron también algunos mecanismos correctores (entre ellos el seguro de desempleo). Este momento también significó un tránsito mental desde una tradición de amparo colectivo mediante un estado del bienestar hacia una mayor significación del individualismo y el emprendimiento, donde a partir de ese momento se instalaba una cierta competencia social para salir adelante por uno mismo sin tener que recurrir con frecuencia a la protección estatal.

Mientras tanto, a pesar de las controversias en el camino hacia la integración europea, la culminación de la Unión Económica y Monetaria y la introducción del euro significaron un avance considerable para el proyecto de unificación de Alemania, que en buena medida había ligado su éxito nacional a los avances en el proyecto integrador de la UE. Pero cuando las crisis han afectado al continente europeo, como ocurrió especialmente con la del año 2008, los cimientos de la integración se han visto perturbados y las diferencias entre Alemania y varios de sus socios se han agriado por momentos. Luego vinieron los problemas derivados de la pandemia de la Covid-19, que en parte se resolvieron de forma mancomunada y bajo una coordinación de la Comisión Europea, aunque desde Alemania se mantuvieron muchas reticencias ante esas nuevas muestras de cesión de poder en un órgano supranacional externo. Para colmo, más recientemente se han producido las recesiones encadenadas de varios años en Alemania, por lo que nuevamente parece resurgir la imagen del enfermo de Europa que ya fue diagnosticada un par de décadas atrás, cuando parecía encallarse la reunificación.

En estas circunstancias de dudas e incertidumbres, han reaparecido algunos problemas de autoestima y los alemanes han vuelto a mirar hacia el pasado buceando de nuevo en los orígenes complejos de la identidad nacional y la formación del estado nación. Pero no sólo se han tenido que enfrentar de nuevo a las culpabilidades por los horrores que causaron durante la Segunda Guerra Mundial, sino que también ha resucitado cierto complejo de inferioridad respecto a la tortuosa vía alemana hacia la modernización democrática, que se supone que ha sido el gran emblema de Occidente. De todos modos, no hay que olvidar que la trayectoria histórica reciente de los alemanes fue bastante diferenciada entre los occidentales y los orientales, y estas apreciaciones con sus vacilaciones sobre las expectativas de futuro se han metabolizado hasta cierto punto de forma diferente.

En general, para buena parte de los occidentales, en esta ocasión la mirada de retorno al pasado tiene otras complicaciones, porque se produce desde una sensación algo más extraña, donde se mezcla por un lado el orgullo herido y no exento de cierta arrogancia porque el país había logrado erigirse como una potencia europea en las décadas recientes, con la frustración de ver como en unos pocos años Alemania está perdiendo preeminencia internacional, sus empresas muestran dificultades y a la vez una parte de su población también pierde cotas de bienestar. Desde la perspectiva de muchos habitantes de la antigua RDA, no ha pesado tanto el legado del Tercer

Reich o el recuerdo del fracaso democrático de la República de Weimar como el resurgimiento del nacionalismo con tintes victimistas, que se había mantenido entre ellos como un rasgo más persistente de la identidad nacional.

El cruce del aumento del victimismo en el lado oriental, por sentirse unos perdedores dentro del proceso de reunificación alemana, con la frustración vivida por muchos habitantes de la parte occidental por la pérdida de estatus y bienestar, se acabó extendiendo de forma conjunta por toda Alemania por las consecuencias, que muchas personas consideran negativas, de la apertura internacional de la globalización y de la integración europea (dos procesos que de algún modo consideran interconectados). De ese modo creció un sentimiento común, donde se mezcla una cierta nostalgia por algo que se siente que se está perdiendo con la consiguiente caída de la autoestima, que lleva a la búsqueda de unos anclajes políticos y culturales diferentes a los vigentes en el sistema establecido.

Al final, de una forma u otra, los procesos de crisis identitaria unidos a la desafección política motivada por el miedo y la frustración se acabaron extendiendo por toda la población de Alemania, y todo ello acabó confluyendo en el auge de la extrema derecha con tintes nacionalistas, populistas y xenófobos. La extrema derecha no había sido un fenómeno extraño, pero en los primeros tiempos después de la Segunda Guerra Mundial había quedado reducida a grupos minoritarios. Con el paso del tiempo, la concatenación de las crisis internas con las dudas y miedos mencionados acabó derivando en un auge de la extrema derecha en Alemania, que seguía en gran medida el guion del avance de las extremas derechas en otros países europeos. Este guion se manifestaba especialmente en el rechazo a la globalización y el europeísmo, en la aceptación de algunas tendencias autoritarias, en la confrontación a las políticas de género y también en algunas alertas por el crecimiento de la inmigración, expresadas en términos de amenaza demográfica y cultural que podría atentar a la integridad de la identidad nacional alemana^[6].

En consecuencia, uno de los resultados ha sido ver como el fantasma de la anomalía alemana asomaba de nuevo, y en esta ocasión bajo la forma de una extrema derecha que no hace ascos al pasado nazi y que políticamente ha ido subiendo como la espuma en unos pocos años. Desde su irrupción en las elecciones, logrando representación política en algunos estados y en el Parlamento Federal en 2017, en poco tiempo la Alternativa para Alemania (AfD) ha crecido mucho y ya se ha situado como segunda fuerza política, alcanzando el 20% del electorado en las elecciones federales del 23 febrero del 2025 que le han valido 152 escaños de un total de 630 en el Bundestag (casi doblando su representación anterior). Una peculiaridad de estos resultados muestra que AfD ha sido la principal fuerza política en los estados que habían correspondido a la antigua RDA (salvo Berlín), con cifras excepcionales en torno al 40% en algunos distritos de esos territorios; mientras que en los distritos correspondientes a los estados occidentales la AfD se ha situado generalmente como tercera fuerza política, con algunos resultados bastante significativos por encima del 25%.

La larga sombra de *la cuestión alemana* y las influencias de su posición en Europa y el mundo

Desde la integración alemana liderada por el káiser Guillermo I y Bismarck en la segunda mitad del siglo XIX, Alemania se había convertido en una potencia incómoda en el tablero europeo y fue

motivo de alianzas entre Francia, Gran Bretaña y también Rusia, para tratar de neutralizar su pujanza. Esta situación alimentó asimismo esa idea de que Alemania tuvo que seguir una vía excepcional (*Sonderweg*) para establecer su posición en Europa y el mundo, en ocasiones ejercida por la fuerza y en otras actuando mediante los recursos diplomáticos. Después de la Segunda Guerra Mundial y en el contexto del conflicto de la Guerra Fría, la Alemania Occidental (RFA) pareció encontrar su camino en tres órbitas: por un lado se convirtió en el aliado principal de Estados Unidos (que inicialmente fue incluso la principal potencia ocupante), también fue un pilar fundamental de la integración europea desde sus orígenes, y por último, debido a su proximidad fronteriza con el llamado bloque socialista, acabó estableciendo unas políticas de aproximación que permitieran algún tipo de *modus vivendi* con ese espacio político y estratégico.

Sin embargo, con el fin de la Guerra Fría y en el contexto de integración acelerada de Alemania, en la medida que el proceso de integración europea se fue haciendo más profundo y sofisticado, en particular con la Unión Económica y Monetaria con el euro como moneda única, surgieron otros elementos que volvieron a poner encima de la mesa la llamada «cuestión alemana», en esta ocasión desde la perspectiva de una nueva potencia hegemónica que suscitaba otras problemáticas con sus socios europeos. El potencial económico industrial y con gran capacidad exportadora de Alemania provocó una recomposición en las relaciones con sus vecinos, que se convirtieron en los principales clientes que engrosaban su enorme superávit comercial, provocando de nuevo inestabilidad y tensiones porque, además de deficitarios, los socios europeos tomaron conciencia de estar cayendo en una nueva modalidad de subordinación. Esto no fue sólo una cuestión económica y tuvo también su vertiente política, porque, en el momento de diseñar las instituciones y las políticas que gobiernan la eurozona, Alemania ha pretendido exportar su modelo económico, particularmente en lo relativo a la rigidez presupuestaria y los límites de endeudamiento.

En el ámbito europeo, el desarrollo del Tratado de Maastricht indujo a la sensación de que la integración avanzaba más allá del comercio, aunque las élites no se cuestionaban los fundamentos de esa integración ni las consecuencias internas de ese modelo integrador, que implicaba una reconversión productiva impresionante que afectaba tanto al sector primario como a la industria y los servicios, además de una concentración del control y la dirección de los flujos financieros y de las inversiones. Esa corriente de optimismo impidió que se percibieran las consecuencias de esa Europa mal integrada y jerarquizada entorno a un centro liderado por Alemania que, en muchos aspectos, dominaba una periferia subordinada, y también implicó que esa evolución no se empezara a cuestionar como un fracaso hasta dos décadas o más después, cuando la crisis económica arremetía con mucha más fuerza. Además, desde la introducción de la moneda única y las rígidas normas sobre inflación, déficit y deuda del Pacto de Estabilidad exigidas por el Bundesbank y el gobierno alemán, la realidad de la convergencia y la cohesión europea se volvió más ilusoria y la tendencia iba por la senda contraria de engrandecimiento de las brechas entre el centro y la periferia del sur y del este de Europa. Pero incluso en medio de la crisis más terrible ocurrida en décadas, desde 2008 y en toda la década posterior el pensamiento dominante que Alemania extendía por Europa estaba impregnado de una especie de racismo social que dividía *grosso modo* a sus ciudadanos entre los virtuosos del norte y los perezosos del sur. Toda esta situación conflictiva se mantuvo controlada bajo la mano dura del Banco Central Europeo y sus socios supervisores de la llamada troika (Banco Mundial y Comisión Europea), que ejercieron una violencia soterrada para contener el descontento de la población ante el avance de la precariedad en sus vidas[7].

Por otro lado, la idea que en los años noventa y principios de este siglo había permitido renacer la visión cosmopolita y civilizatoria del proyecto de integración europea liderado por Alemania fue la expansión hacia los países de la Europa del Este. A medida que iban consolidando democracias más o menos formales, iban siendo invitados a incorporarse al remanso de paz social de la UE, que llegó a ser considerado como un ejemplo para el mundo. Obviando las consecuencias de la promoción de un capitalismo que ha llegado a ser bastante salvaje en algunos países ex comunistas, desde Alemania y las instancias comunitarias europeas se ha estado presumiendo de la extensión del llamado poder normativo, que en realidad ocultaba unas reglas económicas muy estrictas impregnadas del más puro neoliberalismo, con muchas otras consecuencias perniciosas como el avance de las desigualdades entre los países miembros, que ya hemos visto cómo estallaron sobre todo después del año 2008.

La idea de una Europa integrada en lo político, lo económico y lo social, siguiendo en gran medida el modelo de éxito de Alemania, ha estado subyacente desde los orígenes comunitarios, y con ella se ha estado construyendo una percepción sobre el modelo social europeo como una alternativa exitosa ante el socialismo realmente existente al otro lado del Telón de Acero[8]. Aunque se ha comprobado con el tiempo que esta idea no acabó concretándose del todo y también se fue devaluando (quedando casi en un mito), no está exenta de cierta razón en el proceso inicial, si bien circunscrita a unos pocos países que se podrían encuadrar bajo dos de los conceptos de bienestar que acuñó Gøsta Esping- Andersen, el corporativo y el socialdemócrata[9]. La integración originaria de los países fundadores y las primeras incorporaciones a la UE se gestaron en el contexto de expansión económica y del estado del bienestar, que han sido bautizados como los *Treinta años gloriosos*, los cuales además coincidieron temporalmente con uno de los momentos álgidos de la Guerra Fría. Sin embargo, las expansiones de los años 80 y

sobre todo las posteriores a los años 90 ya se han producido en la era del avance del capitalismo neoliberal en todo el mundo, como un giro hacia una misión civilizatoria sustentada en una fe económica incontestable y sin alternativas[10], con una Europa que se fue convirtiendo en uno de los adalides de esa nueva fe neoliberal[11].

Pero frente al auge del optimismo de un discurso democratizador y promotor de derechos, que ensalzaba a la Unión Europea liderada por Alemania como un ejemplo mundial donde el poder normalizador y basado en consensos se mostraba como un avance ante otros modos autoritarios de ejercer el poder en el pasado, creció también la visión de un contraste desesperanzador por las consecuencias de las derivas de las políticas neoliberales, que estaban generando un aumento de las desigualdades entre los países y en el interior de los mismos. Así creció una ola de desaliento en muchos países de Europa Central y Oriental que provenían del mundo comunista y habían abrazado el capitalismo occidental como un espacio de salvación, y que pronto pudieron comprobar con frustración que el mero hecho de imitar el modelo capitalista de Occidente no era suficiente para prosperar y conseguir aquellos niveles de bienestar[12]. Más adelante, el colmo de ese contraste se pudo verificar a partir de la segunda década de este siglo, y un ejemplo fue el ensañamiento que se aplicó al gobierno griego y a su población con las políticas de austeridad y la exigencia del pago de una deuda generada en ese bucle infernal en el que se sumaron las políticas expansivas del capital financiero y los desequilibrios productivos y comerciales en Europa. Ese plan fue ejecutado siguiendo las directrices del Bundesbank y de un gobierno alemán que no se apiadó de unos supuestos conciudadanos europeos, a los que se les llegó a aplicar calificativos de racismo social para justificar esa política implacable[13]. Como contrapartida, cuando empezaron a llegar de forma masiva refugiados sirios a Europa, en particular a Alemania, y el gobierno de Merkel solicitó colaboración a sus socios europeos para un reparto de la carga y la atención, la respuesta mayoritaria fue de desdén y entre los países que más fuertemente rechazaron su colaboración estaban los vecinos más próximos (Eslovaquia, Polonia, Hungría).

En ese momento de bache económico y problemas críticos en la integración europea, Alemania y China siguieron profundizando una relación comercial que resultó ventajosa para las dos partes, ya que ambos países se consideraban en una situación económica avanzada y compartían el deseo de conseguir una estabilidad de la economía internacional y de los mercados financieros para tratar de superar la crisis internacional. Ese deseo se basaba también en unas características comunes de dos economías con superávit comercial, que les permitía acumular divisas, particularmente dólares, que luego reciclaban compartiendo el rol de acreedores de Estados Unidos, sufragando los enormes déficits públicos de ese país. Esta nueva situación alentó a algunas corporaciones alemanas a ampliar aún más la expansión internacional, deslocalizando producción en mercados emergentes, pero esto suscitaba alertas en los vecinos y socios europeos ante el temor de un mayor crecimiento de la hegemonía alemana, por lo que de nuevo surgían amenazas a la inestabilidad europea propiciadas por Alemania.

Pero a la larga, las relaciones entre China y Alemania se han revelado mucho más favorables para los primeros que para los segundos, porque, a medida que la economía industrial de China avanzaba en capacidad productiva y mayor nivel de sofisticación, cada vez se han requerido menos importaciones alemanas de productos acabados. Incluso la innovación tecnológica de algunas industrias chinas parece que ha avanzado más que las alemanas, y una muestra serían los automóviles eléctricos, donde China se permite retar a Alemania en un sector donde en la

versión de combustión ha gozado hasta ahora de una primacía mundial. Por contra, Alemania no ha podido prescindir de muchas de las importaciones procedentes de China, en particular bienes intermedios, porque estaban incorporados de una forma más profunda a las cadenas de valor de producción germanas. La conclusión sería que en unos pocos años parece que China ha logrado revertir las condiciones de la relación y se ha revelado como el socio principal y casi dominante, lo que ha sido motivo de una cierta frustración para el lobby empresarial alemán, que consideraba que llevaba las riendas de la relación desde el principio.

Como se ha mencionado anteriormente, el éxito de la recuperación económica alemana desde comienzos del siglo XXI se ha debido en gran parte a la buena relación con Rusia como suministradora de gas relativamente barato, que había permitido el sostenimiento de unos sectores industriales alemanes altamente dependientes de energía. Para ello se construyeron dos gasoductos directamente conectados con Rusia que podían suministrar una cantidad impresionante de combustible, aunque esa apuesta estratégica conllevaba el riesgo de convertir a la industria alemana en altamente dependiente de la energía de ese país. En consecuencia, la crisis originada por la invasión de Rusia a Ucrania ha alterado totalmente la situación, con derivadas importantes en la economía, pero también en la política internacional e incluso en las cuestiones propias de las políticas de seguridad y defensa.

Después de la Segunda Guerra Mundial y con la división de las dos Alemanias, las políticas de seguridad y defensa habían quedado subordinadas al control y las decisiones de las potencias vencedoras, en particular EE. UU. y la URSS. Tras el fin de la Guerra Fría, la caída del Muro de Berlín y la unificación alemana, esas políticas quedaron inicialmente orilladas bajo el paraguas de la OTAN y el predominio de EE. UU., además de quedar muy constreñidas y limitadas por la propia Constitución alemana, que circunscribía la política de defensa alemana únicamente a la seguridad de las propias fronteras. Sin embargo, cada vez fueron apareciendo más voces que reclamaban un papel internacional más activo de Alemania en las cuestiones de seguridad y defensa, y en el momento de la crisis de los Balcanes se requirió la participación alemana en las fuerzas de paz bajo patrocinio de la ONU (para lo que se precisó de un permiso del Tribunal Constitucional), aunque al principio esa actuación se ciñó básicamente a apoyo logístico y desde una perspectiva humanitaria. Estas voces surgieron fundamentalmente de la derecha alemana, pero poco a poco se vieron arrastradas otras formaciones y fueron participando la socialdemocracia e incluso los verdes, aunque con fuertes contradicciones y muchos debates internos.

Posteriormente, con la progresiva incorporación de varios países de la antigua Europa del Este a la OTAN, todos ellos vecinos o muy próximos a Alemania, y con el despliegue de bases americanas en algunos de los nuevos países balcánicos, se fue construyendo una nueva normalidad en la que todos estos países fueron subsumiendo sus políticas de seguridad y defensa en el marco de esa organización, donde EE. UU. seguía marcando las líneas estratégicas. Esta falta de condicionalidad ante el líder de Occidente, o incluso una clara subordinación en muchos casos, no parecía incomodar ni causar mayores problemas en el contexto de la seguridad europea, hasta que estalló el conflicto por la invasión de Rusia en Ucrania y aparecieron otras prioridades. Por otro lado, no hay que olvidar que ya hubo una intervención alemana con tropas en Afganistán, pero al ser un escenario de guerra alejado de Europa los debates fueron mucho más larvados, mientras que la importante ayuda militar de Alemania a Israel sigue siendo considerada como una reparación histórica derivada del

Holocausto y por ese motivo el consenso nacional es prácticamente indiscutible.

Los debates sobre el apoyo económico y con armamento a Ucrania hicieron que emergieran algunas cuestiones que hasta el momento habían sido atendidas más discretamente o incluso soslayadas, como es el caso del auge de la industria armamentística en Alemania en la línea de varios de sus socios europeos. Todo ello conllevaba un incremento de las exportaciones de material bélico a varios países del mundo sin importar demasiado la realidad de los conflictos vigentes ni de los regímenes políticos de los gobiernos compradores. Además de fusiles de asalto o tanques Leopard, las empresas alemanas han logrado también una cierta cuota de mercado en las contrataciones subsidiarias de apoyo a los ejércitos convencionales, que a menudo se ha mencionado como una vía de privatización de los conflictos muy lucrativa, incluyendo hasta algunas empresas que proporcionan fuerzas mercenarias.

En la estela del conflicto rusoucraniano, pero sobre todo a raíz de la llegada a la Casa Blanca de Donald Trump con su visión retadora hacia Europa, en Alemania y en los principales socios europeos (en particular Francia) están emergiendo voces que reclaman reiteradamente más atención sobre la necesidad de una revalorización de una perspectiva geopolítica europea, con unas políticas de seguridad y defensa más o menos mancomunadas. También últimamente incluso se está cuestionando una posible reestructuración y/o abandono de la OTAN, aunque no dejan de ser vagas afirmaciones tal vez provocadas por los desprecios del mandatario estadounidense hacia los europeos. Estos discursos sobre la geopolítica europea van acompañados de cifras enormes sobre necesidades y capacidades de rearme, que añaden otros debates sobre cómo se va a financiar todo eso y quién va a fabricar ese armamento, y al final parece como si a la vez se estuviera buscando una alternativa para superar la decadencia industrial europea mediante una especie de política de *keynesianismo militar*.

No obstante, los debates sobre la recuperación de la visión geopolítica europea también se mueven entre visiones que son diferentes y contradictorias, que van desde los países partidarios de una mayor integración en todos los órdenes (seguridad y defensa incluida), hasta los que demandan no facilitar estos poderes a una Europa unificada y piden mantener o incluso devolver más poderes a los estados nacionales. En definitiva, nuevamente parece que aumentan las declaraciones retóricas y las vagas promesas que en realidad ocultan una dejadez o tal vez una ineptitud de las políticas de seguridad y defensa de los países europeos.

En este contexto, ha sorprendido la declaración entusiasta del futuro canciller alemán, el democristiano Friedrich Merz, informando de la importante participación de su país en ese rearme general merced a un acuerdo con socialdemócratas y verdes para aprobar en el *Bundestag* el levantamiento de los límites constitucionales al endeudamiento, y además anunciándolo con el lema *Deutschland ist zurück* («Alemania ha vuelto»). Pero no sólo han sorprendido la celeridad y el entusiasmo del anuncio, cuando lo habitual son unos tiempos políticos de larga maduración de la negociación de las decisiones —y más cuando son de esta envergadura—, sino que se haya tenido que aprovechar la coyuntura de una favorable correlación de fuerzas en el Parlamento alemán saliente que ha permitido superar la mayoría cualificada para aprobar esa medida, y que además ésta se ha producido en un momento en que Merz todavía está negociando los apoyos a su investidura.

Por último, esa visión geopolítica europea emergente requeriría atender a cómo se van a

reconfigurar las relaciones internacionales a nivel global, y la arquitectura institucional del sistema internacional para gestionar su gobernanza, en un momento en que las Naciones Unidas y el entramado de agencias adscritas a esta organización internacional están siendo bastante poco atendidas o incluso abandonadas, en especial por EE. UU. También habría que ver cómo Europa se puede implicar en las negociaciones de un alto el fuego que pueda conducir a un acuerdo de paz entre Ucrania y Rusia, y en qué condiciones. Por otro lado, en el llamado Sur global ya hace tiempo que hay potencias de diferentes tamaños y capacidades, desde gigantes nucleares como China o la India, a otras medianas como Turquía, Irán, Arabia Saudí o Brasil. Todos estos países tienen intereses variados y a menudo confrontados, además de que cada cual va desarrollando sus peculiares políticas de alianzas, ya sea con las potencias aún vigentes (EE. UU., Rusia, Reino Unido, Francia, Alemania...), como entre sí mismos. La conclusión sería que estamos asistiendo a un vuelco sorprendente en el mundo, con tendencias hacia unas extrañas alianzas en medio de una revalorización de nuevas modalidades imperiales, y a la vez se observa la ausencia de cooperación internacional para una gobernanza global de una agenda en torno a elementos que afectan a toda la humanidad, como la necesidad de distensión y limitación de los conflictos o para afrontar las consecuencias del cambio climático, por poner un par de ejemplos.

Notas

1. Wolfgang Münchau, *Kaput. El fin del milagro alemán*. Plataforma Editorial, 2025. [?](#)
2. Esta es la tesis sostenida por Heinrich August Winkler en su obra titulada *El largo camino a Occidente*, que aún no ha sido traducida al español. Hay una versión inglesa, *Germany: The Long Road West*, que publicó en dos volúmenes Oxford University Press en 2006. [?](#)
3. Hans Kundnani, *La paradoja del poder alemán*, Galaxia Gutenberg, 2016. Rafael Poch-de-Feliu, Ángel Ferrero, Carmela Negrete, *La quinta Alemania. Un modelo hacia el fracaso europeo*, Icaria editorial, 2013. [?](#)
4. Una breve síntesis del tema se puede ver en el trabajo del Consejero Económico y Comercial de España en Berlín. Mario Buisán, «Alemania en la encrucijada: el cambio de modelo económico», *Boletín Económico de ICE*, marzo 2024, pp. 21-34. Una mirada más amplia y crítica es la ya citada de Wolfgang Münchau. [?](#)
5. Op.cit. *La quinta Alemania. Un modelo hacia el fracaso europeo*. [?](#)
6. Ralf Havertz, *Radical Right Populism in Germany. AfD, Pegida, and the Identitarian Movement*, Londres, Routledge, 2021. [?](#)
7. Ignacio Álvarez, Fernando Luengo y Jorge Uxó, *Fracturas y crisis en Europa*, Madrid, Clave Intelectual, 2013. [?](#)
8. Tony Judt, *Postguerra*, Taurus, 2006. [?](#)
9. Gøsta Esping- Andersen, *Los tres mundos del estado del bienestar*, València, Edicions Alfons el Magnànim, 1993. [?](#)
10. Uno de los primeros hitos de esa misión civilizadora neoliberal tuvo lugar en 1973 en Chile, cuando tras el golpe militar contra el gobierno socialista de Salvador Allende se despliega un proyecto ultraliberal bajo la dictadura del general Pinochet. Véase Jessica White, *The Morals of the Market. Human Rights and the Rise of Neoliberalism*, Verso, 2019. David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, Akal, 2007. [?](#)
11. Perry Anderson, *El nuevo viejo mundo*, Madrid, Ed. Akal, 2012. [?](#)
12. Ivan Krastev y Stephen Holmes, *La luz que se apaga. Cómo Occidente ganó la Guerra Fría, pero perdió la paz*, Madrid, Editorial Debate, 2019. [?](#)
13. Costas Lapavitsas, *The Left Case Against the EU*, Cambridge, Polity Press 2019. Yanis

Varoufakis, *¿Y los pobres, sufren lo que deben?*, Deusto, 2016. [?](#)

Josep Torrell Jordana

Abane Ramdane: vida y muerte de un revolucionario 1925-2025. Centenario de Franz Fanon

Al interesarse por la revolución argelina se suele mencionar del nombre de Ahmed Ben Bella, primer presidente de Argelia tras la guerra de 1954-1962. Pero Ben Bella estuvo encarcelado desde 1956 hasta el fin de la guerra en marzo de 1962. Por tanto, no fue él quien estuvo al mando del Frente de Liberación Nacional (FLN) ni del Ejército de Liberación Nacional (ALN).

El que ha sido llamado «el padre de la independencia de Argelia», Abane Ramdane, había sido asesinado en 1957. Asesinado por el propio FLN y borrado durante muchos años de la historia.

Frantz Fanon, durante sus conversaciones con Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir, confesó su amargura por no haber hecho nada para evitar el vil asesinato de dos de sus amigos y compañeros: Patrice Lumumba y Abane Ramdane.

Patrice Lumumba (1925-1961) tenía la misma edad que Fanon, y fue el primero en ocupar el cargo de primer ministro de la República Democrática del Congo entre junio y septiembre de 1960, cuando fue asesinado por las fuerzas armadas bajo la orden de la CIA. Su muerte fue un símbolo claro de la lucha anticolonial. Por ejemplo, Octavi Pellissa, militante exiliado en la República Democrática de Alemania (RDA), al enterarse de su muerte propuso que se pusiera el nombre de Lumumba en una calle de Leipzig, propuesta que el ayuntamiento aceptó. Por su parte, Pier Paolo Pasolini utilizó el material rodado de la detención (y asesinato) de Lumumba en dos de sus películas, *La rabia* (1963) y *Apuntes para una Orestíada africana* (1970).

Por el contrario, nadie recuerda a Ramdane. Han sido pocos —y con retraso— los historiadores que han descrito su papel en la revolución de 1954-1957: Mohamed Lebjaoui (1970), Mohamed Larbi (1980), Khalfa Mameri (1988) y los biógrafos de Fanon: David Macey (2000) y Alice Cherki (2000). Es quizá el momento de conocer quién fue realmente Abane Ramdane.

¿Quién fue?

Abane Ramdane (1920-1957) tuvo un papel clave en la independencia argelina. Supo unir dentro del FLN a todas las facciones de la resistencia del país, incluidos los comunistas, los [ulemas reformistas](#), y los demócratas de [Ferhat Abbas](#). Fue él quien logró crear el modelo de organización del FLN y del ALN en el Congreso de Soummam en 1956.

Nacido en la región de Cabilia de una familia de agricultores acomodados, en la Segunda Guerra Mundial se alistó en los *Tirailleurs* argelinos y combatió en Europa contra los nazis. En la primavera de 1946, desmovilizado, empezó su militancia en el Partido del Pueblo Argelino (PPA) y su Movimiento por el Triunfo de las Libertades Democráticas (MTLD), y en diciembre de 1948 fue elegido miembro del Comité Central del MTLT y la *Organización Especial*, brazo armado clandestino del MTLT. Ante el acoso francés, volvió a Argelia. La Organización Especial fue desmantelada por el ejército francés entre 1950-1951, Ramdane fue arrestado y pasó cinco años encarcelado.

En el 1 de noviembre de 1954 empezó la guerra de Argelia. En enero de 1955, Ramdane salió de la cárcel en Francia, regresando a Argelia. Participó en las reuniones con el Partido Comunista Argelino, que el 1 de julio de 1956 se sumó al FLN después de haberse disuelto como partido. Se creó un sistema de *zonas de operación* o *wilayas* (Orania, Algérois, Cabilia, Constantina y Aurés) y posteriormente la Zona Autónoma de Argel (ZAA) bajo la dirección de Ramdane.

Uno de los problemas del FLN en sus inicios era no tener un himno propio. Ramdane contactó con el poeta encarcelado Mufdi Zakariah, al que le dijo lo que quería y, en líneas generales, lo que debía decir el himno. Una vez tuvo la letra de Zakariah, contactó con el músico Mohamed Fawzi, y le planteó la música que debía funcionar como himno para los guerrilleros en las montañas y los presos en las cárceles. Al día siguiente volvió a encontrarse con Fawzi, que le entregó el «Qasaman», el himno del FLN. La pieza se grabó en Túnez y se pasó a diario en Radio Argel, e inmediatamente se convirtió en el himno del FLN entre las guerrillas y los presos, [siendo aún hoy el himno de Argelia](#).

En febrero de 1956, ante la creación de un sindicato contrario al FLN, Ramdane creó también, en pocos días, la Unión General de los Trabajadores Argelinos (UGTA), con importantes miembros de los obreros de toda Argelia.

En agosto de 1956 se celebró el Congreso del FLN en Soumman, con Ramdane y el apoyo de dos jefes de *wilayas*: [Krim Belkacem](#) (Zona 3-Cabilia) y [Larbi Ben M'hidi](#) (Zona 5-Oranie).

El congreso de Soumman es clave en la historia del FLN. Se estructuró su organización política y militar; y nada de lo que defendió el congreso de Soummam se refiere al islam.

En la reunión se acordó la creación de nuevos órganos: el Consejo Nacional de la Revolución Argelina (CNRA) y el Comité de Coordinación y Ejecución (CCE). Fueron miembros del CNRA Larbi Ben Mhidi (ALN), Abane Ramdane, Belkacem Krim (ALN), Amar Ouamrane, Youcef Zirout y Lakhdar Ben Tobbal. Cinco civiles y dos guerrilleros. En el CCE, Abane Ramdane, Larbi Ben Mhidi, Belkacem Krim, Benyocef Ben Khedda y Saâda Dahlef. Es el momento que muchos analistas aseguran que Ramdane era el único dirigente del FLN.

Ahmed Ben Bella se opuso inmediatamente a las decisiones del Congreso de Soummam y cuestionó la composición del CNRA creado por el congreso. Ben Bella no había sido elegido en ningún momento. En el mes de octubre de 1956, tras el congreso, se detuvo a Ahmed Ben Bella, [Mohamed Khider](#), [Mostefa Lacheraf](#), [Mohammed Boudiaf](#) y [Hocine Aït Ahmed](#), que permanecieron en prisión hasta 1962.

El Congreso de Soummam había afirmado *la primacía de la política sobre lo militar* y la importancia central de la lucha interna, al crear órganos de decisión y deliberación muy circunscritos. La reunión del Consejo Nacional de la Revolución Argelina celebrada en El Cairo el 27 de agosto de 1957 adoptó el informe de actividades en el que participó Abane Ramdane. El Concilio proclamó que «todos aquellos que participan en la lucha de liberación con o sin uniforme son iguales».

Empieza entonces la brecha entre partidarios de los militares del ALN sobre los civiles de FLN, y al revés. Ben Bella, en la cárcel en Francia, denuncia *la primacía del interior sobre el exterior* y de

los civiles sobre los militares de ALN. Por su parte, Ramdane conservó un recuerdo ingrato de su cruce con la *wilaya 5*, que a su gusto era demasiado militar y no muy política. Allí no estaban verdaderamente en guerra, y los responsables, entre ellos Houari Boumediene, eran ascendidos a dedo.

En septiembre de 1956 en Guenzet, cerca de la capital tunecina, tuvo lugar la reunión preparatoria del CNRA, donde Abane criticó vivamente a la *wilaya 5*, a la que calificó de «feudal» y se enemistó con su nuevo jefe, Abdelhamid Boussouf. La víspera de su partida, el CCE y el CNRA se reorganizaron: el ejecutivo pasó de cinco a doce miembros, Abane y Krim fueron los únicos que conservaron su puesto, y solo quedaron tres políticos ante nueve jefes guerrilleros. En el CNRA, cuyo número pasó de 17 a 22, los coroneles ganaron peso y desde entonces se volvieron mayoritarios.

A principios de 1957, Abane Ramdane y Ben M'hidi deciden iniciar *la batalla de Argel*. El motivo fue el poder dado a los paracaidistas del [general Massu](#) para dismantelar la organización del FLN, instaurar la tortura para perseguir a los independentistas y poner así fin a los militantes del FLN en Argel. Las tropas patrullaban la ciudad, registraban las entradas de los lugares públicos, la Casba de Argel estaba rodeada de alambre de espino; todos los que entraban o salían eran registrados. La película [La batalla de Argel](#) (*La battaglia di Algeri*, 1966) de [Gillo Pontecorvo](#) es una excelente versión del episodio, que acabaría en octubre de 1957.

La represión por parte de los franceses consiguió la captura de Ben M'hidi, [torturado](#) hasta la muerte por los servicios secretos franceses, en marzo de 1957. El fracaso de la batalla de Argel y la liquidación de M'hidi dejó en mal lugar a Ramdane, quien decidió dejar la comandancia de la *wilaya 5* a Abdelhafid Boussouf como un acto de pacificación (que no tuvo resultados).

Hacia finales de 1957, Belkacem Krim, Abdelhafid Boussouf y Ben Tobbal (el «triumvirato de las B») empiezan a urdir una conjura para deshacerse de Abane Ramdane de una vez por todas. Entre el 22 y el 27 de diciembre de 1957, mientras viajaba a Marruecos para hablar con Mohamed V, fue estrangulado y su cadáver se hizo desaparecer, para más tarde construirse la versión de que «murió en el campo del honor». El periódico [Moudjahid](#) atribuyó falsamente a los franceses la responsabilidad de su muerte.

La muerte de Abane Ramdane encumbró al triumvirato, pero pronto ellos mismos serán eclipsados por otra figura militar, [Houari Boumédiène](#), jefe del nuevo Estado Mayor General.

El exdiputado argelino Khaifa Mameri (autor de una serie de folletos de dirigentes de la revolución argelina —el de Ramdane va por la 9.^a edición—) escribe: «las circunstancias vinieron a servir a sus cualidades excepcionales: el coraje, la lucidez, la audacia, pero también un conocimiento inigualable del mundo y de los desafíos que lo animan».

David Macey constata que Abane Ramdane fue el gran organizador del Congreso de Soumam: «el éxito representó un triunfo personal para Abane Ramdane y parecía consagrarlo como la como la figura dirigente en el interior del FLN. [...] El triunfo de Abane Ramdane significó una derrota política para Ben Bella». En mayo de 1957, con el beneplácito de Ramdane, Fanon vio cómo se le empezaba a considerar portavoz del FLN (más que como psicoanalista): ambos eran defensores de la «línea dura» en el seno del FLN. La muerte de Ramdane estaba claro que representaba el crecimiento del islam entre el FLN. «Abane Ramdane no era filósofo, pero sabía

que la violencia entraña una contra-violencia que desemboca en una salida infernal».

Alice Cherki ha incidido en la relación entre Fanon y Ramdane. En 1955, Fanon inició su compromiso con Amities Algériens. Alguien de esta asociación, Salah Louanchi, le propuso ser el psicoanalista de los miembros del FLN. Al poco tiempo se dio cuenta que este contacto «había sido inspirado por el que sería su amigo: Abane Ramdane». Ramdane y Ben Khedda fueron los que le instaron en 1956 a dimitir del hospital de Blida, intentando alejar a Fanon de los peligros que ellos, clandestinos, empezaban a vislumbrar. En Túnez, «lo que ulcera verdaderamente a Abane es la actitud de los coroneles [del FLN]. Lo que le inquieta es la tendencia del ejercicio a un poder absoluto: “Son los futuros potentados orientales”», lo que, sin mencionarlos, es uno de los problemas que aparecen en *Los condenados de la tierra*. El primer dato que apuntaba en esa dirección fue la matanza de Melouza en junio de 1957. El capitán Amirouche, jefe del FLN de la *wilaya* 3, ordenó matar a muchos de los miembros del FLN no musulmanes. Fanon no explicó sus pensamientos, pero era consciente, como decía Ramdane en privado, de que los autores de la masacre eran «guardianes de cabras». Abane era mucho más radical: «Una noche, nos dijo: “La lucha será larga. Muchos entre vosotros no sobrevivirán. Pero después de la independencia esto *no hará más que empezar*”» [redacción propia].

Es decir, que Fanon y Abane eran conscientes de que la independencia del colonialismo era un sendero plagado de problemas. La historia les ha dado la razón.

Fuentes

Charki, Alice, *Franz Fanon, portrait*, Points, París, 2011.

Macey, David, *Franz Fanon, una vie*, trad. de Christophe Jaquet y Marc Saint-Uphéry, La Découverte, París, 2012².

Mameri, Khalfa, *Abdabe Ramdane: le père de l'indépendance de l'Algérie: pourquoi?*, Thala Éditions, Alger, 2016⁹.

Schatz, Adam, *La clínica rebelde. Las vidas revolucionarias de Franz Fanon*, trad. de Raquel Marqués, Debate, Barcelona, 2024.

Serena, Jean Pierre, «Los orígenes del poder de los militares en Argelia», *orientXXI*, 22 de junio de 2020, <https://orientxxi.info/magazine/articles-en-espagnol/los-origenes-del-poder-de-los-militares-en-argelia,3981>.

Antonio Antón

Identidades, interseccionalidad y universalismo

Este ensayo tiene dos partes. La primera es analítica, con la valoración de la movilización feminista, joven e interseccional en este 8 de marzo. La segunda, al calor de esa experiencia, es más teórica y en ella trato el sentido de la identidad, la conveniencia de la identificación feminista, la identidad colectiva como inseparable del sujeto social, la combinación de identificaciones y el significado de la interseccionalidad.

Un 8 de Marzo joven e interseccional

Este 8M ha vuelto a demostrar la gran vitalidad del movimiento feminista, con múltiples manifestaciones, concentraciones y actividades en las principales ciudades españolas (y del mundo) en defensa de los derechos de las mujeres, de su libertad e igualdad respecto de los varones. A pesar de algunas divisiones, sus principales características continúan siendo su capacidad unitaria, su diversidad y su coherencia con un feminismo transformador, crítico, autónomo y popular.

Especialmente expresiva, reivindicativa y masiva, a pesar de la lluvia, ha sido la manifestación en Madrid convocada por la Comisión 8M, por un feminismo antirracista, antifascista y más. Desde el punto de vista sociológico, destacaría dos rasgos principales: la amplia composición de mujeres jóvenes, y la orientación interseccional e inclusiva.

Distintos estudios demoscópicos señalan el avance y la consolidación de las posiciones igualitarias en las relaciones de sexo/género, sobre todo entre las mujeres jóvenes, aun con reacciones machistas en una parte minoritaria de varones, especialmente jóvenes, al calor de la involución ultraconservadora.

En un estudio reciente de IPSOS, empresa de investigación de mercados, el 58% de las mujeres se consideran feministas, por el 44% de los hombres; pero favorables a la igualdad de género la media es del 75% (82% en las mujeres y 68% en los varones). En un asunto controvertido sobre si se ha llegado demasiado lejos en la igualdad de género, una minoría de mujeres (el 44%) dice que no y una mayoría de hombres (60%) dice que sí; se explican las significativas reticencias masculinas y las mayoritarias exigencias femeninas de seguir adelante, a pesar de las ofensivas conservadoras.

Podemos citar el último gran estudio del CIS, más fiable, de hace poco más de un año, sobre la percepción de la igualdad entre hombres y mujeres y los estereotipos de género, con datos sobre el nivel de conciencia feminista. Más de dos tercios de mujeres (67,2%) y algo menos de la mitad de los hombres (48,2%) consideran que las desigualdades entre hombres y mujeres son 'muy grandes' o 'bastante grandes', y una minoría (8,2% y 18,6%, respectivamente) las consideran 'casi inexistentes'.

Son interesantes las respuestas sobre el grado de simpatía hacia el movimiento feminista y la percepción subjetiva de pertenencia al feminismo, con diferencias significativas por sexo. Agrupadas en tres grandes bloques, tenemos que, entre las mujeres es muy mayoritaria (58,2%)

la respuesta de 'mucho simpatía' y 'bastante simpatía', mientras que, entre los hombres no llega a la mitad (47,1%); en el otro extremo, con 'ninguna o poca simpatía' hay una minoría significativa de mujeres (13,2%), más elevada entre los hombres (22,2%); en una posición intermedia, de solo cierta simpatía, se sitúan menos de un tercio (27,6% y 30,3%, respectivamente).

Esos datos se pueden complementar con la percepción subjetiva que indica el grado de pertenencia colectiva a la corriente sociocultural feminista. Así, agregando las respuestas en esos tres bloques, en el caso de las mujeres se consideran 'muy feministas' o 'bastante feministas' casi dos tercios (60,7%), 'algo feministas', menos de un tercio (29,2%), y 'nada o poco feministas', solo una pequeña minoría (8,6%). En los varones estos porcentajes disminuyen hasta menos de la mitad (46,6%), en el primer caso, aunque es un nivel relevante que destacar, y aumentan en los otros dos (38,3% y 13,7%, respectivamente).

Por último, conviene recordar la respuesta de ambos sexos al enunciado 'se ha llegado tan lejos en la promoción de la igualdad que ahora se está discriminando a los hombres'. Pues bien, una gran mayoría del 65,5% de mujeres y el 54,6% de hombres responden 'poco o nada de acuerdo', aunque hay una minoría significativa (32,5% y 44,1%, respectivamente) que responde 'muy de acuerdo o bastante'; en ella se basa la reacción derechista (anti *woke*) contra la llamada 'ideología de género', así como la demanda de paralización del cambio feminista. Aunque desde hace un año ha habido un ligero retroceso y una reafirmación conservadora de una minoría de varones, el grueso de la sociedad, especialmente mujeres, persiste en la igualdad de género.

Este tema ha sido controvertido, también entre las izquierdas, ya que afecta a la valoración sobre las políticas feministas llevadas a cabo por el Ministerio de Igualdad en la anterior legislatura y a la reorientación más moderada del Gobierno actual. Sin embargo, debe considerarse que ese freno conservador se enfrenta a la mencionada mayoritaria posición transformadora del feminismo y por la igualdad de género, tanto entre las mujeres como entre los varones, que legitiman una acción reformadora consistente y un cambio igualitario de relaciones y de mentalidades, real y sustantivo, lo que implica hacer pedagogía con la minoría relevante.

Como avanzaba, el motor del cambio feminista son las jóvenes menores de treinta años, con mayor conciencia de su injusta situación de desventaja respecto de los jóvenes varones en un contexto, tras la crisis socioeconómica, de precariedad juvenil, vital y habitacional, más gravosa para ellas.

Por otro lado, en una situación de incertidumbre vital, también para los varones jóvenes, acostumbrados a mantener ciertas ventajas posicionales, aunque sean relativas, en una minoría de ellos, acomodados y conservadores, que llega a la cuarta parte, se ha producido una reacción machista, que pretende bloquear el cambio feminista y abunda en posiciones ultraderechistas y patriarcales.

Ese avance feminista mayoritario se ha combinado con una ola de indignación cívica por esas brechas y desigualdades sociales, con una apuesta sociopolítica más progresista o de izquierdas, así como con una exigencia personal y colectiva por unas relaciones sociales y laborales igualitarias, incluidos los cuidados, por la libertad sexual y contra las violencias machistas, lo que conforma la cuarta ola feminista.

La discriminación femenina y de los colectivos LGTBIQ+ afecta a una amplia y profunda

segmentación por sexo/género y opción sexual y sus desigualdades de estatus, reconocimiento y poder en ámbitos como las relaciones laborales, sexuales y de género o la paridad representativa. Afecta, cada vez más, a dos aspectos que han cobrado relevancia en este 8 de marzo.

Por un lado, las desigualdades por motivos étnico-culturales o de raza, con particular impacto en las personas inmigrantes, con un fuerte crecimiento en España, y la necesidad de priorizar la defensa de sus derechos e intereses; se trata de desarrollar una cultura antirracista, decolonial e intercultural, clave para la integración y convivencia en las clases populares españolas y europeas.

Por otro lado, la ofensiva política, relacional y cultural de carácter reaccionario y ultraconservador de las nuevas fuerzas de extrema derecha que pretenden hacer retroceder los derechos feministas hacia un modelo tradicional y patriarcal de subordinación femenina; requiere una trayectoria democratizadora y antiautoritaria, común a otras fuerzas sociales.

De ahí, el carácter más multidimensional, interseccional e inclusivo del presente feminismo, abarcando toda la diversidad y complejidad de la acción emancipadora, con la conformación de un proceso unitario y complementario de problemáticas singulares, sujetos colectivos e identificaciones parciales, en una dinámica cooperativa de respuesta y, al mismo tiempo, de conjunción y superación, en un proceso identificador feminista más global e interrelacionado respecto de las especificidades y la diversidad de cada dinámica particular, que evite sus efectos disgregadores.

Se trata de fortalecer el feminismo frente al machismo, de articular procesos identificadores de ese sujeto colectivo, anclados en la realidad de opresión específica pero asociada a la dinámica social y cultural progresista y los valores universalistas de igualdad, libertad y solidaridad, constitutivos del feminismo en estos más de dos siglos. Supone continuidad emancipadora y renovación y adecuación práctica y teórica ante las nuevas realidades sociales.

El sentido de la identidad

Desde la sociología crítica la pertenencia e identificación colectivas progresistas se van formando a través de las relaciones sociales, sobre la base de una práctica social prolongada, una interacción relacional solidaria tras los objetivos de libertad, igualdad y reciprocidad. El hacerse e identificarse feminista es una conformación social, procesual e interactiva: supone comportamientos duraderos igualitarios-emancipadores y solidarios, interrelacionados con esa subjetividad. Es la experiencia vital, convenientemente interpretada, la participación en la pugna social y cultural en sentido amplio, incluyendo hábitos, estereotipos y costumbres además de subjetividad, frente a la desigualdad y la discriminación, la que va formando la identidad feminista, o cualquier otra de capas subalternas, como la identificación de clase, la identidad nacional y la antirracista o decolonial. El componente social de la interacción humana es el principal para forjar el reconocimiento y las pertenencias grupales e individuales y dar soporte a la acción colectiva.

Estos dos conceptos, identidad e interseccionalidad, han recobrado relevancia en el pensamiento social y, en particular, para la teoría feminista y el discurso étnico-nacional o antirracista. Hacen referencia a algunas características de los grupos sociales, su reconocimiento y su relación, que conforman su actitud sociopolítica en un contexto de grandes transformaciones sociales. Por

separado pero, sobre todo, juntos, ayudan a explicar la formación de nuevos actores (o sujetos), individuales y colectivos, y sus procesos participativos y colaborativos en el marco del cambio sociocultural y político. Conllevan una experiencia relacional diversa que se combina con lo común de la interacción humana, al mismo tiempo que con su pluralidad.

En la identidad feminista influye el sexo (mujer) y el género (femenino). Pero no de forma determinista, sea biológica o estructural. Sí tiene importancia la realidad vivida, sentida y percibida de una desigualdad injusta, es decir, la pertenencia a un grupo social discriminado y con desventajas concretas, o bien con suficiente sensibilidad y solidaridad respecto de su situación.

Pero, sobre todo, el elemento sustantivo que configura ese proceso identificador feminista es la acción práctica, los vínculos sociales, la experiencia relacional por oponerse a esa subordinación y avanzar en la igualdad y la emancipación de las mujeres. La identificación feminista deriva del proceso de superación de la desigualdad basada en la conformación de géneros jerarquizados. Se trata de la actitud transformadora respecto de las funciones sociales, productivas y reproductivas desventajosas para la mitad de la población. Supone un cambio de su estatus vital subordinado.

La formación de un sujeto unitario superador de los sujetos o actores parciales va más allá de un liderazgo común (simbólico y legítimo), un objetivo genérico compartido (la democracia y la igualdad) o un enemigo similar (el poder establecido patriarcal-capitalista). Es un proceso sociohistórico y relacional complejo que necesita una prolongada experiencia compartida que debe superar las tensiones derivadas de los intereses corporativos y sectarios de cada élite respectiva, con su rigidez doctrinal legitimadora, que muchas veces reclaman su primacía haciendo pasar, incluso con prepotencia, sus intereses particulares e identidades específicas como los comunes o universales para el conjunto.

Las identidades, frente a los esencialismos deterministas, se construyen social e históricamente; son diversas, variables y contingentes. La identidad, como pertenencia colectiva y reconocimiento público, tiene un anclaje en una realidad material, institucional y sociocultural, en su contexto histórico; encarna una dinámica sustantiva de las relaciones sociales. Las identidades se configuran a través de la acumulación de prácticas sociales continuadas, en un marco estructural y sociocultural determinado, que permiten la formación de un sentido de pertenencia colectiva a un grupo social diferenciado con unos objetivos compartidos.

La conveniencia de la identificación feminista

En la medida que se mantenga la desigualdad y la discriminación de las mujeres, sus causas estructurales, la conciencia de su carácter injusto y la persistencia de los obstáculos para su transformación, seguirá vigente la necesidad del feminismo, como pensamiento y acción específicos. Y su refuerzo asociativo e identitario, inclusivo y abierto, será imprescindible para fortalecer el sujeto sociopolítico y cultural llamado movimiento feminista y su capacidad expresiva, articuladora y transformadora. No es tiempo de un postfeminismo abstracto, sino de un amplio feminismo crítico, popular y transformador frente a la pasividad o la neutralidad en este conflicto igualitario-emancipador. Eso sí, con una perspectiva integradora y multidimensional que le haga converger con los demás procesos emancipatorios. Igual ocurre con otros movimientos sociales progresistas.

Desde ese punto de vista, al igual que necesitamos más y mejor identificación feminista, precisamos más y mejores sujetos feministas; por supuesto, abiertos, plurales y en formación. En este caso, la identidad o el sujeto feminista, como partícipes de un proceso igualitario-emancipador, se diferencian de la identidad de género, que expresa la realidad diversa de las mujeres y sus específicos y variados estatus sociales y culturales.

En definitiva, el feminismo, con sus distintos niveles de identificación y pertenencia colectiva y su pluralidad de ideas y prioridades, es un movimiento social, una corriente cultural, un actor fundamental que, en una acepción débil, se puede considerar un sujeto sociopolítico en formación, inserto en una renovada corriente popular más amplia que califico de nuevo progresismo de izquierdas, con fuertes componentes ecologistas, antirracistas y feministas.

Los procesos identificadores progresistas (a veces descalificados como *woke*) son procesos democratizadores, igualitarios, críticos frente a los poderosos y con una orientación transformadora de progreso. Pero esta experiencia ya nos indica la superación de la rígida separación entre los componentes culturales, la redistribución y la firmeza democrática y participativa frente al poder establecido. Con la crisis socioeconómica, especialmente, ya no se pueden separar las demandas clásicas de la izquierda —igualdad social, derechos sociolaborales, protección pública, servicios públicos de calidad, empleo decente, regulación y renovación de la economía y del aparato productivo— de reclamaciones, por ejemplo feministas, que ya no son solo culturales sino que tienen impacto evidente con las estructuras sociales y los comportamientos colectivos: contra la violencia machista y por la libertad sexual, por un reparto igualitario de los cuidados y la reproducción social, contra la precariedad laboral femenina y las brechas de género, por un reconocimiento y relaciones de estatus igualitarias.

En definitiva, en el debate sobre el sujeto y la identidad feminista, que no femenina, habría que superar los determinismos sociodemográficos y estructurales, así como los idealismos culturalistas de priorizar, para definir su carácter, los proyectos y aspiraciones, aunque sean también importantes. A partir de la realidad de desigualdad y subordinación de las mujeres —y otros grupos subalternos— e integrando las demandas de sus derechos igualitarios-emancipadores, debería ponerse el acento, desde esta interpretación relacional y crítica, en los procesos de identificación colectiva derivados de unas prácticas sociales, unos comportamientos o unas costumbres comunes que establecen unos vínculos sociales y una cultura sociopolítica con ese carácter feminista. Es el nexo social y realista para una transformación sociopolítica hacia la libertad y la igualdad.

La identidad colectiva, inseparable del sujeto social

La identidad, personal y grupal, es inseparable de la posición social y su experiencia vital y relacional. Los procesos de identificación colectiva, de pertenencia compartida a un grupo social diferenciado, se vinculan con la conformación sociohistórica de los sujetos sociales, siempre en interacción y recomposición. Su configuración y su evolución no dependen solo de la transformación de la subjetividad, las mentalidades y el deseo, sino de la existencia de una voluntad de cambio, junto con el despliegue continuado e interactivo de su práctica social: sociopolítica, económica, cultural, étnico-nacional, de género-sexo. Se trata de superar, de forma realista y multilateral, la dicotomía convencional entre sujeto / objeto o bien necesidad / libertad, sin caer en determinismos ni en voluntarismos.

Por otro lado, la identidad es el resultado del pasado y el presente de la persona, de sus vivencias y relaciones sociales; pero también incorpora sus proyectos e ilusiones que modelan sus comportamientos inmediatos. No tiene razón Sartre cuando afirma que la identidad es solo expresión del pasado y que el futuro es libertad... luego sería conveniente no aferrarse a la identidad para poder ser más libre; es un enfoque individualista que infravalora el vínculo social como condición para la sociabilidad y la propia emancipación. La relación social, si es una relación de desigualdad y de dominación / subordinación puede coartar la libertad individual y colectiva e imposibilitar la reciprocidad y el contrato social. Igualmente, la identidad es ambivalente, puede tener componentes positivos y negativos; refleja una pertenencia colectiva y un reconocimiento social de un estatus determinado, pero hay que contextualizar su sentido y su orientación, emancipadores o de subordinación relacional.

En todo caso, lo que somos no nos determina, la identidad no necesariamente es fija ni nos restringe, la vamos cambiando y regula nuestra libertad de acción y pensamiento. Tampoco es acertada la idea de que la identidad se construye hacia adelante, no hacia atrás; se priorizaría el criterio hegeliano, supuestamente inscrito en su ley histórica, del deseo o la aspiración a la plenitud humana (autorrealización) como base de la construcción identitaria. Parafraseando a Simone de Beauvoir, la mujer se hace, por su relación social experimentada, pensada y proyectada; no nace, pero tampoco depende solo del futuro y sus ilusiones. Su identidad forma parte de su devenir real y su interacción colectiva. Prima una perspectiva relacional o social e interactiva.

La combinación de identificaciones

Todo individuo y grupo social tiene diversas identidades, más o menos complementarias, desiguales en su importancia, asimétricas en su combinación y jerarquía interna y variables en su impacto expresivo en cada momento y circunstancia. O sea, se produce una suma, convergencia, equilibrio inestable o integración más o menos coherente de sus identidades, con el despliegue de variadas representaciones, subjetividades y funciones sociales, que no son especialmente identitarias. La identidad recoge los rasgos psicológicos de un individuo o colectividad, pero también las características posicionales y culturales que permiten el autorreconocimiento y el reconocimiento de los demás; es decir, expresa el sentido de pertenencia a un grupo social, hacia dentro y hacia fuera del mismo. Esa actuación prolongada, compartida y reconocida conforma el sujeto social.

Por último, la combinación de distintas identidades parciales, fuertes o débiles, y la expresión de cada combinación de ellas en el tiempo, en cada individuo y grupo social, ofrece unas características identitarias en el sentido más concreto: étnico-nacionales, de sexo/género y clase social, o de grupos específicos con distintas opciones y preferencias. Pero están ligadas a una situación e identificación más general en dos planos diferentes.

Uno, en la pertenencia sociopolítica a una comunidad política, desde el punto de vista de sus derechos y deberes cívicos, independientemente de sus características particulares: es el sentido de una ciudadanía política compartida, que puede ser multinivel, local, nacional o estatal, europea, mundial.

Otro, la pertenencia a la humanidad, a nuestra especie, como rasgo común de las personas de todo el mundo, con unos derechos humanos fundamentales compartidos por toda la población y una identificación común como ser humano. Y, especialmente, en su ejercicio sociopolítico y cultural según los contextos. No se trata solo de cierto cosmopolitismo y un universalismo ético existente en todas las personas, sino que esos componentes se integran también junto con los demás en la identidad y el carácter del sujeto y pueden tener un mayor o menor impacto en su carácter, su comportamiento y sus aspiraciones.

Por tanto, la combinación en cada individuo y grupo social de esa multiplicidad identificadora, con el peso diferenciado de cada componente, positivo o negativo, según qué procesos, incluidos los más generales de la ciudadanía y la pertenencia humana, ofrece un panorama no estrictamente fragmentado de su identidad, como gran parte de las ciencias sociales asegura; ni tampoco unificado, como otra parte afirma al intentar meter la realidad diversa en supuestas categorías homogeneizadoras, insensibles a esa diversidad. El conjunto de identificaciones asimétricas, por la jerarquización de su importancia o su desarrollo en cada situación particular, configura distintas expresiones unitarias en (des)equilibrios diversos y en transformación.

El significado de la interseccionalidad

El concepto de interseccionalidad apunta a ese análisis, aunque hay que evitar quedarse en una simple descripción o una constatación formalista de la multiplicidad identitaria. Hay que comprender sus interrelaciones internas para explicar su impacto normativo, relacional o sociopolítico, es decir, su configuración como sujeto activo superador de cada actor particular, llámese pueblo, proletariado o movimiento popular de movimientos sociales.

Mi interés es poner el acento en la capacidad articuladora, conformadora o transformadora de los seres humanos y sus relaciones a través de su experiencia vital, multidimensional e interactiva. La sociedad es diversa. Las relaciones sociales, sin reducirlas a relaciones de poder o de dominación, también son ambivalentes; el sentido político o ético de las interacciones humanas expresa la pugna y la colaboración de proyectos individuales y colectivos en procesos relacionales multidimensionales y en diferentes niveles.

En definitiva, las grandes identidades tradicionales, especialmente las derivadas de las relaciones machistas, la subordinación y precarización popular y los reajustes étnico-nacionales, con sus jerarquías valorativas, están en crisis y cambio. Hay una nueva pugna por su nueva conformación, su interrelación interna y su papel: desde la reacción defensiva y fanática de las anteriores identidades tradicionales, a la reafirmación en identificaciones parciales o fragmentadas. La construcción de nuevas identidades y, sobre todo, de los nuevos equilibrios, personales y grupales, de su heterogeneidad, es lenta e incierta y exige realismo, reconocimiento, tolerancia, negociación, mestizaje y convivencia; en resumen, respeto al pluralismo, capacidad integradora y talante democrático.

Por tanto, hay que superar cierto pensamiento posmoderno, fragmentario e individualista, así como la rigidez unificadora y esencialista de algunas teorías modernas y premodernas, sean asimilacionistas ante la diversidad o prepotentes respecto de las minorías. En ese sentido, la identidad feminista es fundamental para las mujeres, como expresión de su situación específica de discriminación y su demanda de igualdad y emancipación, a integrar con sus otras identidades en una pertenencia diversa y conectada con una identidad cívica, más general, democrático-igualitaria y solidaria, así como en una conducta e interacción prologada de carácter igualitario-emancipador que constituye la identidad sociopolítica y cultural feminista, más universalista.

Hay que superar la política basada en las emociones o en la simple racionalidad abstracta y, en particular, también un feminismo o una identidad de género solo emocional y/o solo racional. La posición social y la experiencia relacional y cívica son fundamentales; las condiciones, intereses, trayectorias y necesidades sociales configuran un punto de partida para la emancipación. Los sujetos colectivos, en particular el movimiento feminista, expresan una particular combinación de emociones, razones, estatus social, experiencia relacional y proyectos de vida. La igualdad, la libertad y la solidaridad siguen siendo referencias universalistas y transformadoras.

En definitiva, el sentido del feminismo es combatir el sometimiento de las mujeres, superar su situación impuesta de desigualdad y opresión para que puedan ser personas libres. La situación y la identidad de género mujer conlleva una posición de subordinación derivada de la desigual división sexual del trabajo productivo y reproductivo, público y privado, que el feminismo pretende superar mediante un proceso igualitario-emancipatorio que configura la identidad feminista de las mujeres. Se replantean las femineidades y las masculinidades y su interacción.

Por tanto, la clave del feminismo es conseguir la igualdad de género o entre los géneros, superar las desventajas relativas y la discriminación de las mujeres. Dicho de otro modo, el objetivo es que la diferenciación de géneros y su construcción sociohistórica no supongan desigualdad real y de derechos y, por tanto, no tengan un peso sustantivo en la distribución y el reconocimiento de estatus y poder.

En ese sentido, se rompen los géneros como funciones sociales desiguales impuestas por el orden establecido, patriarcal-capitalista, que se ve favorecido por esa segregación por sexo. Supone un largo y persistente proceso individual y colectivo para superar las profundas causas estructurales y de dominación en que se basa esa segmentación. Igualdad y emancipación están entrelazadas frente a una realidad de género ambivalente.

Jan Krikke

La debacle de la OTAN en Ucrania anticipa la muerte del atlantismo

La disputa pública entre el presidente ucraniano Volodymyr Zelensky y el presidente estadounidense Donald Trump en la Casa Blanca la semana pasada conmocionó a toda Europa, y con razón.

Mientras Trump aboga por el fin de la guerra en Ucrania y anuncia un cambio radical en la política estadounidense, Europa se encuentra atrapada en un terreno geopolítico inexplorado. Se distanció de China, cortó lazos económicos con Rusia y no supo anticipar el histórico cambio estratégico de Trump.

Para empeorar las cosas, Europa se descalificó a sí misma como interlocutor confiable después que los líderes de la UE admitieran públicamente que las negociaciones de Minsk se utilizaron para ganar tiempo para armar militarmente a Ucrania. En pocos años, Europa logró aislarse en el escenario mundial.

Olvidando la historia

Henry Kissinger dijo una vez que Estados Unidos no tiene amigos permanentes, sólo intereses. La guerra en Ucrania es un claro ejemplo de ello.

Hace unos 30 años, la mayoría de los países europeos, influenciados por una ola neoliberal en Estados Unidos, eligieron una serie de líderes políticos de mentalidad atlantista que estaban de acuerdo con las políticas neoliberales estadounidenses.

Los sucesivos gobiernos estadounidenses, incluidos Bush, Clinton y Obama, apoyaron la expansión de la OTAN. El pretexto fue la expansión de la democracia y la libertad, lo que ocultó las razones geopolíticas y económicas que se remontan a la era colonial.

La teoría del corazón, desarrollada por el geógrafo británico Halford Mackinder a principios del siglo XX, sostenía que la hegemonía occidental dependía de la división del continente euroasiático.

Mackinder abordó la geopolítica como una batalla entre las potencias marítimas emergentes (principalmente de Europa occidental) y las potencias terrestres (Rusia, China, India). El desarrollo de los ferrocarriles desafió el poder hegemónico marítimo de Occidente.

En la década de 1980, el estratega geopolítico estadounidense Zbigniew Brzezinski actualizó la teoría del Heartland e identificó a Ucrania como la nación central en la batalla por el continente euroasiático.

La expansión de la OTAN desde la década de 1990 fue orquestada por los protegidos de Brzezinski y defendida por sucesivas administraciones estadounidenses.

El razonamiento era que las potencias marítimas occidentales sólo podrían mantener la hegemonía global manteniendo dividido el continente euroasiático. La Iniciativa del Cinturón y la Ruta de la Seda (BRI, por sus siglas en inglés) de China, que se extiende por todo el continente euroasiático, también preocupaba a los atlantistas.

La Iniciativa del Cinturón y la Ruta de China en última instancia integrará al continente euroasiático.

Desde una perspectiva atlantista, la guerra en Ucrania cumplió su misión: aislar a Europa del continente euroasiático. La voladura del gasoducto Nord Stream que conecta Rusia con Europa formaba parte del programa.

Pero los atlantistas no podían prever que Trump cambiaría tan drásticamente el tablero de ajedrez estratégico.

El viejo adagio «sigue el dinero» sigue siendo válido. Estados Unidos se enfrenta a una deuda nacional creciente e insostenible, un déficit presupuestario perenne y déficits comerciales cada vez mayores. Estos déficits triples sólo pueden sostenerse mientras el dólar sea la moneda de reserva mundial.

Estados Unidos gana billones de dólares como «cabina de peaje» del sistema global del dólar, pero el gobierno estadounidense ya ha tomado prestados 36 billones de dólares para cubrir sus déficits presupuestarios. Los pagos de intereses de la deuda nacional son mayores que el presupuesto de defensa y están aumentando. De seguir la trayectoria actual, Estados Unidos se encamina hacia el impago o la hiperinflación.

La prioridad de Trump es restablecer la salud fiscal de Estados Unidos y asegurarse de que el dólar siga siendo la moneda de reserva mundial. Esto explica tanto su despiadada reducción de costos como amenazar con sanciones a los países que intenten desdolarizarse.

Negación profunda

Occidente nunca logró convencer a Rusia de que la expansión de la OTAN hasta la frontera rusa no suponía ninguna amenaza para ella. Sin preocuparse por la posible reacción rusa, presentó la expansión de la OTAN como un ejercicio de democracia y libertad. La ideología triunfó sobre el pragmatismo.

Pero el descenso será doloroso. Al principio de la guerra, los medios occidentales describieron a Rusia como una potencia débil y corrupta, con una economía moribunda y un ejército ineficiente. Occidente, demasiado confiado o históricamente ingenuo, se apoyó en tres pilares que se desmoronaron uno tras otro:

- Las sanciones para debilitar o colapsar la economía rusa y provocar un levantamiento contra Putin fracasaron
- Aislar a Rusia del Sur Global, incluidos China y la India, fracasó
- La derrota estratégica que se infligió a Rusia con las armas superiores de la OTAN fracasó

Convencido de que Rusia podía ser derrotada, Occidente no se molestó en formular un plan B.

Cuando quedó claro que Rusia no podía ser derrotada, Occidente dio vuelta la situación. Rusia ya no era un estado débil con un ejército impotente, sino una amenaza existencial para Europa.

Rusia tiene una economía del tamaño de España, con menos de un tercio de la población europea y una cuarta parte del presupuesto de defensa europeo (unos 84.000 millones de dólares frente a los 326.000 millones de Europa), pero ahora se dice a los europeos que, si no defienden a Ucrania, tal vez tengan que luchar contra los rusos en sus propias fronteras.

Los líderes europeos que se niegan a comprender que se inició el juego final ahora son incapaces de ofrecer propuestas de paz y redoblan su locura estratégica: ayer discutieron la creación un fondo de defensa europeo colectivo para construir una industria de defensa que no dependa de Estados Unidos.

Los expertos pronostican que Europa podría tardar diez años en alcanzar la autosuficiencia militar, por no mencionar que un número cada vez mayor de países europeos están expresando su descontento con la política hacia Ucrania. La mayoría de los líderes de la UE tienen índices de aprobación inferiores al 30%.

La debilidad de Europa es intrínseca y no se puede disimular. Un analista geopolítico chino describió recientemente el dilema: «Europa está formada por países pequeños y países que no se dan cuenta de que son pequeños (en el contexto de la geopolítica)».

Si Estados Unidos, Rusia y China discuten una arquitectura de posguerra –una Yalta II– Europa puede verse relegada a un segundo plano. Cuando las cosas se pongan difíciles, Europa carecerá del apalancamiento estratégico que pueden ofrecer los «tres grandes».

Descenso histórico

El mayor desafío para la élite de la UE es gestionar la opinión pública durante el inevitable retroceso en su cruzada ideológica.

Desde 2014, cuando Rusia recuperó el control de Crimea, los medios occidentales han servido como brazo propagandístico de los atlantistas, algunos patrocinados por la USAID. Demonizaron a Putin y a Rusia las 24 horas del día, los 7 días de la semana. Cualquiera que pronunciara una palabra de crítica a Zelenski o a Ucrania era presentado como un activo prorruso.

El bombardeo incesante de propaganda antirrusa fue sumamente eficaz. Una encuesta reciente en Gran Bretaña indicó que más del 80% de los encuestados estaba a favor de desplegar tropas sobre el terreno en Ucrania, sin importar que todo el ejército británico cupiera en el estadio de Wembley.

El virus atlantista que infectó a Europa en las últimas tres décadas ha transformado el panorama ideológico.

Hoy, la derecha proverbial, como la AfD en Alemania, pide paz, mientras que la izquierda neoliberal, incluidos los «Verdes», son los animadores de la continuación de la guerra. En Europa apenas se habla de esta histórica inversión de roles.

Los partidos verdes europeos que tienen sus raíces en los levantamientos estudiantiles de 1968 y

las protestas contra la guerra de Vietnam, como el alcalde «verde» de Ámsterdam, exhiben ahora un tanque ruso quemado como trofeo de guerra.

Cuando la paz regrese a Ucrania, Europa haría bien en analizar la inversión de roles ideológicos que contribuyó a la tragedia de Ucrania.

[Fuente: [Observatorio de la Crisis](#)]

Rubén Juste de Ancos

La carrera belicista europea: ¿quién está detrás de la industria de la guerra?

Más allá de la posición de Trump en la posible paz en Ucrania, Europa parece haber tomado ya de manera indiscutible la senda de aumento del presupuesto militar. La Comisión Europea, presidida por la exministra de Defensa alemana Von der Leyen, y que integra la gran coalición formada por la ultraderecha, socialistas y conservadores, ha prometido la movilización de 800.000 millones de euros. “Estamos en una era de rearme y Europa está dispuesta a impulsar masivamente su gasto en Defensa”, dijo a principios de marzo la presidenta de la Comisión, tras la congelación de la ayuda de EEUU a Ucrania decretada por Trump. El nuevo plan, denominado “Rearmar Europa”, plantea romper reglas tradicionales de la Unión, como congelar las reglas de déficit fiscal para autorizar el endeudamiento si es para gasto militar; o la compra mancomunada de material militar, para evitar sobrecargar los precios y las cadenas de suministros; y préstamos por valor de 180.000 millones para estas compras. El objetivo es “la adquisición de sistemas de defensa aérea y antimisiles, los sistemas de artillería, misiles y munición, drones y sistemas antidrones, pero también para abordar otras necesidades, desde el ciberespacio a la movilidad militar”, según aseguraba Von der Leyen. Ante esta espiral incuestionable, cabe preguntarse qué actores se pueden beneficiar de esta carrera.

El declive económico del eje francoalemán

Macron y la industria francesa de defensa son uno de los grandes beneficiados de este plan de rearme. Desde la convocatoria de elecciones anticipadas el año pasado, y el frustrado gobierno de su delfín, el conservador Michel Barnier, las malas noticias se le han ido acumulando. En unos pocos meses ha perdido a su socio alemán Olaf Scholtz, y principalmente al estadounidense Biden, con quienes compartía objetivo estratégico en Ucrania. Más allá, la economía sigue una senda de estancamiento, con un tímido crecimiento del 1,1% en 2023 y 2024. Tras la crisis de gobierno y los datos económicos de fin de año, las agencias rebajaron la calificación de la deuda, cuyos intereses están en máximos históricos desde la crisis [de 2011](#).

Una situación que ya hace mella en las familias. Según una encuesta de [IPSOS](#), el 32% de los franceses afirma que apenas puede satisfacer sus necesidades esenciales (+2 puntos en un año) y el 13% que no lo hace (+1 punto en un año). En total, casi uno de cada dos franceses se encuentra, por tanto, en una situación económica incómoda (45%, una proporción que ha aumentado 3 puntos respecto a 2023).

En [enero](#), otra encuesta situaba a Macron como el presidente con menos popularidad desde François Holland en 2015. Bajo este aguacero, Macron ha abrazado con fervor el plan de rearme europeo y cuestiona las reglas de déficit. Ya en enero decía que estaban “caducas”, con una deuda del 113,7% y un déficit del 6%, muy por encima del resto de países, y el doble de lo que marca el Pacto de Estabilidad y Crecimiento (PEC), que limita el déficit público al 3% y la deuda pública al 60% del PIB.

Con el rearme europeo, Macron fía su futuro al desempeño de la industria gala en el sector. Tras

casi tres años de guerra en Ucrania, Francia se ha convertido en el segundo exportador de armas a nivel global, sólo por [detrás de EEUU](#). Cinco de sus empresas se sitúan entre las [50 mayores del mundo](#) (Thales, Dassault, Naval Group, Safran y CEA). Estas empresas se caracterizan, dentro del ecosistema global, por tener una participación estatal de control por parte del gobierno francés y el Ministerio de Defensa. Esto beneficia a ambas partes de la carrera armamentística, pues asegura un crecimiento de pedidos por parte del Estado y aumenta su recaudación. Sólo en 2024, los beneficios por la venta de armas de Thales aumentaron un 45%.

La locomotora parada

Alemania es otro de los países que encuentra una salida económica con esta guerra. La locomotora industrial de Europa no ha levantado cabeza tras la crisis de la covid y el final del gas ruso barato: su producción industrial sigue 10 puntos por debajo del nivel precrisis, y en 2024 cayó un 3%. La economía alemana arrastra dos años de crecimiento negativo, en 2023 y 2024, una situación que no se producía desde el inicio del milenio.

Los efectos de la recesión se han dejado ver en los recientes cambios políticos en el país. Las [encuestas](#) electorales destacaban la economía y la inmigración como los principales problemas que preocupaban a la ciudadanía, y acabaron provocando el cambio de gobierno. Otro de los elementos es la disparidad creciente entre ricos y pobres, muy común en el resto de países europeos. Las condiciones de vida de muchos ciudadanos han ido empeorando, y Alemania figura entre los países líderes en [indicadores](#) como pobreza energética, con un 8,2% de su población pasando problemas para mantener caliente su hogar, frente al 20,8% en España, que lidera el ranking; y por encima de países como Polonia (4,7%), Finlandia (2,6%) o Austria (3,9%), lo que apunta directamente al incremento de precios de la energía tras el inicio de la guerra de Ucrania (el [porcentaje](#) era del 2,5% en 2019).

Elementos que ha sabido canalizar la ultraderecha para su propio interés, y que figuran entre los factores que influyen en la buena prensa de esta carrera armamentística. La crisis de gigantes como Volkswagen contrasta con el crecimiento de la industria alemana de defensa. Las icónicas empresas Thyssen y Rheinmetall AG han encadenado años de beneficios y la última está en conversaciones para adquirir la planta de Volkswagen en Osnabrück para la construcción de tanques. A diferencia de las empresas francesas, son compañías de capital abierto, con fondos norteamericanos como sus principales accionistas (Blackrock, Vanguard o FMR) y, en el caso de Thyssen, con la familia Krupp como accionista mayoritario que acompaña a dichos fondos.

Los británicos, los grandes beneficiados del plan europeo

Otro de los beneficiados por la espiral belicosa es Gran Bretaña. Tras un turbulento periodo de crisis abanderado por el partido conservador y el fin de la era brexit, los laboristas, liderados por Keir Starmer, han congeniado con los intereses europeos respecto a Ucrania. El primer gesto de acercamiento fue premiar a Zelenski con la primera asistencia en treinta años de un líder extranjero a la reunión del nuevo gabinete, en [julio del año pasado](#).

Starmer pasa en estos momentos por ser el socio más fiel del presidente ucraniano. Ha apoyado el envío de tropas, aviones de combate y soldados. Se acerca así a lo que Rusia asocia a una declaración directa de guerra. Recientemente sorteaba la amenaza rusa ante estas propuestas adoptando una que incluyera un contingente de "paz". Keir Starmer afirmaba su compromiso de

alcanzar el 2,5% del PIB en gasto militar. Como asegura el partido en su página [web](#), “los laboristas pararán el caos, pasarán página, y volverán a los cimientos de seguridad nacional, fronteras seguras y estabilidad económica”.

Siete de las cien mayores empresas de defensa en el mundo son británicas. Entre ellas destaca BAE Systems, líder en ámbitos clave del plan de rearme europeo, como misiles, sistema de defensa, vehículos de combate y transporte, o sistemas de comunicación. Aporta el [17% del total de ventas](#) de la industria militar y de defensa europea. Eso ha hecho que Bruselas modifique la estrategia de “comprar más, mejor y más europeo” e incluir a empresas de armamento y defensa británicas en la ecuación, y a otros países como Turquía.

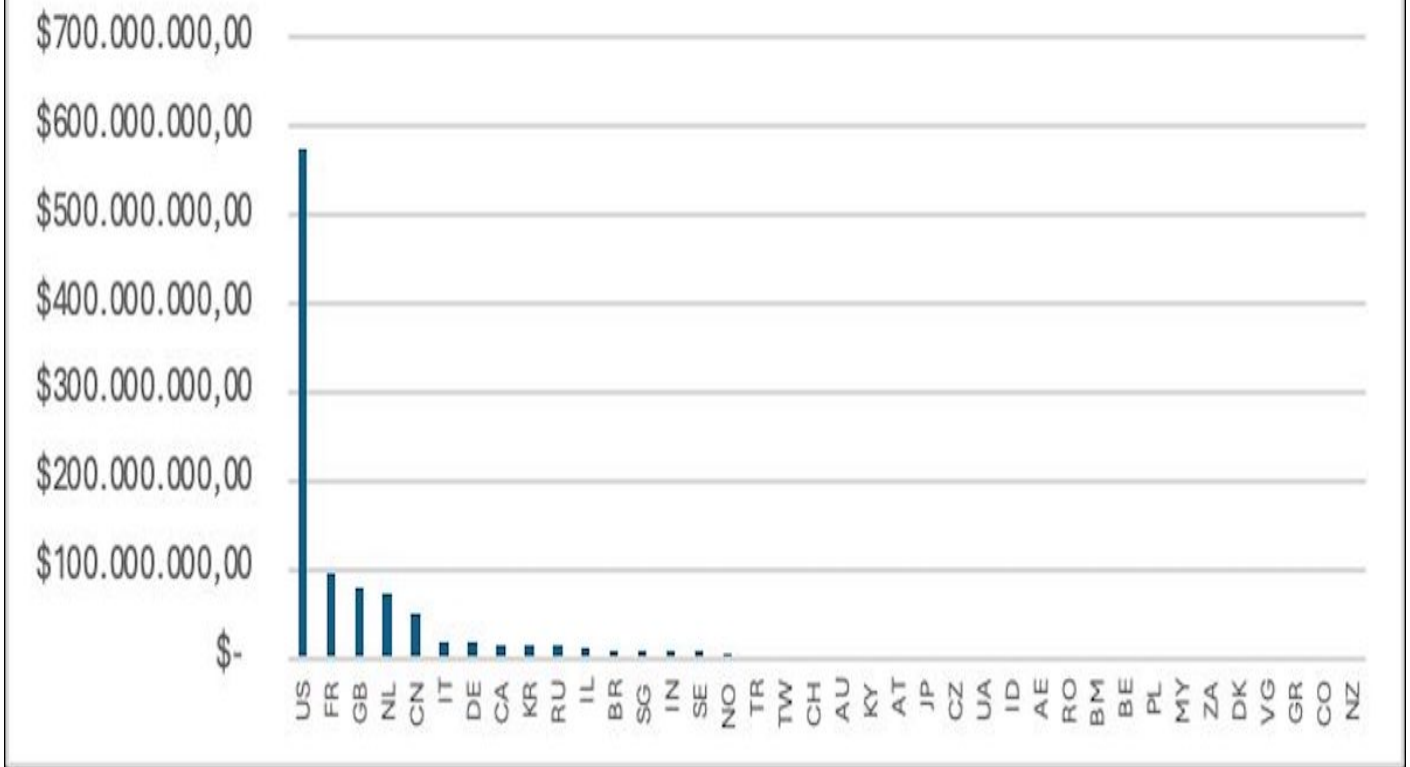
Al igual que la industria alemana, las empresas británicas tienen como principales accionistas a los fondos norteamericanos. Tras las privatizaciones de Margaret Thatcher, no obstante, el gobierno británico se reservó la llamada acción de oro, que concede a este las facultades de vetar la toma del consejo de administración por parte de inversores, o la facultad de que sea un británico el presidente del consejo.

El capital financiero estadounidense: adalides de la industria militar

A pesar de la gran importancia de la industria europea, la dependencia de las empresas norteamericanas de seguridad y defensa es un hecho, y más después de la invasión de Ucrania. Entre 2015 y 2019, los países de la Unión Europea importaban un 52% del material de defensa de EEUU, y esta cifra ha subido al 64% en el periodo posterior (2020-2024), beneficiándose del incremento de importación de armas del continente europeo (aumentó un 155%), según el Instituto de [Estocolmo de Investigación de la Paz](#). Las empresas de armamento de EEUU han sido las grandes favorecidas de la guerra de Ucrania y su posición sigue siendo dominante en el mercado internacional. Desde su inicio, su posición en el mercado ha crecido desde el 35% del total de exportación de armas a un 43%, acercándose a controlar casi la mitad del mercado internacional, según datos del instituto sueco.

Los datos recabados por CTXT no dejan lugar a dudas: de las 523 empresas de armamento a nivel global, 185 son norteamericanas. Sus compañías facturan 574.716 millones de dólares, muy lejos del segundo país, Francia, con 97.513 millones. Su principal baluarte actualmente es la corporación RTX, que se queda un poco por detrás del total de la factura de las empresas francesas, con 80.738 millones. Su división Raytheon Missiles & Defense produce los famosos misiles Patriot, tan demandados en la guerra de Ucrania. Es, a su vez, uno de los [principales suministradores de armas de Israel](#), ya sea por venta directa, o a través del programa de financiación de armas del gobierno norteamericano con este país.

Ingresos de empresas militares por país



El país norteamericano es líder no sólo a través de sus empresas de armamento, sino también a través de sus tentáculos financieros. Los fondos norteamericanos controlan la mayor parte de empresas globales de armamento. Blackrock es el principal inversor en el sector, con 542 empresas participadas. Le siguen entidades como Invesco, Fidelity o Vanguard, con centenares de participaciones en empresas clave de la industria armamentística.

Otras de las empresas importantes es Lockheed Martin, productor del popular F-35 que usan la mayoría de países occidentales. Tras el anuncio de Trump de aumentar los aranceles, Canadá y varios países europeos plantean sustituir la compra de estos por otros similares como el Eurofighter de Airbus. Su accionista de referencia es State Street, otro de los bancos estadounidenses que domina la industria, y que es a su vez el primer accionista de RTX Corporation.

Accionistas con más participaciones en el sector militar



El rearme europeo: qué se ha hecho hasta ahora

Ante el nuevo escenario de competencia entre bloques productores, la Comisión Europea ha puesto sobre la mesa la posibilidad de compras conjuntas para los países miembros, y un fondo común para evitar problemas de suministro como sucedió en la pandemia. La posibilidad de mancomunar el presupuesto es uno de los primeros pasos hacia la interoperabilidad, es decir, que puedan generarse sinergias entre los distintos ejércitos europeos con el objetivo de alcanzar la autonomía estratégica deseada. Pues, como ya se ha puesto en evidencia, no es el gasto militar lo que diferencia a Europa de su entorno (sólo por detrás de EEUU), sino la autonomía respecto al suministro de bienes militares, y la operatividad entre los distintos ejércitos de los Estados miembros.

Así, el 6 de marzo, tras la reunión del Consejo Europeo y el lanzamiento del plan Rearmar Europa, se ponía énfasis en la “firme voluntad de reducir sus dependencias estratégicas y aumentar sus capacidades. La base tecnológica e industrial de la defensa europea debe reforzarse en consecuencia en toda la Unión”. El plan incluye las ya citadas compras conjuntas, e incentivar a la industria europea de defensa a través de los presupuestos nacionales y préstamos del Banco Central de Inversiones, el organismo presidido por Nadia Calviño.

Como menciona un informe del [Instituto Elcano](#), bajo estos relatos (Rearmar Europa), “la defensa pasa a ser otro instrumento de competición y se utilizan las inversiones en defensa como un instrumento para potenciar la resiliencia del tejido industrial, el empleo y la prosperidad de las poblaciones”.

Una de las fórmulas ensayadas se puso en marcha tras la invasión de Ucrania, a finales de 2021, con la creación del Fondo Europeo de Defensa. Según el Instituto [DELAS](#), uno de los problemas de este fondo ha sido la opacidad en las adjudicaciones y el desarrollo de programas como los aviones no tripulados dirigidos por IA. Este fondo se dedica a Innovación y Desarrollo en programas militares y, según el Instituto, más del 30% de los fondos han tenido cinco beneficiarios (Leonardo, Thales, Airbus, Saab e Indra). Un proceso de adjudicaciones y desarrollo que pone en cuestión el instituto DELAS al ser estas empresas parte del panel de expertos que ayudó a la Comisión a erigir este fondo.

[Otros](#), en cambio, ven estas sinergias entre empresas privadas europeas o semipúblicas y el Estado como una estrategia necesaria para el desarrollo de la autonomía. Así pues, esta conexión entre oferta y demanda sería propia de una industria oligopólica por definición con un solo comprador (los estados), que premiaría a aquella industria que desarrolla productos bajo la supervisión y dirección del Estado.

Uno de los ejemplos de esta estrategia lo tendríamos en la empresa pública Airbus Aerospace y Airbus Military, cuya matriz EADS (fundada por la francesa Matra, la alemana Daimler, y la española CASA) es [controlada](#) por los gobiernos de España (4%), Francia (10,83%) y Alemania (10,82%). Sería la más beneficiada de en estos fondos, y uno de los principales contratistas de los Estados miembros (como España).

España: un conglomerado tecnológico-militar afín

Se ha puesto el énfasis en que España estaría en la cola europea en gasto en defensa en relación al PIB. El Gobierno de Sánchez se comprometió tras la cumbre de Madrid de 2021 a alcanzar el 2% del PIB en 2029. Una cifra muy relativa, como muestra un informe de Félix Arteaga, investigador del [Instituto Elcano](#) (organismo público de estudios internacionales), pues “España cumple con creces (30,3%) el objetivo del porcentaje de inversión en equipamiento sobre el total de gastos de defensa de la OTAN (20%). De hecho, está por delante de EEUU (29,9%), Dinamarca (29,8%), Alemania (28,7%), Francia (28,4%) e Italia (22,1%)”. A su vez, el incremento del gasto militar no ha hecho más que crecer durante la última década. Entre 2014 y 2024, España aumentó su gasto un 107%. Sin embargo, este incremento se hace menos visible por el crecimiento del PIB en estos años. El investigador del Instituto ve, en consecuencia, imposible que se alcance el 2% del PIB prometido bajo el actual contexto, ya que implicaría un aumento sustancial respecto a la senda trazada en pasados presupuestos. Algo que parece difícil

ante la imposibilidad de tener una mayoría que lleve adelante unos nuevos Presupuestos Generales del Estado para este año o el siguiente.

El presupuesto militar del Estado muestra un crecimiento y una concentración de empresas a su alrededor. El principal beneficiario de este sería el conglomerado europeo Airbus (49,6%), seguido por Navantia (14,2%), e Indra (5,8%). Como marca el Ministerio de Defensa en su [informe anual](#), el objetivo del incremento en el presupuesto de defensa es potenciar la inversión en programas militares. Esto supone el “lanzamiento de nuevos programas como los buques hidrográficos, la radio táctica SCRT, el RPAS Sirtap, sistemas de mando y control, misiles Patriot o sustitución de aviones y helicópteros. Estos nuevos programas se unirán a los que están actualmente en desarrollo, entre los que destacan el vehículo 8x8, las fragatas F-110, el submarino S-80, el helicóptero NH-90, el caza de nueva generación NGWS/FCAS, los EF2000, el A400M o los satélites HISDESAT”.

Estos proyectos de I+D cuadran con los movimientos de Sánchez en el campo económico. Por un lado, el nombramiento del expresidente de Indra Marc Murtra en Telefónica —un 10% de sus acciones está en manos de la SEPI—, así como la adquisición de Hispasat por parte de Indra. Ambos movimientos han puesto sobre el tablero la apuesta del gobierno por un sector, el de las telecomunicaciones, como ámbito clave en el esquema de seguridad nacional y defensa.

Por otro lado, Indra, controlada por el Estado (y bajo los mandos de los hermanos Escribano, que [controlan el 15%](#), con el beneplácito de Moncloa), está dispuesta a aprovechar las nuevas inversiones para adquirir otras compañías que amplíen su competencia. Es el ejemplo de la empresa norteamericana fabricante de blindados Santa Bárbara. Indra pretende hacerse con ella para controlar la fabricación de los vehículos blindados 8x8 (ahora participa en la parte electrónica). O la ya mencionada adquisición de la empresa de satélites y telecomunicaciones, Hispasat. Una operación que el ministro de Economía, Carlos Cuerpo, [bautizaba](#) como “muy buena noticia para España”, pues refuerza a “una empresa estratégica en un sector clave”, refiriéndose al ámbito aeroespacial y las comunicaciones.

Tras el anunciado plan de rearme de Von der Leyen, y con una opinión pública española tradicionalmente reacia a aumentar el gasto militar, Sánchez quiere [reformular](#) el programa Rearmar Europa y dirigirlo hacia la seguridad, y no sólo a las armas. Unos movimientos que muestran la apuesta del Gobierno español por disputar el terreno de la I+D al resto de socios, y optar, con un conglomerado público-privado, a los nuevos fondos pactados en Bruselas. Estas iniciativas enlazan bien con la idea francoalemana de ligar el aumento del gasto en defensa con el empleo y el crecimiento. En ese sentido, la secretaria de Estado de Defensa, Amparo Valcarce, defendió el crecimiento del gasto militar prometido a Bruselas por Sánchez con el argumento de que “solo en 2023, más de 120.000 personas estaban empleadas en el sector de la defensa y de la seguridad”.

Algo que, *a priori*, no parece chocar con el conglomerado financiero-militar estadounidense, que participa prácticamente en la totalidad de empresas europeas como importante accionista, o incluso como el mayoritario. En la propia Indra, la estadounidense Goldman Sachs supera a los hermanos Escribano en participación. También lo hacían en Telefónica antes de la entrada del Estado en el accionariado.

En resumen, la industria de armamento europea vive su mejor momento desde la Segunda

Guerra Mundial, gracias al apoyo de la Comisión Europea y el impulso del eje francoalemán, que ve en este sector una tabla de salvación al declive de sus economías y a la legitimidad de sus gobiernos. Todo ello dibuja un futuro que, según esos gobiernos, debe conjugar la necesidad operativa de los Estados europeos de controlar los proyectos de la industria militar, con los beneficios en un sector en auge que compite con compañías norteamericanas cada vez más poderosas.

[Fuente: [Ctxt](#)]

Antonio Turiel

La amenaza fantasma

Queridos lectores:

Un fantasma recorre Europa. Después de décadas de placidez (o al menos así la han descrito los medios), hemos entrado en un estado de pánico, espantados (según nos cuentan) por una inminente invasión desde Rusia —importando a estas tierras aquella máxima atribuida apócrifamente a Kissinger, «El pueblo americano tiene solo dos estados: autocomplacencia y pánico»—. Desde Bruselas [se exhorta a los ciudadanos de la UE a preparar un «kit de emergencia»](#) para sobrevivir 72 horas delante de riesgos de lo más variado, pero entre los que se enumera el de la guerra. Entretanto, Europa lanza su nuevo programa de defensa, denominado «[ReARM Europe](#)» (siguiendo con esa práctica, cara a las instancias europeas, de enumerar sus planes en imperativo porque, supongo, lo ven más interpelativo —una colega siempre hace comentarios jocosos sobre esta práctica: «levántate», «dúchate», «desayuna» ..., como una madre en día de colegio—). En España, el presidente Pedro Sánchez anuncia que el presupuesto de defensa subirá hasta el 2% del PIB (lo cual, teniendo en cuenta que los Presupuestos Generales del Estado [PGE] español son aproximadamente la cuarta parte del PIB, quiere decir que supondrá el 8% de los PGE), y eso lo hará, según él dice, sin afectar a las otras partidas presupuestarias (cosa que todos sabemos que es mentira, pero es igual, seguimos como si tal cosa). Europa quiere avanzar rápidamente al rearmamento porque, según parece, las tropas rusas ya asoman por Helsinki, Praga, Budapest y Varsovia. Hay prisa, prisa, prisa... ¿No ven el riesgo existencial para Europa?

Obviamente, no existe tal cosa como la amenaza rusa. Rusia no se va a lanzar a la conquista de Europa y arriesgarse a desencadenar una respuesta de los Estados Unidos. Además, dos países europeos poseen armas nucleares (Francia y el Reino Unido), lo cual es un riesgo excesivo. Y para acabar, hay un problema meramente de aritmética poblacional: aunque el territorio ruso es enorme, Rusia posee solo 140 millones de habitantes, mientras la UE son 450 millones. De hecho, para Rusia ya sería un reto logístico intentar ocupar permanentemente Ucrania, con sus casi 40 millones de habitantes —y es que es muy diferente defenderte en tu territorio que ocupar uno ajeno—.

Eso no quiere decir que Rusia sea un corderito, pero obviamente el escenario que se nos plantea no tiene ningún viso, en absoluto, de realidad. Un enfrentamiento con Rusia sería para los eslavos agotador y costosísimo, incluso si no contemplara la ocupación del territorio. Y, total, ¿para qué querría hacer eso Rusia? Europa es, aún hoy tras las quiméricas sanciones europeas, su principal comprador de materias primas. Y hay no pocas personas, no solo en Moscú sino en Frankfurt y en París, que están deseando que las conversaciones entre Putin y Trump sobre Ucrania lleguen a buen puerto (sin contar con la opinión de los ucranianos, por cierto) para reestablecer el flujo de materias primas a buen precio a los que Rusia nos tenía acostumbrados.

No. El movimiento rearmamentístico y militarista europeo tiene otro objetivo y otra razón, y hay que entenderlo en el contexto del resto de decretos y directivas que están firmándose en Bruselas en las últimas semanas, como una desesperada respuesta a los cambios geopolíticos

telúricos que ha supuesto el Segundo Advenimiento de Trump. Ya comentamos en [el post anterior sobre la legislación Ómnibus](#) y sus consecuencias en el plano ambiental. Pero la máquina legislativa europea no se detiene, y así hace unos días nos enteramos de que [la UE ha calificado como estratégicos, y por tanto subvencionables, 47 proyectos para la extracción de materiales críticos](#), 7 de ellos en España (liderados por grandes empresas, muchas con pleitos en materia medioambiental). Estamos hablando, en la mayoría de los casos, de depósitos de escaso tamaño y por tanto de potencial producción, o bien muy dañinos ambientalmente. Si Europa se lanza a acelerar estos proyectos es porque percibe una necesidad desesperada de acelerar. Y es que la crisis energética y de recursos avanza inexorablemente. Mientras algunos necios se entretienen en discutir sobre los galgos y podencos de cuándo será el *peak oil*, dando entender que «nunca», los CEOs de las principales compañías que explotan el *fracking* en los EE.UU. (lo único que mantiene la producción mínimamente estable, aunque por debajo de los niveles de 2018) [tienen claro que el *peak oil* es «ahora»](#). En este momento, en Colombia y en Bolivia la situación es bastante complicada (por decirlo de manera suave) por [la falta de diésel](#), un problema que se va extendiendo a toda Latinoamérica y a África (con Nigeria, principal proveedor de petróleo de España) a la cabeza. Lo único que mantiene a Europa protegida de la escasez de diésel es la fuerte recesión industrial alemana, pero eso no durará para siempre —ni tampoco es deseable para nadie—. Al tiempo, los problemas que su escasez están originando en zonas críticas para el suministro de ciertos materiales auguran que los problemas de la cadena de suministros de hace unos años podrían ser una broma por comparación con lo que se viene ahora

Europa necesita energía, necesita materiales, y los necesita ya. La tan cacareada transición renovable, [el REI, ha fracasado](#) y se está hundiendo, y Europa no dispone de grandes recursos naturales. ¿De dónde sacaremos la energía que necesitamos? La respuesta la podemos encontrar en [la primera de las tres preguntas que formulamos hace 9 años](#).

Europa va a invadir el norte de África

O, al menos, ésta es la intención no confesada de nuestros líderes (y aplaudida por empresas como Volkswagen, que ve no solo materia prima barata sino [la posibilidad de reconvertirse a la industria militar](#)). Es para eso que quieren las armas, es para eso que quieren militarizar las conciencias, es para eso que necesitan acallar los discursos críticos hasta que ya sea demasiado tarde.

Hablamos de defensa y de rearmamento, pero es un ejemplo claro de doble lenguaje al estilo de 1984, la novela (en su momento de crítica contemporánea pero cada vez más anticipatoria) de George Orwell. En realidad hablamos de agresión y de preparación para la guerra.

Ni que decir tiene que la propuesta es profundamente inmoral. Europa, en vez de seguir por una vez en su Historia un camino de evolución y trascendencia, quiere volver a escoger lo peor de su pasado —del cual nunca se desentendió, como demuestran tantos episodios vergonzantes en África en las últimas décadas—. Pero esta vez las cosas van a ser probablemente muy diferentes.

Europa no puede conseguir la sociedad guerrera que nuestros líderes quieren, al menos no en unas cuantas décadas —pero no tienen décadas para esperar—. No tenemos capacidad técnica ni experiencia, ni nuestros jóvenes tienen ese patriotismo chovinista propio de otros lares que les hacen prácticamente desear morir por la patria. Peor aún, los pocos sentimientos colectivos

que podrían ir en una dirección parecida son de corte nacionalista, y para nada paneuropeo: yo no veo a un español, un italiano, un griego o un húngaro yendo a morir «por Europa». De hecho, creo que tampoco encontraríamos en esa trinchera alemanes ni franceses...

Pero es que Europa es un continente, hoy en día, avejentado y sin recursos, y con una juventud desencantada y profundamente enfadada porque la gente de mi generación les ha robado el futuro. ¿Qué alternativas de vida se les está dando a la gente que tiene ahora menos de 30 años —o quizá 40 años?—.

Por otro lado, los procedimientos profundamente burocráticos que son moneda común en el hacer de la Unión Europea implican que se gastarán muchísimos recursos en informes, evaluaciones, reuniones, etc. completamente inútiles pero de los que en modo alguno van a prescindir porque son los que la casta gerencial europea usa para enriquecerse, aparte de para justificar su existencia. Es decir, la manera de funcionar de Europa garantiza la ineficacia absoluta de este esfuerzo bélico.

En realidad, el esfuerzo de guerra, con los 800.000 millones de euros comprometidos para ello, puede suponer tal sobreesfuerzo y tales pérdidas en el ya relativamente tenue estado del bienestar que Europa podría llegar a implosionar, a colapsar socialmente, como aquellas personas ya de cierta edad que se empeñan en hacer esfuerzos que décadas atrás podían hacer con sencillez y que hoy en día les podrían matar. Es algo repetido en la Historia de la Humanidad: grandes imperios que, en una época de profunda crisis, deciden intentar recuperar la gloria militar del pasado y sucumben ante el peso del gasto militar y la acumulación de problemas internos.

En realidad, deberíamos estar pensando en cosas radicalmente diferentes. En la recuperación de [tecnologías humildes](#), en la relocalización de la actividad, en la regeneración y en la renaturalización, y en la consolidación de la comunidad como unidad de base social. Sobre esto último, es significativo el llamamiento para que los ciudadanos dispongan de su «kit de supervivencia individual de 72 horas». ¿Y por qué 3 días y no 7, o dos semanas? En realidad, dada la complejidad de los riesgos que realmente nos amenazan —que son principalmente ambientales y climático— seguramente reforzar tu comunidad, tu grupo local, constituye una respuesta más segura, flexible, adaptable y resiliente.

Acabo ya. Estamos en una línea roja. Una que no debemos cruzar por un imperativo ético, pero también lógico: [la guerra tiene muy mala TRE](#).

Queridos lectores: éste es uno de esos momentos en los que uno no se puede permitir el lujo de mirar al otro lado. Es el momento de plantar el pie a tierra y decir clara y firmemente: No.

Yo no quiero que maten a mis hijos en una sucia trinchera en medio del desierto para intentar mantener la rueda de esta sociedad insostenible rodando tres o cuatro años más. ¿Y Vd.?

[Fuente: [The Oil Crash](#)]

Antonio Antón

Rearme y oportunismo

Trato cuatro cuestiones controvertidas sobre el análisis y las estrategias políticas para un cambio profundo, que suscitan debates en las izquierdas y sus tradiciones teóricas, dejando al margen las diferencias de contextos: el concepto de régimen de guerra, el significado del malmenorismo, el error de la prioridad antirreformista y la crisis centrista proveniente, sobre todo, por la derecha autoritaria.

Parto de la relevancia de un asunto fundamental, la construcción procesual y conflictual del sujeto colectivo transformador, capaz de modificar la relación de fuerzas con los poderosos. En ese sentido, es una idea sencilla y con gran carga política, la expuesta por Lenin, en tiempos convulsos, sobre que la “acción independiente de las masas”, respecto de la gestión institucional y los aparatos de las corrientes oportunistas, es una condición necesaria pero no suficiente para el cambio radical.

El concepto de ‘régimen de guerra’

Uno, el concepto de ‘régimen de guerra’ y más aún de ‘sociedad de guerra’ es problemático para analizar la actualidad europea o española. Aunque haya guerras abiertas (Ucrania/Rusia, Palestina/Oriente Próximo...) y tendencias militaristas y belicistas en los países occidentales, es excesivo hablar hoy de sociedades de guerra en la Europa occidental con implicación masiva de la población en una pugna militar abierta. No se trata solo de una situación con el incremento de la polarización social, de la represión coactiva a movilizaciones y organizaciones populares o de rasgos autoritarios o iliberales, con sus correspondientes dinámicas de rearme y militarización. Al introducir la palabra guerra, se interpreta una situación real e inmediata de enfrentamiento o conflicto armados, sean civiles o entre países. Y no conviene utilizar el mismo significante para las dos situaciones.

El problema no es solo analítico sino, sobre todo, político. Todo el poder establecido de la UE pretende basarse en la llamada crisis existencial europea por una situación de guerra en Ucrania para justificar una economía de guerra con un fuerte rearme militar, innecesario para garantizar la paz y la autonomía estratégica, y vinculado a un recorte de la inversión social y protectora y un refuerzo de las élites derechistas.

Podemos afirmar que, desde sus comienzos, el capitalismo y el colonialismo han recurrido a la violencia militar para imponer sus instituciones a las capas subalternas o países subordinados, y que en el actual estado de la pugna interimperialista, se están desarrollando dinámicas belicistas, intervenciones militares limitadas y una preparación occidental encaminada hacia una conflagración más general, particularmente, entre EE. UU. y China.

Se puede decir que el capitalismo y el imperialismo conllevan la guerra para asegurar su hegemonía, su expansionismo y sus beneficios. Pero no de forma exclusiva, fatalista y generalizada. En ese sentido, la democracia o el liberalismo político es instrumental para los grandes grupos de poder, a efectos de legitimidad popular y cohesión social o, simplemente, de equilibrio de fuerzas. Tampoco se puede decir lo contrario que, siempre y en toda circunstancia

sociohistórica, apuestan por las dictaduras, el fascismo y la guerra. La realidad y la historia son más ambivalentes y los sistemas políticos y la paz dependen de las relaciones de fuerza en cada país y a nivel geopolítico. Las democracias y la paz han sido fruto de la presión cívica de mayorías sociales.

Ante las amenazas de seguridad y de cambios de estructura de poder, las relaciones institucionales antagónicas terminan por dirimirse a través de conflictos político-militares, con reequilibrios de hegemonía político-cultural y sometimientos, más o menos violentos y coercitivos. Se puede reinterpretar aquello de 'socialismo o barbarie', ahora también en el plano mundial y con la (in)sostenibilidad del planeta al fondo.

En estos momentos, a pesar del rearme militar y el creciente discurso belicista, las sociedades europeas, las mayorías sociales, no están inmersas —todavía— en una contienda armada generalizada; no se pueden hacer paralelismos con el nazifascismo de los años cuarenta, aunque haya ciertos parecidos con las décadas de pugna interimperialista precedentes y posteriores a la primera guerra mundial. Sin ánimo de ingenuidad histórica, todavía hacen falta tiempo y condiciones para la tercera guerra mundial o un conflicto armado generalizado en el núcleo de Europa. Hay tendencias hacia ello y hay que ampliar en la sociedad una acción y cultura pacifistas pero, al mismo tiempo, hay que criticar la dinámica del miedo y la instrumentalización derechista de la llamada crisis existencial europea, con una situación de preguerra que conduce al rearme, la hegemonía de los grupos de poder, la degradación ética y democrática y la justificación del desmantelamiento del Estado de bienestar europeo.

Va siendo habitual el uso de ese significante, guerra, para hablar de guerras culturales, guerras arancelarias, comerciales o tecnológicas, etc. No obstante, el generalizar su uso para designar todos los conflictos de poder, más que crear la suficiente alerta pacifista y movilización cívica, puede generar confusión y pérdida de credibilidad defensiva... respecto de cuando realmente haya un conflicto armado masivo y en el corazón europeo (o mundial) o un riesgo creíble e inmediato, más allá de las guerras anticoloniales o periféricas; por ejemplo, la instalación estadounidense de misiles nucleares en Europa, en los años ochenta, con la generalización de sus bases militares, en el contexto de la guerra fría (o caliente) con la Unión Soviética y que produjo, precisamente, el mayor movimiento pacifista europeo (y español).

Hay que saber cuándo y cómo viene efectivamente el lobo para prevenir su destrozo. El problema para las izquierdas no se resuelve en el plano de la continua alarma discursiva de que viene el lobo sino que, dando por supuesto las amenazas existentes, consiste en adoptar medidas prácticas y contundentes para que, cuando venga, se pueda neutralizar su agresividad. No se trata de la idea tradicional de 'si quieres la paz, prepara la guerra', que justifica el rearme y el belicismo, sino de cambiar los factores y condiciones que conducen a la guerra, empezando contra la política del miedo y el crecimiento armamentístico.

Oportunismo y malmenorismo

Dos, es importante la pugna ideológica y política frente al oportunismo político —llámese malmenorismo, reformismo o posibilismo...—, como simple adaptación resignada de las izquierdas a una relación de fuerzas desfavorable, tal como advierte Gramsci; es el peligro principal para criticar. No obstante, en sentido contrario, hay que evitar los idealismos analíticos y discursivos. Hay que contemplar, desde el realismo, que en condiciones defensivas y si

realmente solo hay dos alternativas, una mala y otra peor, se pueda elegir la menos mala, creando condiciones para revertirla y preservando las propias fuerzas. No se trata de resignación y pasividad sino de análisis claramente realistas y de treguas activas para impedir la destrucción de fuerzas propias, así como de resistencia transformadora y acumulación de fuerzas para contraatacar.

Por tanto, la opción del mal menor, en el sentido de que ante la única posibilidad es elegir entre un mal malo y otro peor, se puede abordar desde dos perspectivas contrapuestas: la adaptativa y la transformadora. Y, en condiciones desventajosas, hay que partir siempre de una constatación trágica de la realidad, no de las hipótesis discursivas bienintencionadas, o sea, hay que valorar la reducción de otras posibilidades alternativas y la imposibilidad de una tercera opción positiva inmediata. En ese caso, y mientras se cambia la ventana de oportunidad, no es suficiente la toma de decisiones perentorias por una expectativa hipotética pero irreal en ese momento, con escapismo de las responsabilidades políticas para la salida menos destructiva ante una realidad trágica.

Hay ejemplos históricos, especialmente en el marco de la primera guerra mundial y la experiencia antifascista de los años treinta y cuarenta, así como, en otro sentido, en el proceso adaptativo posibilista de la socialdemocracia y el eurocomunismo, sobre todo, a partir de los noventa. Pero, quizá, el caso polémico más inmediato para la reciente estrategia de las izquierdas fue la formación de un gobierno progresista de coalición, anterior y posterior al 23J, junto con el voto de investidura al socialista Sánchez y frente a un gobierno de PP/Vox, situación que se puede repetir en los próximos comicios de 2027.

Este discurso crítico al malmenorismo, puede ser ambivalente, ya que se puede referir a dos actitudes estratégicas contrapuestas, de resignación o de resistencia. Actualmente, ¿se intenta legitimar la oposición al gobierno de coalición y defender una abstención ante la hipotética nueva investidura socialista, considerando por igual de malos los dos posibles gobiernos, de derecha extrema y de coalición progresista con apoyo nacionalista, al que se desecha como un mal menor a combatir?.

Desde luego, esa era la posición de grupo anticapitalista ante la posibilidad de que la izquierda alternativa apoyase y participase en un gobierno de coalición con los socialistas; en gran medida, se escindió de Podemos por ello, pero no fue la idea de su dirección y sus aliados en aquel momento. Ahora las relaciones entre las izquierdas están bloqueadas. Algunos de los dirigentes morados han manifestado su disponibilidad hacia la cooperación con el Partido Socialista, en determinadas condiciones, en especial manteniendo su autonomía política, aunque su prioridad es el desarrollo propio. El tema de las alianzas, con la combinación de los grados de cooperación y diferenciación, de colaboración y autonomía, entre los grupos progresistas, constituye un debate abierto y específico en cada etapa. Veremos cómo se encaran las siguientes elecciones y la próxima legislatura.

El error de la prioridad antirreformista

Tres, en algunos planteamientos radicales la prioridad política parece ser la victoria sobre esa tendencia calificada de malmenorista, o sea, el actual gobierno de PSOE/Sumar y, más en particular, sobre Sumar, como expresión mayoritaria —hasta ahora y en el plano institucional— de ese espacio a la izquierda del Partido Socialista. Puede ser un objetivo legítimo, con

procedimientos democráticos y frente al adversario común de las derechas. El problema aparece cuando se focaliza la movilización social y discursiva en ese objetivo 'antirreformista', para luego, tras desaparecer ese supuesto tapón de la deseada emergencia movilizadora popular, abordar la lucha contra las derechas.

Es un pensamiento irreal y sectario, dominante en los años veinte en sectores comunistas de la Tercera Internacional, para quienes el adversario principal era la socialdemocracia. La lección posterior enseñó a las izquierdas que la estrategia —revolucionaria— sería al revés, priorizar la capacidad movilizadora y de contrapoder popular para transformar las condiciones de las mayorías sociales frente a los poderosos; así se conseguiría mayor apoyo y legitimidad cívica para afrontar mejor el objetivo principal: derrotar a los grupos de poder derechista. Y, en ese caso, evidenciar la retórica vacía o la acción limitada del posibilismo centrista, que quedaría desacreditada.

Es el error estratégico de hace un siglo en los comienzos de la III Internacional —y la IV—, con el principio de 'clase contra clase', al considerar el principal adversario el llamado reformismo socialdemócrata, colaboracionista con la guerra interimperialista, cuando asomaba el fascismo, al que supuestamente favorecía; hasta el giro hacia la política de frente popular y las alianzas antifascistas, en los años treinta —incluidas la guerra antifranquista o la larga marcha maoísta—. Aunque luego, en los años setenta, fueron readaptados por el eurocomunismo más pragmático, con la unidad de la izquierda o el compromiso histórico, y la renuncia a una transformación sustancial de las relaciones de poder, sustituida por vagas declaraciones programáticas, mientras el grueso de la socialdemocracia giraba hacia el nuevo centro.

La crisis centrista o liberal viene, sobre todo, por la derecha autoritaria

Cuatro, se está produciendo cierta bancarrota del centrismo político y las derechas liberales, pero por la ofensiva derechista, ya que los grandes poderes fácticos se enfrentan de forma reaccionaria a su ilegitimidad pública, la desafección ciudadana y del Sur global y su necesidad de mayor control social y productivo, subordinación popular y autoritarismo. La crisis del liberalismo político, el posibilismo centrista o la propia democracia, no viene por la amenaza revolucionaria o el desborde popular por la izquierda.

O sea, como apuesta autoritaria se puede recomponer el dominio neoliberal, conservador y ultra en Europa... con la crisis social, ecológica y geopolítica —frente a China— al fondo, y la derrota de las izquierdas, el bloqueo del feminismo y la amenaza militarista de los imperialismos. Es la dinámica de rearme hegemónico, autoritario y regresivo para combatir. Sufren una profunda crisis de legitimidad, pero todavía no hay suficientes fuerzas sociales y políticas para garantizar un futuro de paz y bienestar. La tarea de las izquierdas, sociales y políticas, es acumular esas fuerzas de cambio democratizador.

Por último, hay conflictos entre las dos corrientes progresistas, la moderada o posibilista y la radical o transformadora. Pero, aparte de recordar la importancia de la movilización social para formar fuerza sociopolítica —la acción independiente de las masas— habrá que demostrar la capacidad transformadora o contrahegemónica popular y su representación social y política frente a los poderes fácticos. En esa medida, se incrementará su legitimidad y la insuficiencia del malmenorismo adaptativo. La cuestión es cambiar las actitudes de las bases sociales a través de la experiencia popular, la activación cívica y la credibilidad transformadora, no a través del

subjetivismo irrealista o el sectarismo discursivo, que suelen quedar en la impotencia. La relación entre las dos corrientes —y otros sectores democráticos— siempre debe obedecer a la combinación entre unidad y diferenciación. En definitiva, es imprescindible el realismo analítico y la voluntad transformadora.

[Fuente: [*Rebelión*](#)]

Louisa Schneider

La lógica del beneficio en la crisis climática

Groenlandia y Canadá muestran cómo el ciego afán de lucro impulsa la explotación ecológica y la inestabilidad social. Pero hay esperanza.

Los efectos de la crisis climática están por todas partes: en Brasil arde la selva tropical, en Senegal cambia el monzón, en Canadá se descongela el permafrost, en Groenlandia se derrite la gigantesca capa de hielo y en Australia se blanquean los arrecifes de coral. Como periodista, he visitado todas estas regiones y he escrito sobre estos cambios en el marco del proyecto «Grad Jetzt». Todos estos acontecimientos locales provocan reacciones en cadena que afectan a otras partes del mundo: son los llamados puntos de inflexión climática. En mis viajes, no sólo he observado los cambios en la naturaleza, sino que también he aprendido lo estrechamente entrelazada que está la crisis climática con el sistema de nuestra economía: la lógica capitalista del crecimiento está impulsando la explotación ecológica y la inestabilidad social, como puede verse en Canadá y Groenlandia.

Canadá: arenas bituminosas en «Fort McMoney»

Estaba de pie al borde del lugar de extracción de arenas bituminosas y fui testigo de una realidad absurda: frente a mí había un lago lleno de aguas residuales tóxicas, con decenas de espantapájaros en ropa de trabajo flotando en su superficie. Al mismo tiempo, sonaban repetidamente disparos de espantapájaros por todo el lugar para mantener a las aves —y a las personas— alejadas del agua tóxica. Las denominadas balsas de residuos, creadas por los vertidos tóxicos de la industria canadiense de arenas bituminosas, simbolizan de forma aterradora lo destructiva que puede llegar a ser la explotación de recursos con ánimo de lucro.

La industria de arenas bituminosas de Alberta es una de las mayores fuentes industriales de carbono del mundo. Aquí se extraen cantidades inimaginables de combustibles fósiles, pero el precio es alto: se talan millones de hectáreas de bosque para hacer sitio a las instalaciones de extracción, y la zona de extracción es tan grande que puede verse desde el espacio. El proceso es cuatro veces más perjudicial para el clima que la producción convencional de petróleo y produce una enorme cantidad de residuos tóxicos. Las comunidades indígenas que viven en la región pagan el precio más alto. Sus medios de vida están siendo destruidos, su salud se resiente por los efectos de la contaminación y luchan contra la expropiación de sus tierras. Estas llamadas «zonas de sacrificio» son producto del capitalismo que prioriza los beneficios sobre las vidas.

Los beneficios son el principal motor de la destrucción sobre el terreno. La ciudad más próxima a la industria de las arenas bituminosas, Fort McMurray, se conoce coloquialmente como «Fort McMoney». Sólo en 2022, los cinco mayores productores de petróleo del mundo que cotizan en bolsa, ExxonMobil, Shell, Chevron, Total y BP, obtuvieron unos beneficios combinados —no ingresos— de 200.000 millones de dólares. Los mayores beneficiarios de la crisis climática no son las empresas privadas, sino los Estados nacionales. Se benefician de los ingresos fiscales, los beneficios de las exportaciones y el control estratégico sobre los recursos fósiles que aseguran sus intereses geopolíticos. Estos Estados subvencionan deliberadamente la industria

de los combustibles fósiles para asegurarse ventajas competitivas y mantener el dominio internacional, aunque esto tenga consecuencias catastróficas para el planeta a largo plazo. La existencia continuada de esta industria perjudicial para el clima es posible gracias a miles de millones en subvenciones.

El gobierno canadiense apoya a la industria de los combustibles fósiles con unos 14.000 millones de dólares anuales, repartidos entre exenciones fiscales, ayudas directas e inversiones en proyectos de infraestructuras como oleoductos. Pero, ¿qué son 14.000 millones de dólares cuando toda la industria del petróleo y el gas ha obtenido unos beneficios de 3.000 millones de dólares al día desde 1970, todos los días, siete días a la semana, durante cincuenta años?

Estas subvenciones garantizan que las empresas sigan obteniendo beneficios, al tiempo que consolidan la dependencia de Canadá de los combustibles fósiles. Lo más irónico es que una parte significativa de estos fondos se declaran como «fondos de transición», supuestamente para promover la transición a una economía más verde —un ejemplo clásico de lavado verde—. La industria de las arenas bituminosas es una maestra del engaño. Las campañas de relaciones públicas la presentan como un sector económico indispensable que crea empleo y asegura la prosperidad. Pero tras esta fachada se esconde un modelo que no sólo destruye la naturaleza, sino que agrava las desigualdades sociales. Las subvenciones que fluyen hacia esta industria destructiva podrían invertirse en cambio en la construcción de una economía sostenible y justa. Es otro ejemplo de cómo la política promueve sistemáticamente la destrucción climática y medioambiental, a pesar de que los ingresos fiscales de la industria de los combustibles fósiles superan a las subvenciones, lo que sin embargo conduce a dar prioridad a los intereses de los combustibles fósiles.

Esta crisis climática no se debe a un fallo individual: la culpa no es de los individuos, sino sistémica. Sólo 100 empresas son responsables del 71% de las emisiones industriales de gases de efecto invernadero desde 1988; y el 1% más rico, los multimillonarios del planeta, emiten más del doble de emisiones que la mitad más pobre de la población mundial. La justicia climática en Canadá significaría poner fin a las subvenciones a los combustibles fósiles e invertir las en energías renovables e infraestructuras sostenibles. También significaría reforzar los derechos de las comunidades indígenas más afectadas por la destrucción, e implicarlas activamente en los procesos de toma de decisiones. Sólo distribuyendo los recursos de forma justa y alejándose de las prácticas destructivas podrá Canadá convertirse en líder de la lucha contra la crisis climática.

Groenlandia: ¿hacia un futuro justo para las personas y el planeta?

Me encontraba en la costa occidental de Groenlandia cuando otro coloso gigantesco se desprendió del glaciar con un estruendo ensordecedor. El rascacielos helado se estrelló contra el Océano Ártico, desatando olas de un metro de altura que atronaron contra la costa rocosa que había debajo de mí. Mi cuerpo vibraba.

Groenlandia es un codiciado destino estratégico y económico. Donald Trump está intentando agresivamente comprar la isla. Las materias primas de Groenlandia, como el uranio y las tierras raras, así como su situación estratégica en el océano Ártico, hacen que la isla resulte atractiva para las grandes potencias internacionales. Groenlandia alberga importantes reservas de materias primas, y se calcula que parte de las reservas mundiales de petróleo por descubrir (alrededor del 13%) y de gas natural (alrededor del 30%) se encuentran en el Ártico, sobre todo

en zonas marítimas como la bahía de Disko y la bahía de Baffin. Estos recursos podrían ser comparables a las reservas del Mar del Norte, pero las preocupaciones medioambientales, las directrices políticas y las incertidumbres económicas dificultan su extracción.

Mientras el deshielo de los casquetes polares abre nuevas oportunidades de exploración, Groenlandia decidió en 2021 dejar de conceder nuevas licencias de petróleo y gas para proteger el medio ambiente. Esto ilustra la dimensión global de la crisis climática: el acceso a estas materias primas alberga el riesgo de aumentar aún más las emisiones globales. Sin embargo, el claro rechazo de Groenlandia a la propuesta de Trump de comprar la isla envía un mensaje contundente: el país quiere tomar un camino autodeterminado y sostenible y mantener su independencia sin dejarse guiar por intereses económicos a corto plazo.

Esta independencia es un objetivo urgente. Groenlandia se administra de forma autónoma desde 2009, pero sigue dependiendo financieramente de Dinamarca. Cada año llegan de Copenhague unos 470 millones de euros en subvenciones. Para emanciparse económicamente, el gobierno groenlandés está debatiendo la extracción de materias primas —incluidos proyectos controvertidos como la ampliación del aeropuerto de Nuuk para impulsar el turismo— o el posible desarrollo de nuevas zonas mineras. Sin embargo, la extracción de materias primas entraña riesgos considerables: la degradación medioambiental, la división social y la dependencia de las industrias de combustibles fósiles podrían poner en peligro los frágiles ecosistemas de Groenlandia y el modo de vida de los inuit. Esta decisión no es sólo económica, sino también profundamente social. Los indígenas inuit, que constituyen alrededor del 90% de la población, consideran la preservación de su cultura y su conexión con la naturaleza como un pilar central del futuro de Groenlandia, al tiempo que Groenlandia ofrece oportunidades para configurar políticas y una economía respetuosa con el clima.

El país tiene un inmenso potencial hidroeléctrico, que ya se está utilizando para generar energía renovable. Los proyectos para generar energía a partir de la biomasa, en particular los desechos de pescado, así como el uso de la energía solar y eólica muestran los inicios de un modelo de desarrollo sostenible. Una economía respetuosa con el clima en Groenlandia también requiere reforzar los derechos indígenas. Los inuit tienen un profundo conocimiento de su naturaleza, de la gestión sostenible de los recursos y del hielo sobre el que viven desde hace miles de años. Su perspectiva no sólo podría ayudar a Groenlandia a proteger el medio ambiente, sino también a convertirse en un modelo internacional: un camino que preserve su cultura y demuestre que la independencia económica es compatible con la responsabilidad ecológica.

La crisis climática no es un problema irresoluble: es el resultado de las consecuencias del colonialismo, el capitalismo y el patriarcado. Si cambiamos estos sistemas en favor de todas las personas, abordaremos al mismo tiempo la crisis climática. Una mirada al pasado nos demuestra que las transformaciones sociales son posibles si un número suficiente de personas trabaja para llevarlas a cabo. La lucha contra el apartheid, el movimiento por los derechos de la mujer o el movimiento zapatista mexicano son pruebas de que las visiones colectivas y la cooperación pueden crear un mundo más justo. De nosotros depende ignorar los puntos de inflexión del sistema climático o aprovechar la oportunidad para remodelar nuestro orden económico. Una economía respetuosa con el clima requiere valentía, creatividad y voluntad de cambio, pero es posible.

[Fuente: [Sin Permiso](#), de [Surplus](#), trad. de Antoni Soy Casals]

Tariq Ali

Tierras conquistadas

El botín, para los vencedores. Hace cien años, al acabar la Primera Guerra Mundial, el Imperio británico y su aliado francés fragmentaron el antiguo mundo árabe que había estado dominado por los otomanos y crearon países nuevos (Iraq, Líbano, Arabia Saudí), principados y puestos de avanzada (los Estados del Golfo, Yemen del Sur) y Estados títere (Egipto, Irán), además de sentar las bases sobre las que se iba a crear el Estado de Israel después de la Segunda Guerra Mundial.

El botín, para los vencedores. Unos cien años después, tras el colapso del mundo comunista, el triunfante Estados Unidos se apresuró a balcanizar el mundo árabe y eliminar todas las amenazas reales e imaginarias a su hegemonía. El balance del recuento de las guerras del siglo XXI que han devastado Asia Occidental es atroz desde cualquier punto de vista. Desde la perspectiva de los estrategas imperialistas de Washington, ¿cómo es la situación que crearon? La “libertad” y la “democracia” están aún más lejos que bajo las dictaduras autoritarias y nacionalistas árabes. Hasta a los ocupantes más cínicos de la Casa Blanca y del Pentágono les resulta difícil justificar en público el caos que han creado.

Solo en el último año, la parte palestina ocupada del mundo árabe ha sufrido el ataque más salvaje por parte de Occidente, que actúa a través de su siempre leal sustituto, Israel. Las Cruzadas medievales fueron brutales, pero la ausencia de superioridad técnica en las armas que empuñaban ambos bandos supuso una ventaja para los árabes, que luchaban en su propia tierra. Esta vez Israel y sus aliados occidentales han matado de hambre y asesinado a la población palestina. Las imágenes de cadáveres de bebés devorados por perros que deambulan por calles desiertas son un escalofriante símbolo de la naturaleza completa de esta destrucción. El primer ministro británico pretende ahora convencer a Trump de que cambie la definición de genocidio, para evitar futuros problemas legales. Está en juego la civilización occidental frente a la barbarie. Resulta curioso que, a juzgar por sus propios comentarios, Trump puede ser menos partidario de matar que el líder del Partido Laborista británico.

La hegemonía estadounidense en la zona es, a primera vista, casi total. Estados Unidos se embarcó en una política global de dividir, ocupar, comprar y gobernar. Lo que empezó en serio con la guerra civil yugoslava se ha convertido ahora en una característica habitual de la estrategia estadounidense apoyada por Gran Bretaña y la mayor parte de la Unión Europea. Han sido increíbles los beneficios obtenidos por Occidente en la zona más rica del mundo en el ámbito energético desde la derrota de las potencias del Eje en 1945. Un breve repaso de la zona puede ayudar a poner de relieve lo que se ha perdido e indicar la dirección en la que se dirige.

Arabia Saudí

La primera llamada al extranjero que hizo Trump tras asumir la presidencia en 2025 fue al príncipe heredero saudí, Mohamed bin Salmán (conocido como MBS), lo cual sorprendió a pocas personas. Es verdad que MBS había ordenado ejecutar y descuartizar a una persona crítica, Jamal Khashoggi, que apoyaba a otra facción de la familia real y escribía regularmente para la prensa estadounidense donde criticaba regularmente a MBS por su ultraliberalismo y su

implicación en la guerra de Yemen. La célebre tetralogía del novelista saudí exiliado Abdurrahman Munif *Ciudades de sal*^[1] había satirizado a la familia Khashoggi. El tío de Khashoggi fue el médico personal del monarca fundador de la dinastía, Ibn Saud, y llegó a ser un rico e influyente hombre de negocios. Esta cercanía con las familias reales jordana y saudí llevó a Jamal Khashoggi a suponer que era intocable, un error que le costó la vida. Acudió alegremente al consulado saudí en Estambul para recoger un documento oficial. Fue capturado por un equipo de asesinos de MBS o *firqat el-nemr* (“escuadrón del leopardo”), asesinado a tiros y descuartizado, y las distintas partes de su cuerpo fueron empaquetadas cuidadosamente por separado. La policía secreta turca lo filmó todo, puesto que, como es natural, el consulado estaba bajo vigilancia. Impidieron que los restos de Khashoggi salieran del país y Erdoğan expuso al escrutinio público mundial al “Príncipe Leopardo”. Los colegas estadounidenses de Khashoggi afirmaron estar conmocionados y se le concedió a Khashoggi una portada en el *Time* y una esquila a juego, pero MBS quedó a salvo. El escándalo se calmó en seguida. Después de que los israelíes hayan asesinado a más de doscientos periodistas en Gaza, un solo saudí parece una bagatela, por muchos contactos entre la alta sociedad que la víctima tuviera en Riad y Washington.

Los cínicos saudíes que apoyan al MBS podrían afirmar que la modernización de Arabia Saudí siempre ha exigido eliminar a las disidencias. Cuando los británicos crearon el reino después de la Primera Guerra Mundial, Harry St John Philby, de los Servicios de Inteligencia británicos, ideó sus estructuras. Harry St John Philby hablaba perfectamente árabe, era experto en las interpretaciones de El Corán y tenía la misión de encontrar aliados fiables contra el Imperio otomano. Eligió la secta islámica más fanática disponible, los wahabíes, la unió a una tribu local fácilmente controlable y cuyos líderes eran poco inteligentes, rechazó y aisló a los wahabíes de la Península que eran más capaces y volvió esta combinación contra el Imperio otomano. Los wahabíes consideraban enemiga la principal corriente del islam, la sunní y chií. Se puso en la nómina imperial británica a personal clave, lo cual fue un golpe maestro: el fruto tardío de este matrimonio (lo que queda de al Qaeda y el ISIS) sigue hoy en día la misma tradición.

Durante la Segunda Guerra Mundial Gran Bretaña entregó el reino saudí a Estados Unidos en una ceremonia que tuvo lugar el día de San Valentín de 1945 en el navío *Quincy de la Marina estadounidense amarrado en el Canal de Suez*. El presidente Roosevelt y el rey saudí Ibn Saud firmaron un concordato que iba a garantizar el gobierno monárquico perpetuo de una sola familia. Roosevelt mantuvo la monarquía como salvaguarda frente a lo que se consideraban amenazas nacionalistas radicales y comunistas^[2]. No se habló de ellas, sino que Roosevelt inició la conversación a bordo del *Quincy* preguntando al Rey su opinión acerca de los refugiados judíos en Europa. ¿Qué hacer? El memorándum de la conversación nos informa de lo siguiente: “El presidente preguntó a Su Majestad su opinión respecto al problema de las personas judías expulsadas de sus hogares en Europa. Su Majestad contestó que, en su opinión, los judíos debían volver a vivir en las tierras de las que habían sido expulsados. Se debía conceder a aquellos judíos cuyos hogares habían sido completamente destruidos y que no tenían medios de subsistencia en sus países de origen un espacio para vivir en los países del Eje que los había oprimido. El presidente señaló que Polonia podría ser un buen ejemplo. Al parecer, los alemanes habían matado a tres millones de judíos polacos, por lo que debería de haber espacio en Polonia para reasentar a muchos judíos sin hogar...”^[3].

Ibn Saud quería que se le garantizara que las tierras árabes no iban a ser tomadas por los

judíos: “Su Majestad afirmó que la esperanza de los árabes se basa en la palabra de honor de los Aliados y en el bien conocido amor por la justicia de Estados Unidos, y en la previsión de que Estados Unidos les apoyará”.

Los hijos de Ibn Saud gobernaron el Estado con puño de hierro. En la década de 1950 el rey y sus príncipes empezaron a tratar de aumentar su cuota de ingresos procedentes de la producción de petróleo saudí, que gestionaba la empresa Aramco controlada por Estados Unidos, la cual se aseguró de que se aplastaban salvajemente las huelgas, se deportaba a su país de origen a los trabajadores y que los empleados saudíes no pudieran entrar en el cine de la empresa. Prevalcieron las leyes Jim Crow^[4], lo cual no es de extrañar teniendo en cuenta que gran parte de los empleados blancos pertenecían al Ku Klux Klan. La ola anticolonial que barrió el mundo árabe no dejó de afectar al Reino. El líder egipcio Gamal Abdel Nasser desafió a Gran Bretaña y Francia en 1956, nacionalizó el Canal de Suez y afirmó: “Que los imperialistas se ahoguen con su rabia”. Las potencias imperialistas invadieron Egipto junto con Israel, que entonces contaba con 8 años de existencia. Robert Vitalis proporciona en su obra *America's Kingdom* un relato único de este periodo, relato que acaba con muchos mitos^[5]. Las dos figuras saudíes que mejor paradas salen son el antiguo ministro del Petróleo, Abdullah Tariki, y el veterano diplomático saudí Ibn Muammar. Tariki, que era un tecnócrata astuto, hábil e incorruptible, defendió a finales de la década de 1950 que el Estado se hiciera cargo del petróleo saudí y fue demonizado por Aramco. Desde un principio ambos hombres defendieron incondicionalmente los intereses saudíes frente al gigante petrolero estadounidense.

Tariki contribuyó a dividir a la familia real al sacar a la luz la corrupción del entonces príncipe heredero Faisal. En 1961 Tariki y el príncipe disidente Talal, partidario del nacionalismo árabe, acusaron a Faisal de exigir y obtener una comisión permanente de la Arabian Oil Company (AOC), de propiedad japonesa. Se hizo público en un periódico de Beirut. Un Faisal enfurecido lo negó y exigió pruebas. Se las proporcionaron. Faisal quedó desacreditado. Tariki fue despedido y huyó al exilio. Vitalis nos informa de que un espía de Aramco que se encontró con él mientras estuvo en El Cairo informó a sus superiores de lo siguiente: “Le pregunté cómo concebía un cambio de régimen. Me dijo que sería muy sencillo. Un pequeño destacamento del ejército puede hacer el trabajo matando al rey y a Faisal. El resto de la familia real correrá a esconderse como conejos asustados. Entonces los revolucionarios pedirán ayuda a Nasser”^[6].

Esta opción ya no es válida, pero el constante caos que reina en la zona podría desestabilizar al Reino como ocurrió tras el 11 de septiembre [de 2001] (los atentados organizados por Osama bin Laden que llevaron a cabo sobre todo ciudadanos saudíes).

El rey Faisal fue asesinado en 1975 por un sobrino, que también se llamaba Faisal y que había estudiado en Berkeley y en la Universidad de Colorado Boulder a finales de la década de 1960, pero el rey asesinado había sentado las bases de la Arabia Saudí actual, con su dependencia del wahabismo para el control social. Aunque su hermano y su padre, antes que él, habían intentado institucionalizar las creencias wahabíes, fueron más flexibles. Después de la primera guerra del Golfo en 1990 llegó el ejército estadounidense; las bases estadounidenses en Arabia Saudí y Qatar se utilizaron para lanzar la guerra contra Iraq. A lo largo de la historia los ejércitos extranjeros han proporcionado un tipo de protección; la teología wahabí, otra.

El reino wahabí ha servido desde hace casi un siglo a las necesidades de Occidente. MBS es

nieto de su fundador. A su padre, Salman (nacido en 1935), no le queda mucho tiempo de vida y, salvo una guerra civil, hay poco que pueda impedir que MBS se convierta en rey. Incluso en el caso improbable de que hubiera oposición interna, MBS tiene el firme respaldo de Estados Unidos e Israel, lo mismo que Jordania y los Estados de los Emiratos Árabes Unidos (un amigo cataní bromeó una vez: “Somos los Estados Emiratos Árabes Unidos de América”). MBS estaba dispuesto a sellar un pacto con su rival [Israel] a cambio del respaldo de Estados Unidos en la región, pero Israel le defraudó al reaccionar al ataque de Hamás del 7 de octubre con una respuesta genocida en toda regla que le aisló de la mayoría del mundo no occidental. Los saudíes no hicieron nada. Su diminuto rival, Qatar, los volvió a eclipsar: las imágenes y los reportajes de *Al Jazeera* ofrecieron un fuerte contraste con las noticias falsas de las cadenas occidentales. De no haber sido por Gaza, no cabe la menor duda de que MBS y Netanyahu ya habían hecho un pacto. Ni de que lo harán.

Egipto

Egipto ha sido el mayor éxito de Estados Unidos en Asia Occidental desde la década de 1970. Las conversaciones en los cafés cairotas suelen estar jalonadas de días en vez de años: el día en que el rey Faruk fue derrocado por una rebelión de oficiales radicales, el día en que Nasser nacionalizó el Canal de Suez, el último día de la Guerra de los Seis Días, que prácticamente marcó el final del nacionalismo árabe. Anwar Sadat, el sucesor de Nasser, tomó el poder en 1970, luchó contra Israel en 1973 y después, en 1978, firmó la “paz” con Israel en Camp David. Tres años después murió asesinado por los disparos de soldados magnicidas durante un desfile militar en conmemoración de la Guerra Yom Kippur [de 1973]. Su sucesor, el vicepresidente Hosni Mubarak, se salvó por poco de ser asesinado también. Mubarak reforzó las relaciones con Israel, prohibió el uso de munición real en los desfiles ceremoniales y se dispuso a disfrutar de los corruptos frutos de una dictadura brutal. Su nombre pasó a ser equivalente de tortura, amoralidad, cinismo, hipocresía, corrupción, codicia y oportunismo, y, lo que es más importante, de lealtad ciega a Estados Unidos e Israel. El Alto Mando del Ejército egipcio no fue obligado a seguir este camino, sino que aceptó venderse. En 2024 el ejército recibió 1.300 millones de dólares.

En 2011 estalló en Túnez el movimiento de masas conocido como la Primavera Árabe, derrocó al dictador [tunecino, Ben Ali] y se extendió rápidamente a Egipto, donde la lucha para librarse de Mubarak llegó a ser inmensamente popular. Su cuartel general se estableció en la plaza Tahrir. Cuando quedó claro que era muy popular, los Hermanos Musulmanes se unieron a la lucha. *Al Jazeera* retransmitió en directo el espectáculo de la plaza Tahrir, donde había una reivindicación: “¡Democracia!”. El ejército egipcio estacionó sus tanques en la plaza y los estudiantes lo saludaron como salvador de la democracia. La consigna “el Ejército y el pueblo son uno” se convirtió en un cántico popular, aunque era más una expresión de esperanza que un hecho.

Mubarak pidió ayuda a sus amigos de Estados Unidos e Israel. Los Clinton trataron de salvarlo, pero ya era demasiado tarde. El ejército se dio cuenta de que, para poder conservar su propio poder, Mubarak tenía que marcharse. Los dirigentes militares que tomaron el mando no tenían interés alguno en la democracia. Empezaron a dividir a las masas y se dedicaron en particular a las mujeres. El movimiento, por su parte, no ocupó el edificio de la televisión estatal, que estaba situado justo detrás de la Plaza, para difundir sus reivindicaciones y permitir que la voz del pueblo

se oyera día y noche. La conciencia política creció rápidamente, pero la “revolución” fue extremadamente cautelosa. Se dio prioridad a la libertad, pero la fraternidad (la unidad árabe) y la igualdad (la justicia social) permanecieron en la sombra. Estados Unidos e Israel habían apoyado la dictadura de Mubarak, pero se vio muy poca oposición a ninguno de los dos países: no se quemó simbólicamente la bandera de las barras y estrellas, ni se vieron banderas palestinas, ni se pidieron elecciones a una asamblea constituyente para preparar una nueva constitución. Las fuerzas de izquierda eran minúsculas. Los liberales dominaron el espectáculo antes de que los Hermanos Musulmanes, liderados por Mohamed Morsi, decidieran unirse. Entonces se convirtieron en la única fuerza política que estaba seriamente organizada. Se había expulsado a los líderes más brillantes [del movimiento popular] que tenían cierta idea de estrategia y táctica política, y quedó al mando a un sector muy mediocre.

Como escribí en su momento, aunque los levantamientos árabes se parecían a la Europa de 1848, no se cuestionaron todos los aspectos de la vida: “Los derechos sociales, políticos y religiosos están siendo objeto de una feroz controversia en Túnez, pero en otros lugares todavía no. No han surgido nuevos partidos políticos, lo cual indica que las futuras batallas electorales se librarán entre el liberalismo árabe y el conservadurismo bajo la forma de los Hermanos Musulmanes, que siguen el modelo de los islamistas en el poder en Turquía e Indonesia, y se ha instalado con el apoyo de Estados Unidos”[\[7\]](#).

La hegemonía estadounidense en la zona se había visto ligeramente dañada, pero nada más: el rasguño se podía curar fácilmente. Los regímenes instalados después de los déspotas seguían siendo débiles. A diferencia de Venezuela, Bolivia y Ecuador, nunca hubo nuevas constituciones que consagraran las necesidades sociales y democráticas. El ejército garantizó en Túnez y Egipto que no ocurriera nada precipitado. Los Hermanos Musulmanes ganaron las elecciones [en Egipto] y Morsi fue nombrado presidente, pero fue un inepto en todos los frentes. Se ofreció muy poco a la población y los Hermanos Musulmanes se volvieron muy impopulares. El ejército tomó el mando y el general al-Sisi, un antiguo jefe de los servicios de inteligencia, organizó unas elecciones rápidas y obtuvo el respaldo liberal.

Al-Sisi continúa en el poder (ahora es más impopular que Mubarak) y hace lo que le ordenan Washington y Jerusalén. El culto que se creó para él fue grotesco, incluía sujetadores y ropa interior masculina con su imagen. La euforia liberal no duró mucho. Ahora le odia gran parte de la población y eso le pone nervioso a la hora de acoger a un millón de gazatíes para vaciar la Franja por orden de Estados Unidos e Israel, y entregarla al sector inmobiliario mundial. Si lo hiciera, es probable que tuviera que buscarse asilo en otra parte. Y aunque el pueblo árabe ha sido cauto desde 2011, su quietud no se debería dar por sentada.

La Primavera Árabe fue diferente en cada país, pero en ninguno se desafió el sistema. Era reconfortante pensar que los levantamientos eran revoluciones, pero nunca se llegó a ello. Los levantamientos de masas por sí mismos no son revoluciones, esto es, la transferencia de poder de una clase social a otra, o incluso de una capa social a otra, que provoca un cambio social fundamental. El tamaño real de la multitud no es determinante, solo lo es cuando en su mayoría desarrolla un conjunto claro de objetivos sociales y políticos que puede llegar a serlo. En caso contrario, siempre será superada por quienes sí lo hagan o aplastada por el Estado que se moverá rápidamente para recuperar el terreno perdido.

El Egipto posterior a 2011 es el mejor ejemplo de ello. No surgió ningún órgano de poder autónomo. Entre los errores que cometieron los Hermanos Musulmanes se incluyeron el faccionalismo, la estupidez y un excesivo afán en asegurar a Estados Unidos, Israel y los aparatos de seguridad nacional que todo iba a continuar igual. Por lo que se refiere a una asamblea constituyente, poco se estaba pensando en ello, en Egipto o en otros lugares. Cuando estallaron nuevas movilizaciones multitudinarias contra Morsi, incluso mayores que las que habían llevado al derrocamiento de Mubarak, la izquierda sugirió que algunos de los que engrosaban la multitud eran unidades del ejército y de la policía vestidas de paisano. Otras personas ya consideraban al ejército su salvador y en más de una ocasión aplaudieron la brutalidad del ejército contra los Hermanos Musulmanes. ¿El resultado? El *ancien régime* no tardó en volver al poder. Si lo primero no fue una revolución, lo segundo apenas fue una contrarrevolución. El ejército simplemente reafirmó el papel que desempeñaba en la política nacional. Fue él quien había decidido deshacerse primero de Mubarak y luego de Morsi.

¿Quién se deshará del ejército? ¿Otra movilización multitudinaria? Hasta que se produjo el ataque israelí a Gaza respaldado por Occidente, resultaba difícil de imaginar. Los movimientos sociales que son incapaces de desarrollar una política independiente están destinados a desaparecer. Pero, en contra de las apariencias, Gaza ha resucitado la conciencia política. El ejército permitió unas cuantas grandes manifestaciones propalestinas que permitieron a la población dar rienda suelta a su ira, pero eso también contribuyó a concentrar la atención en las debilidades del ejército y en la vergüenza que había supuesto para el país su incapacidad total a la hora de ayudar a la población gazatí. Netanyahu tenía sometidos a los generales egipcios. Y no solo a ellos: Jordania no prohibió las manifestaciones multitudinarias, pero tampoco hizo nada por la población palestina. Los saudíes y sus primos del Golfo padecieron una autoparálisis. Poco más que un poco de ruido amistoso. Los dirigentes del mundo árabe nunca han estado tan unidos tras la bandera de las barras y estrellas mientras se masacraba a sus pueblos.

Libia

La OTAN destruyó el viejo régimen de Libia tras seis meses de bombardeos que mataron a unas 50.000 personas. Hay pruebas convincentes de que al-Gadafi estaba dispuesto a negociar y había hecho muchas concesiones a su propio pueblo y a Occidente. Hugh Roberts ha echado por tierra de forma convincente en su libro *Loved Egyptian Night* el argumento de la “intervención humanitaria” que sostenía la asesora de Obama Samantha Power y algunas personas situadas a su izquierda^[8]. El objetivo de la intervención de la OTAN era provocar un cambio de régimen y acabar de eliminar lo que quedaba de nacionalismo árabe. Tres grupos yihadistas tomaron el poder mientras que bandas armadas tribales de distinto signo deambulaban por el país exigiendo su parte del botín. No era en absoluto una revolución, desde ningún punto de vista.

Los británicos y los franceses habían adulado a al-Gadafi para que abandonara sus pretensiones nucleares y por otros motivos. El degradado asesor político de Blair, Anthony (Lord) Giddens fue a Trípoli para darle las gracias en persona, comparó los horribles escritos del líder libio con su propia obra, *La Tercera Vía*, y volvió para informar a los lectores de *The Guardian* de que Libia pronto se iba a convertir en la Noruega de África. Una generosa propina a la London School of Economics garantizó que el hijo favorito de al-Gadafi recibía un doctorado, que había sido elaborado por Anne-Marie Slaughter. Los elogios de Sarkozy fueron igual de generosos y eso le

valió el apoyo financiero libio para su campaña electoral. Todo parecía ir bien hasta que la Primavera Árabe permitió a Occidente salirse con la suya. Primero fue la campaña de propaganda sobre el “deber de proteger” ante a un supuesto genocidio en ciernes, después el bombardeo aéreo de la OTAN y el linchamiento de al-Gadafi, que supuestamente fue sodomizado con una barra de hierro al rojo vivo después de que la inteligencia estadounidense filtrara su paradero, mientras Clinton, la Secretaria de Estado de Obama, cacareaba: “Vinimos. Vimos. Él murió”. Cinco años después, Clinton perdió [las elecciones presidenciales] frente a Trump.

Siria

En la década de 1960 hubo serios intentos de establecer las bases de un mundo árabe unificado, con tres grandes países, Egipto, Siria e Iraq, que estaban dirigidos por gobiernos populares nacionalistas radicales y en los que muchas personas habían puesto sus esperanzas. Se malogró debido a sus propios errores. Egipto fue comprado, Iraq fue colonizado de nuevo y dividido. ¿Cuál fue el destino de Siria? También en este caso, el levantamiento masivo de 2011 fue en gran medida genuino y reflejó un deseo de cambio político. Las potencias occidentales se implicaron, pero se las podría haber evitado. Si Assad hubiera aceptado negociar durante los primeros seis meses, o incluso después, se podría haber llegado a un acuerdo constitucional, pero en vez de ello emprendió la represión. Se reiniciaron las trágicamente familiares rencillas entre sunníes y chiíes. En cuanto la oposición decidió tomar las armas, la suerte estaba echada. Empezó una guerra civil y gran parte del movimiento se integró en un paraguas confesional respaldado por Estados Unidos y sus aliados. Turquía, Qatar y los saudíes suministraron armamento y voluntarios a su bando. La idea de que la Coalición Nacional Siria (SNC, por sus siglas en inglés) fuera la fuerza portadora de una revolución siria era tan ridícula como la idea de que los Hermanos Musulmanes desempeñaban el mismo papel en Egipto. Siguió una brutal guerra civil en la que ambos bandos cometieron atrocidades. ¿Utilizó el régimen gas u otras armas químicas? No lo sabemos. Los ataques previstos por Estados Unidos estaban destinados a impedir que el ejército de Assad derrotara a la oposición. Los iraníes y rusos mantuvieron al régimen en el poder hasta diciembre de 2024. La mayoría de las y los refugiados sirios establecidos en el Líbano y Jordania, incluidas muchas personas que había iniciado el levantamiento, sabían muy bien que los ataques estadounidenses no iban a mejorar la situación de su país. Quienes permanecieron en Siria temían a ambos bandos.

Después de muchos ataques contra la población palestina, los israelíes se han extralimitado y han ocupado parte de Siria en una alianza informal con el HTS, la filial de Al Qaeda apoyada por Turquía, y los kurdos sirios. La alianza entre israelíes y kurdos se está convirtiendo en una característica de la zona. Los dirigentes kurdos están tan preocupados por su propia situación que se han unido al cártel estadounidense-israelí. Parece que no se han enterado de las matanzas en Palestina. Se volverán a decepcionar. Por supuesto, muchas personas celebraron en Siria la partida de Assad, y es comprensible, pero Netanyahu y Washington también se alegraron. La alianza es un matrimonio celebrado en el infierno y las noticias que vienen del país “liberado” no son buenas. Proliferan los asesinatos por venganza. Siria ya no es un Estado soberano. Ha terminado el periodo postcolonial. Estados Unidos quiere que el modelo del Golfo se adapte a los territorios conquistados. No será fácil.

Irán

¿Por qué Israel está tan desesperado por eliminar a Irán? Los dirigentes sionistas consideran que cualquier Estado soberano bien armado de la zona supone una amenaza a su existencia. Han tenido una racha de éxitos en los últimos veinte años: Iraq destruido, Libia dividida, Siria ahora tomada por una combinación turcoisraelí que ha llegado a un acuerdo con sectores del aparato baathista. Pero ha tenido algunas consecuencias no buscadas. La decisión de Estados Unidos de provocar un cambio de régimen en Iraq en 2003 implicaba ceder cierta autoridad a los grupos clericales chiíes de Irán, lo que cambió el estatus de este país de un día para otro. Al tener a sus correligionarios en el poder en Bagdad, la República Islámica se convirtió en un actor fundamental en la zona, más fuerte que nunca y con más influencia. También está llegando a un momento en el que podría adquirir armas nucleares relativamente rápido, y la clase dirigente militar y de inteligencia sionista se siente amenazada. A pesar de que el mundo entero sabe que Israel tiene 300 cabezas nucleares y misiles que podrían llegar a cualquier lugar de Europa o Asia Central, con todo hay que destruir a cualquier rival potencial.

La soberanía de Irán y su petróleo es una combinación peligrosa para Estados Unidos. Washington quiere controlar ambas cosas, de modo que China y Rusia deberán obtener la luz verde estadounidense antes de poder comerciar con la República Islámica. La dirigencia clerical, por su parte, está dividida. Ya se ha engañado antes a quienes llevan turbante. Apoyaron a Estados Unidos en Iraq y Afganistán, y obtuvieron muy poco a cambio. Su antiimperialismo es el de los tontos. Lo que verdaderamente importa es el interés nacional y eso significa impedir que colapse el sistema clerical. Se debe evitar a toda costa otra revuelta al estilo de la de 2022. Desde Teherán se informa de que muchas mujeres se pasean hoy en día por las calles con la cabeza descubierta, como en Beirut. Se ha anulado la ley sobre "el hijab y la castidad", que aprobó el *Mijalis* [el Consejo Legislativo]. Pero la crisis económica provocada por nuestras sanciones, simbolizada por los cortes de electricidad generalizados, ha afectado duramente a la población, y las clases medias urbanas detestan el régimen. Algunas personas querrían que se produjera un cambio de la mano de una intervención extranjera, pero muchas otras valoran la relativa paz y seguridad de su Estado, en comparación con la devastación que las intervenciones occidentales han provocado en sus vecinos de Afganistán e Iraq. En Irán sería prácticamente imposible una operación al estilo sirio. Por muy afectada que se haya visto por sus recientes derrotas, la Guardia Revolucionaria no es un pelele y en el país no existe fuerza alguna que la pueda derrotar militarmente. En todo caso, es la Guardia Revolucionaria quien podría ser provocada para sustituir el actual régimen por una línea dura. A pesar de las derrotas en Líbano y Siria, el ejército iraní todavía puede contraatacar a Israel. Si Trump exige demasiado y el Guía cede, no es de excluir que los *pasdaran* [la Guardia Revolucionaria] actúen.

Israel-Palestina

Y ¿qué decir de Israel? Noam Chomsky y Norman Finkelstein, dos importantes críticos judíos de Israel y, sin embargo, firmes opositores durante muchas décadas a la solución de un Estado, han declarado ahora públicamente que Israel ya no debería existir. Por supuesto, quieren decir el Israel tal como está constituido actualmente: un Estado de asentamiento colonial y de *apartheid*, un monstruo colonial que desde la *Nakba* de 1948 en adelante ha estado vengándose de los árabes palestinos por los sufrimientos que en el pasado infligieron los europeos a los judíos. A

pesar de algunos desacuerdos sobre si debían adoptar una actitud más amistosa respecto al nacionalismo árabe, la mayoría los dirigentes sionistas decidió seguir en la línea de las potencias que los habían creado e ignorar la ayuda fundamental que habían recibido de Stalin en forma de armamento checo en 1948. De ahí la decisión de unirse a Gran Bretaña y Francia para invadir Egipto en 1956 e intentar derrocar a Nasser. Lo hicieron sin el permiso de Estados Unidos y Eisenhower se puso furioso. Ni Israel ni Gran Bretaña cometieron otra vez el mismo error.

Pero el problema persistió. Algunos historiadores revisionistas israelíes como Benny Morris publicaron investigaciones reveladoras que sacaban a la luz la *Nakba*, que él también siguió justificando. Morris, que había sido paracaidista del ejército israelí, admitió que todo lo que habían dicho los dirigentes e intelectuales palestinos era verdad. Sí, se vació por la fuerza los pueblos, se robaron las casas, las mujeres palestinas fueron violadas por los soldados israelíes. Sí, hubo masacres, pero ¿y qué? Se estaba imponiendo un orden social superior y para el proyecto sionista era fundamental la limpieza étnica a gran escala. Como afirmó Morris a un entrevistador de *Haaretz*, “ni siquiera la gran democracia estadounidense se podría haber creado sin la aniquilación de los indios. Hay casos en los que el bien general y final justifica los actos duros y crueles que se cometen en el curso de la historia”^[9]. Este tipo de argumentos supremacistas judíos son frecuentes actualmente en Israel, donde al menos el 70% de la población justifica el genocidio que está teniendo lugar. Con independencia de las diferencias entre partidos o doctrinales, el objetivo de los dirigentes sionistas siempre ha sido la creación de *Eretz Israel*. La invención de la historia, las disparatadas referencias al Antiguo Testamento, el menospreciar las pruebas genéticas y arqueológicas, la constante utilización como arma del judeocidio, todo ello se puso en juego para dejar claro que nunca sería posible un acuerdo pacífico con el pueblo palestino^[10].

Benny Morris acaba de ofrecer un nuevo análisis de los cambios que se han producido en la sociedad israelí desde el 7 de octubre. Empieza afirmando que actualmente Israel no está cometiendo un genocidio en Gaza: “El fiscal de La Haya y todos los sabios profesores que hablan de genocidio, desde Omer Bartov hasta abajo, están equivocados”. Morris afirma que no hay una intención deliberada de eliminar a la población palestina: “Han muerto muchos de ellos, pero no es una política”. No obstante, Morris escribe que el genocidio puede estar en perspectiva: “Puede que Israel esté en camino a ello, metido ya de lleno en el bucle que lleva al asesinato en masa, y conforma los corazones y mentes de la opinión pública”. Morris señala que es posible que algunas personas estén ya en ese punto, personas que refiriéndose a la población palestina citan a “Amalek”, el enemigo bíblico que hay que exterminar, y hablan de desarraigarla, de exilios y de transferencias [de población], como hicieron los nazis antes de 1940. Los sionistas religiosos expresan abiertamente su deseo de arrasar Nablus y Yenín: “Ya está presente la deshumanización que debe arraigar antes de los asesinatos masivos. Érase una vez un ministro de Israel que habló de «cucarachas en una botella» y se le reprendió. Hoy apenas hay reprimendas. La opinión pública israelí parece muy indiferente ante el asesinato masivo en Gaza, en el que se incluye a mujeres y niños. Se muestra insensible ante la hambruna que sufre la población palestina en Cisjordania al prohibirles trabajar en Israel y ante el violento acoso que sufren ahí las y los palestinos, incluso el año pasado, cuando muchos fueron asesinados por los colonos. La deshumanización es evidente cada día, se advierte en los testimonios de los soldados, en la matanza de civiles en Gaza, en la brutalidad demostrada por soldados y carceleros mientras los presos, algunos de Hamás y otros civiles, son conducidos semidesnudos a los campos de detención, en la rutina de palizas y torturas en los propios campos de detención

y en las propias cárceles. La opinión pública judeoisraelí es indiferente ante todo eso y parece que los políticos también. Las injusticias, la corrupción y las manipulaciones de todo tipo los zarandean sin cesar, de modo que están indefensos ante esta omnipresente crueldad. Todo ello constituye el signo de deshumanización que preceden al genocidio y lo fomentan”[\[11\]](#).

A diferencia de la BBC, la CNN y las cadenas de televisión francesas, Morris quiere que se conozca esta deshumanización. Aunque Morris no es indiferente, su sionismo se mantiene inquebrantable. Atribuye la misma culpa a la población palestina por su “deshumanización de los judíos”. Morris admite que es verdad que el desarraigo que [las y los palestinos] padecieron en 1948 y la opresión que han sufrido desde 1967 en Cisjordania a manos de los judíos, “a menudo con brutalidad y siempre con humillación”, tuvieron que ver con el hecho de que dejara huella de los corazones y las mentes árabes. “Los asesinatos masivos y los desplazamientos de los últimos 15 meses” no harán más que agravarlo. A continuación Morris “vuelve a la historia”, como Netanyahu y su padre (que también era historiador) para describir todas las masacres infligidas a los judíos “sobre todo por parte de cristianos pero también de musulmanes” en los últimos 2000 años.

Morris quiere otro Estado para la población palestina, pero sabe que es “inimaginable” y si no hay un segundo Estado, habrá un genocidio “propriadamente dicho”. No se detiene demasiado en quién ha impedido un segundo Estado: ¿la OLP? ¿Hamás? ¿O la entidad sionista cuya “limpieza étnica” de la población palestina él sigue defendiendo? Todas las pruebas demuestran que Ben Gurion fue quien instigó la *Nakba* de 1948. Él fue quien ordenó al ejército matar a la población palestina si se resistía a la expulsión, y se resistió. Moralmente no hay diferencia alguna entre el Ben Gurion de entonces y el Netanyahu de hoy[\[12\]](#).

Hace veinte años, el poeta hebreo Aharon Shabtai advirtió a su pueblo sobre Ben Gurion:

Nostalgia

El hombrecillo regordete

con el flagelo en la mano,

en su tiempo libre

recorre con los dedos

las teclas de un piano de cola. . .

Ayudará a resolver los problemas de la economía:

los parados se encargarán de los tanques,

o cavarán tumbas,

y al llegar la noche,

escucharemos a Schubert y Mozart...

Pero ahora, ¿con quién me encontraré
cuando salga a cenar?
¿Con los carceleros de Gramsci?
¿Qué clamor se alzaría
a través de la ventana que da a la calle?
Y cuando todo acabe,
mi querido, querido lector,
¿en qué bancos tendremos que sentarnos
los que gritamos “muerte a los árabes”
y quienes afirmaron que “no lo sabían”?[13]

Desde que escribiste estos versos, querido Aharon, las tragedias se han multiplicado. Durante muchos años creí que había dos opciones, dos Estados del mismo tamaño o uno con iguales derechos para todas las personas. Si al sionismo le hubiera interesado, cualquiera de las dos habría sido posible, aunque ninguna fuera totalmente satisfactoria. Pero al final se impusieron Ben Gurion, Morris, Begin, Sharon y Netanyahu. La OLP siguió pensando que Estados Unidos iba a obligar a llegar a un acuerdo y acabó rindiéndose en Oslo. Israel se comporta ahora como un socio menor del Gran Satán. ¿Hay que matar a dirigentes? ¿Hay que bombardear países, dividirlos y volver a bombardearlos? Háganlo. A cambio de ello, Israel se dedica a devorar a más palestinos y palestinas. Y si el millón y medio de personas no quiere convertirse en refugiadas, ¿se permitirá a los sionistas exterminarlas a todas completamente? A fin de cuentas, ellas tienen la culpa, por ser palestinas y palestinos.

[Fuente: [Rebelión](#). Fuente original: [New Left Review](#). Trad. del inglés para *Rebelión* por Beatriz Morales Bastos]

Notas

1. Véase el retrato hecho por Sabry Hafez, '[An Arabian Master](#)', *New Left Review* 37, enero–febrero de 2006. ?
2. Estados Unidos hizo lo mismo en Japón después de la guerra. Se argumentó que a Estados Unidos le interesaba mantener a Hirohito en el trono, a pesar de que había autorizado el ataque a Pearl Harbor. ?
3. Office of the Historian, 'Memorandum of Conversation Between the King of Saudi Arabia (Abdul Aziz Al Saud) and President Roosevelt, 14 February 1945, Aboard the USS Quincy', *Foreign Relations of the United States: Diplomatic Papers, 1945*. ?
4. N. de la t.: Las Leyes Jim Crow son una serie de leyes aprobadas en 1876 para privar a las personas negras de sus derechos civiles y segregarlas en los espacios públicos. Se aplicaron *de iure* sobre todo en los estados del sur de Estados Unidos y *de facto* en los

demás. No fueron abolidas totalmente hasta la Ley de Derechos Civiles de 1964 y la Ley de Derecho al Voto de 1965. [?](#)

5. Robert Vitalis, *America's Kingdom: Mythmaking on the Saudi Oil Frontier*, Stanford 2006. [?](#)
6. Vitalis, *America's Kingdom*, p. 234. [?](#)
7. Tariq Ali, "This Is an Arab 1848, But us Hegemony Has Only Been Dented", *The Guardian*, 22 de febrero de 2011. [?](#)
8. Hugh Roberts, *Loved Egyptian Night: The Meaning of the Arab Spring*, Londres y Nueva York 2024. El primer capítulo ofrece un relato sobrio e irrefutable de lo que ocurrió en Libia. Las páginas 109-113 ofrecen una crítica mordaz a Gilbert Achcar, de SOAS, cuyos argumentos eran "exactamente la postura de las potencias occidentales". El título del libro es una cáustica referencia al llamamiento de Kipling a la Casa Blanca de [el presidente estadounidense McKinley] en un bien pulido estilo trágico-imperial: 'Take up the White Man's burden / And reap his old reward: / The blame of those ye better / The hate of those ye guard / The cry of hosts ye humour / (Ah, slowly!) towards the light: / "Why brought ye us from bondage, / Our loved Egyptian night?"'["Acepta el fardo del hombre blanco / y recoge su vieja recompensa: / la culpa de los mejores, / el odio de aquellos a los que guardas, / el grito de las huestes a las que lleváis / (¡ah, despacio!) hacia la luz: / «¿Por qué nos sacasteis de la esclavitud, / nuestra querida noche egipcia?»"] (1899). [?](#)
9. Véase la sincera entrevista, al parecer destinada a un público exclusivamente israelí, reproducida por *New Left Review*: Benny Morris, '[On Ethnic Cleansing](#)', *New Left Review* 26, marzo-abril de 2004. [?](#)
10. Véase Rashid Khalidi, '[The Neck and the Sword](#)', *New Left Review* 147, mayo-junio 2024. [?](#)
11. Benny Morris, '[It's Either Two States or Genocide](#)', *Haaretz*, 30 de enero de 2025. [?](#)
12. Véase el notable estudio sobre las Fuerzas de Defensa de Israel de Haim Bresheeth-Zabner, *An Army Like No Other: How the Israel Defence Forces Made a Nation*, Londres y Nueva York 2020. [N. de la t. "Fuerzas de Defensa de Israel" es el nombre con el que se autodenomina el ejército israelí, todo menos "de Defensa"]. [?](#)
13. N. de la t.: el poema en inglés: The dumpy little man/ With the scourge in his hand,/ In his free time/ Runs his fingers/ Over the keys of a baby grand . . . /He'll help solve the economy's problems:/ The unemployed will man the tanks,/ Or dig graves,/ And, come evening,/ We'll listen to Schubert and Mozart . . . / But now, who will I meet/ When I go out for dinner?/ Gramsci's jailers?/ What clamour will rise/ up through the window facing the street?/ And when it's all over,/ My dear, dear reader,/ On which benches will we have to sit,/ Those of us who shouted "Death to the Arabs" / And those who claimed they "didn't know". [?](#)

Rolando Astarita

Sobreproducción y la crítica socialista

En una reunión por Zoom que mantuve días atrás con dirigentes y activistas sindicales surgió el tema de cómo responder al argumento de las patronales de que despiden y suspenden trabajadores porque en la rama en que operan hay sobreproducción. La cuestión tiene particular interés desde el momento en que la sobreproducción, o la sobreacumulación, hoy tienen dimensiones globales ([aquí](#) para los datos).

La sobreproducción y el ciclo de negocios, característicos del capitalismo

La sobreproducción es el resultado de la lucha de los capitales por ganar mercados a través del cambio tecnológico, el abaratamiento de los costos y las guerras de precios. Esa dinámica hace que a la fase de prosperidad del ciclo de económico le siga la sobreproducción –la oferta supera a la demanda en muchas ramas clave de la economía- con la consiguiente caída de los precios y de las ganancias, seguida de la crisis y la recesión (o depresión). Desatada esta, aumentan todavía más los inventarios de mercancías sin vender, y crece la capacidad ociosa. Se multiplican entonces las quiebras, y el desempleo crece vertiginosamente. Pero también caen los salarios, se intensifica la explotación de los obreros, se desvaloriza el capital, equipos de producción antiguos son mandados a desguace, y progresivamente, se recuperan las ganancias y mejoran las perspectivas del capital. Con la recuperación aumentan la inversión y el consumo, y la economía se recupera. A esta fase le sigue la prosperidad, o auge; y a esta la sobreproducción.

Lo esencial de esta historia: la sobreproducción y las crisis no ocurren por la mala política de tal o cual gobierno; tampoco se deben a maniobras especulativas de los capitales más poderosos, como muchas veces se piensa en la izquierda. Es cierto que políticas económicas equivocadas y las maniobras especulativas pueden agravar las cosas, pero la sobreproducción y las crisis tienen carácter sistémico, ya que son *el resultado inevitable de la misma acumulación del capital* (de aquí la importancia de una teoría de la crisis científica).

Las contradicciones del capitalismo

Lo idiosincrático de las crisis capitalistas de sobreproducción es que, a diferencia de las crisis de los modos de producción precapitalistas, o de los regímenes estatistas burocráticos (como fue la URSS), no son crisis por escasez de oferta, sino por exceso de producción, exceso de oferta. Como observaba Engels, el mecanismo de la producción capitalista «fracasa bajo la presión de las fuerzas productivas engendradas por él mismo» (p. 274, *Ant-Dühring*). Y citaba a Fourier cuando este decía, con respecto a las crisis capitalistas, que «*la abundancia resulta fuente de la miseria y la escasez*».

Abundancia concentrada en pocas manos, miseria de millones. Por eso Marx habló de ese aspecto “extraño” de la sobreproducción, que consiste en que “los trabajadores, los productores reales de las mercancías mismas que abarrotan el mercado, necesitan esas mercancías”. Las han producido “y sin embargo no las poseen” (p. 434 t. 2 *Teorías de la plusvalía*). Por eso, la acumulación de la riqueza intensifica la miseria (relativa, muchas veces también en términos absolutos). “En cada crisis se ahoga la sociedad bajo la exuberancia de sus propias fuerzas

productivas y de sus productos, inutilizables unos y otros, se encuentra perpleja ante la absurda contradicción de que los productores no tengan nada que consumir precisamente porque faltan consumidores” (Engels, p. 279, AD).

Se trata pues de la contradicción entre la riqueza producida por el trabajo asociado, y su apropiación privada. La crítica debe apuntar a la raíz del problema: la propiedad privada del capital. Esta es la base del programa revolucionario: socializar la riqueza que ha sido producida en forma social, y hoy es apropiada de manera privada.

Reformismo y nacionalismo frente a la sobreproducción y la crisis

Lo anterior significa que medidas reformistas –por ejemplo, los seguros de desempleo – son paliativos a los sufrimientos de los explotados, pero no impiden los efectos de largo plazo de la sobreproducción ni las crisis. Por eso, no hay forma de satisfacer el reclamo, habitual durante las crisis y depresiones económicas, de “encuentren ya una solución”, o “tomen medidas para acabar ya con el desempleo”. Lo cual constituye un problema mayúsculo para los militantes y activistas obreros, y los socialistas.

Sobre esto tuve una experiencia muy directa a fines de los 1970 y principios de los 1980, cuando viví, como exiliado, en Bilbao, España. Por aquellos años las grandes industrias del País Vasco, acero y astilleros, eran tecnológicamente atrasadas y no podían competir con, por ejemplo, los capitalistas japoneses, coreanos o brasileños. En consecuencia, las empresas de altos hornos y los astilleros reducían personal drásticamente o cerraban. Los trabajadores respondían con marchas, paros, etcétera, pero *el proceso de liquidación continuó*. Finalmente, buena parte de las reivindicaciones se centraron en las indemnizaciones por los despidos; y las industrias, en su mayoría, se hundieron. Como este hay cantidad de ejemplos en la historia del capitalismo. Se repiten en escenarios de sobreproducción y crisis, frente a los cuales el reformismo sindicalista no tiene salida de fondo.

Otras medidas, como el proteccionismo y las barreras aduaneras y arancelarias (hoy en ascenso, con EE. UU. a la cabeza) pueden incluso empeorar la situación. Entre otras razones, porque cuando un país establece barreras aduaneras suele ser respondido por los competidores afectados con otras barreras, desatándose espirales de exacerbación nacionalista y xenofóbica que dividen y debilitan a las fuerzas globales del trabajo. Una división que se produce cuando es más necesaria la acción mancomunada e internacionalista de la clase obrera.

Medidas inmediatas y mínimas, y la crítica socialista

Lo esencial a retener es que la crisis de sobreproducción es inherente al capitalismo. Por eso se han repetido regularmente desde que el modo de producción capitalista pasó a ser dominante (aproximadamente a comienzos del siglo XIX). Esto es necesario explicarlo. Es clave presentar las cosas de manera científica: la sobreproducción y las crisis son expresiones de las contradicciones del sistema basado en el trabajo asalariado. Y en este marco es que hay que adecuar la táctica. Lo cual no es sencillo.

De hecho, el problema que planteamos en cierto sentido se asemeja al que enfrentó Rosa Luxemburgo, en relación con el cambio tecnológico que ocurría en su tiempo. ¿Qué posición tenemos los marxistas, por ejemplo, ante la automatización, que deja a muchos obreros en la

calle? No hay una respuesta sencilla porque si nos oponemos al reemplazo de la mano de obra por las máquinas nos ponemos en contra del desarrollo de las fuerzas productivas. Pero si consentimos en la introducción de la maquinaria, el capital manda obreros a la calle. No existe una solución fácil a este dilema (sobre esta cuestión en Rosa Luxemburgo, [aquí](#)).

Por lo tanto, frente a la crisis y el desempleo provocado por la recesión, parece necesario combinar la crítica —en especial, la crítica a los curanderos sociales vendedores de humo— con la lucha a toda medida, aunque sea mínima, que alivie en algo los padecimientos de millones de seres humanos arrojados al desempleo. Defendemos un programa de reivindicaciones mínimas (salarios; condiciones laborales; seguro de desempleo; libertades democráticas) sin renunciar por ello a la educación socialista. Esta tarea, compleja sin dudas, pasa por la combinación de la lucha inmediata y la crítica teórica sin concesiones.

[Fuente: [Blog del autor](#)]

Enrique Del Teso

Los progresistas también pueden ser una infección

«El que acepta un amo ha nacido para tenerlo». Así zanjaba el rico y próspero Voltaire la contradicción entre sus lúcidos alegatos por la dignidad humana y la libertad con los beneficios que él obtenía con el comercio de la esclavitud. Más pecado comete el que vende a sus hijos que el que los compra, decía. Con algo de ingenio todo encaja, hasta democracia con esclavitud. «[...] esos bichos no respiran aire, no comen carne. Respiran beneficios, se alimentan de los intereses [...]. El monstruo muere cuando deja de crecer».

Así le explica un personaje de *Las uvas de la ira* a otro la naturaleza de los bancos y el mercado y por qué su miseria y desesperación eran, no solo inevitables, sino correctas. Estos días Europa parece el último reducto de las democracias liberales, la última fortaleza frente al autoritarismo. La mugre ultra manda fuera de Europa y crece como una mala hiedra dentro de sus murallas, y lo hace con el voto popular. Parecería que el ideal de Europa tendría que atraer mucho más que la fealdad y brutalidad ultra. Pero los sueños suelen estar hechos de topicazos y el sueño europeo también. Europa fue en muchos sitios explotación, esclavitud y barbarie. Europa fue Voltaire, excelencias en casa y atrocidades fuera. Y también en casa. Aunque se suavizara la injusticia límite retratada en *Las uvas de la ira*, nunca dejó de haber bolsas de perdedores del crecimiento que acabaron siendo bolsas de rencor. La libertad es sobre todo una libertad para el mercado que hace culpables a los pobres de su pobreza. Por eso Europa no fue tan seductora y por eso en sus entrañas crece la frustración que los químicos del malestar saben convertir primero en ira, después en odio y finalmente en apoyo a los traficantes del odio.

Pero no nos flagelemos. Descontextualizar es una forma de necedad, en el sentido etimológico de no entender. Y en el contexto actual, Europa, sin almíbar de valores risueños, es resistencia. No olvidemos lo que está pasando. Estos días Tom Friedman dijo en una entrevista: «Trump 1 estaba rodeado de amortiguadores, pero Trump 2 está rodeado de amplificadores. Simplemente ya no hay ningún amortiguador entre lo que Trump escucha en el bar de Mar-a-Lago y lo que se convierte en política del Tesoro o en política exterior días después». Trump dice que los aranceles son bajadas de impuestos. Es un soberano disparate, que puede desmontar hasta un lego en economía como el que escribe. Pero el mismísimo Secretario del Tesoro se refiere a los aranceles como recortes de impuestos, una muestra contundente de que Trump solo tiene voceros, no asesores. El mundo se está reconfigurando a bramidos, todo el mundo está amenazado, los mercados son un polvorín. No se trata del efecto mimético que consigue donde haya un tonto lo bastante profundo para babear por las migajas del amo, como el ridículo Bukele, haciéndose el importante con fotografías infames de los presos americanos que mandan a sus cárceles. Cualquiera puede ver que los ultras europeos, que son canallas pero no bobos, no están ruidosos como se esperaba con la victoria de Trump. Están mustios y como pisando huevos, porque el amo no pone fácil lamerle el culo amenazando a todo el mundo.

En lo que debemos poner atención es en la parte de la maldad ultra que ya se va asimilando aquí. Dos convencimientos malignos aumentaron en estos tiempos. Uno es que la democracia no funciona o no es la prioridad. No necesitamos democracia, necesitamos un líder, parece creer mucha gente. La democracia se asocia despectivamente con «los políticos», como aquello por

encima de lo cual surge el líder. Y cuando la gente quiere líder más que libertades, lo que quiere son los atributos más espurios del liderazgo. YPO, Young Presidents' Organization, es una organización de jóvenes multimillonarios que mandan en alguna empresa lo bastante grande como para sentir que el mundo es suyo. Si entran en su página, la consigna que les saludará es «El mundo necesita mejores líderes».

La ingeniera de Google Justine Tunney ya había propuesto nombrar al presidente ejecutivo de Google como director ejecutivo de EE. UU., después de haber transferido la autoridad administrativa a las industrias tecnológicas. Algo de eso hay en el mando que se le dio a Musk y su fantasmal DOGE. Esto solo indica la incultura y ramplonería de los niños malcriados de Silicon Valley. La consecuencia es Trump y el besamanos tembloroso de los niños asustados de las tecnológicas. Pero esta percepción, tan bien fabulada en Star Wars, fluye en otros formatos también por aquí. En España en concreto se usa la figura del Rey. Como no hay transición que atribuirle, ni 23 F para impostar una hoja de servicios, arrecia el culto al monarca como el hombre recto que está por encima de estos mediocres políticos. El tipo alto y rubio, dijo Reverte con motivo de la dana, haciendo de adulator de corte.

El otro convencimiento que crece y del que es máximo exponente Trump ataca al núcleo de la democracia: la responsabilidad. La democracia no se distingue de las dictaduras por su bondad. Lo que las distingue es que todas las áreas de poder han de ser responsables ante otras áreas de poder y la última instancia del juego de responsabilidades es el pueblo que vota. Si algo caracteriza la conducta de Trump y su influencia es la impunidad, la ausencia total de responsabilidad ante nadie, rebasar continuamente las líneas de contención sin explicación ni justificación. El andamiaje institucional que hace de amortiguador entre el poder y la votación popular es despachado por Trump como «estado profundo», como una masa de burócratas que limitan fraudulentamente al líder. Cuando se normaliza en la vida pública la impunidad, la falta de justificación y de responsabilidad, estamos chapoteando en el autoritarismo ultra.

Y parece que no se puede hacer nada, que son incontenibles. Pero no es verdad. Se puede ser lo mismo que ellos: patógenos a la espera de que cojan frío. Estamos rodeados de gérmenes siempre. Cuando cogemos frío, las defensas pierden eficacia y los gérmenes que siempre acechan entran. La democracia siempre está acechada por poderosos que lo quieren todo y patógenos fascistas de diferentes cepas. Solo hizo falta que se debilitaran las defensas para que las oligarquías lograran una propaganda eficaz para convertir el resentimiento en ansias autoritarias. Y parece que no se puede hacer nada. Pero en Roma hubo una sorprendente y notable manifestación por Europa. Europa ahora es resistencia. Ahora es un símbolo y los símbolos no basan su eficacia en la verdad, sino en el efecto sobre la conducta y el ánimo. Italia en tiempos de pandemia percibía a Alemania como país hostil, miraba más a China y vehículos militares rusos circularon por sus carreteras con ayuda para la epidemia. Los fondos europeos tuvieron que ver con que el sur no se echase al monte. Y esa Italia es la que sale a la calle a gritar Europa como acto de autoafirmación y de resistencia. En Budapest se montó otra manifestación contra Orbán y en Belgrado otra contra el ultranacionalista Vucic. Los dos están con problemas. La izquierda está haciendo en parte lo que debe. Todo eso que no sirve para nada, que no cambia nada, pero que retiene ideas y actitudes, todos esos memoriales, todas esas denuncias y manifiestos, todos esos panfletos y pancartas, todas esas intervenciones parlamentarias, todo eso son también gérmenes. Trump hizo coger frío a la ultraderecha y los gérmenes entran hasta en Hungría. A la izquierda solo le sobra melancolía y mojigatería tendente

al desmayo escandalizado y le falta decisión y lenguaje. Ahora hay que hablar claro y directo. Si queremos cambiar las cosas, que lo parezca; justo lo contrario de lo que se suele hacer, que se habla intentando no asustar. Lo que en otros momentos asustaba ahora vigoriza. Eso sí lo podemos aprender de los ultras. La izquierda tiene que ser más izquierda y que sus cambios sean cambios reales y lo parezcan. Y mientras tanto ser un patógeno insidioso. Siempre acaban cogiendo frío.

[Fuente: [Nortes](#)]

Alfredo González Ruibal

Valle de los Caídos: la máquina del odio

Una buena parte del patrimonio cultural es positivo. Es, de hecho, en lo que solemos pensar cuando pensamos en patrimonio: el Museo del Prado, la catedral de Santiago de Compostela o el acueducto de Segovia. Son logros culturales que siguen iluminando el presente y son importantes para crear identidad, nacional, regional, local e incluso universal –en el caso del Patrimonio de la Humanidad.

Desde hace años se habla también de otro tipo de legado: el patrimonio negativo. Aquí se incluyen desde campos de exterminio nazis a internados para indígenas, pasando por fosas comunes y barracones de esclavos. Lugares donde se ha causado un sufrimiento inenarrable.

El patrimonio negativo puede experimentar dos destinos distintos: en unos casos, se moviliza con fines positivos –se resignifica. Los campos nazis son un buen ejemplo: se han convertido en espacios para fomentar el respeto de los derechos humanos y concienciar sobre el horror que suponen los crímenes de lesa humanidad.

En otros casos no se hace absolutamente nada. Y entonces pueden suceder varias cosas: que se olvide tanto el monumento como lo que representa, lo cual es problemático porque hay historias que no deben ser olvidadas (de guerra, violencia política, colonialismo o autoritarismo).

También puede ser que solo se olvide en apariencia, y siga causando un daño moral y psicológico a sus víctimas o a los descendientes de las víctimas.

O puede ser que se convierta en una máquina de odio. Un espacio que continúa sirviendo para amedrentar y perseguir. El Valle de los Caídos es una máquina de odio.

Lo hemos comprobado los últimos días: una denuncia de Abogados Cristianos ha obligado al humorista Héctor de Miguel a declarar ante un juez por un chiste sobre la cruz de Cuelgamuros. Hazte Oír ha presentado una denuncia contra Esther López Barceló, escritora e historiadora, por su defensa razonada de la demolición de la misma cruz. Unos falangistas han atacado el despacho del profesor de derecho José María Urías por el mismo motivo.

Y son solo el último episodio de una larga serie de denuncias que llevan presentando asociaciones ultraderechistas desde hace años para impedir cualquier modificación en el Valle –incluida la exhumación de las víctimas republicanas encerradas en las criptas de la basílica.

La ultraderecha defiende el Valle como lugar de reconciliación de todos los españoles. Pero al mismo tiempo persiguen con saña a cualquiera que ose discrepar. Se trata de la misma disociación entre discurso y práctica del franquismo. Franco es como un padre, pero un padre dispuesto a fusilar a sus hijos si se portan mal.

El Valle de los Caídos es una máquina del odio por la facilidad con que se moviliza para fines antidemocráticos: asediar la libertad de expresión, exaltar la dictadura y acosar a quienes la critican. Por eso es imprescindible transformarlo. Y de manera urgente. La lentitud del gobierno

con este tema y la timidez con que lo aborda es injustificable.

La transformación, además, debe ser radical. No creo que sea posible una resignificación del Valle sin transformar profundamente su materialidad, lo cual implica derruir una parte del monumento -e insisto con lo de una parte: debemos conservar el Valle como testimonio de la dictadura). Y esa parte debería ser preferentemente el elemento más potente y polémico: la cruz. El proceso está claro: desacralizar, derruir, crear, volver a contar. La destrucción creativa hace años que es una práctica canónica en la gestión del patrimonio.

Con una derecha radicalizada, transformar el Valle de los Caídos no es un asunto menor: implica hurtarles su principal símbolo e impedir que lo sigan utilizando para celebrar la dictadura y perseguir a los demócratas. Por eso hay que desactivar la máquina del odio. Y hay que hacerlo ya.

[Fuente: [Público](#)]

Helena Bayona

Maternidad atravesada

Rosa entró a la cárcel de Iruñea llorando, “no por ser inocente”, cuenta, sino por dejar a sus hijos. “Entré y me pegué tres días llorando por ellos, a los tres días vino un psicólogo, un hijoputa de cuaderno. Me dice ‘¿qué tal estás?’, y yo llorando, ‘¡pues mal!’. Él me salta: ‘No llores tanto que cuando no estabas en la cárcel no has cuidado de tus hijos y bien los has dejado para irte por ahí. ¡Haberlos cuidado cuando tenías que haberlo hecho!’. Pegué una patada a la silla, que me gané un parte por ello, y le dije: ‘En la puta vida me he ido ni de cenas ni a otras cosas (traficar y putear), dejando a mis hijos. Si lo has hecho tú, es tu problema’”. Rosa sufrió una doble condena: la penal y la social. La primera a causa del delito cometido y la segunda por haber infringido el mandato de género, convirtiéndose en mala persona, mala mujer y mala madre. En suma, en mujer desviada.

El incremento de la población carcelaria femenina no se corresponde con una mayor criminalidad de las mujeres, sino con una mayor penalización de las conductas, una modificación de criterios de tribunales sentenciadores, con prioridades en las políticas de orden público y con el endurecimiento del Código Penal. Lo constata Carmen Juanatey Dorado, catedrática de Derecho Penal en la Universidad de Alicante en su investigación ‘Delincuencia y población penitenciaria femeninas: situación actual de las mujeres en prisión en España’, de 2018. “No solo eso”, cuenta Libertad Francés, abogada y coordinadora de la plataforma Salhaketa en Navarra, “se detecta que suelen ser más tardías las concesiones de permisos o de terceros grados, pero también se observan diferencias respecto a las sanciones que imponen”. Además, “el derecho penal tiene una doble mira con las mujeres”.

Cuando condenaron a Rosa en el 2000 era madre de una niña de dos años y de un niño de nueve. Según el artículo 38 de la Ley Orgánica General de Penitenciaria, de 1979, las internas pueden estar en compañía de sus hijos e hijas siempre que no hayan alcanzado los tres años. Pese a ello, decidió entrar sin la niña e intentó que ninguno supiera a dónde iba, solo que se iba a trabajar. Suspira: “No era ni mejor ni peor madre que ninguna, era una más, en mi vida igual peor, pero como madre una más”. Tardó dos meses en ver a su hija porque cada vez que nombraban su nombre se derrumbaba: “Era yo quien me encargaba de ellos, el padre nunca se ha encargado, él se hundió más que yo”. La situación más común es que las mujeres presas mantengan a sus hijos e hijas fuera de la prisión y esto suele acarrear un especial sentimiento de fracaso y culpa. Según un informe realizado en 2020 por la Asociación Pro Derechos Humanos de Andalucía (APDHA), el sexo, el trabajo, la maternidad, el acceso a la educación y la atención sanitaria representan los ámbitos principales donde las presas se encuentran en mayor medida discriminadas. El mismo documento recoge que el 80 por ciento de las mujeres presas son madres y el 56 por ciento tiene entre 21 y 40 años, es decir, se encuentran en período reproductivo.

Rosa decidió tener cuatro vis a vis familiares en vez de dos familiares y dos íntimos. Y como económicamente no podían sufragar los gastos del viaje, no se veían todas las semanas. “Hagas lo que hagas la prisión y la sociedad te va a cuestionar”, apunta Francés. Son muchos los condicionantes que hay que tener en cuenta: si hay una familia que pueda cuidar fuera (en el

caso contrario pasan a disposición de Servicios Sociales), si esa familia o las amistades pueden desplazarse en el caso de decidir ir a un módulo de madres, etcétera. Sea lo que fuere, decidir entrar con criaturas conlleva un alejamiento. En todo el Estado únicamente hay cuatro módulos de madres, localizados en Picassent (Comunidad Valenciana), Sevilla, Barcelona y Aranjuez (Madrid). En este último, se puede compartir la crianza con el otro miembro de la pareja si también está en prisión. También hay tres unidades externas de madres en Sevilla, Madrid y Mallorca.

Actualmente, según los datos de la Secretaría General de Instituciones Penitenciarias (SGIP) del Estado, las internas son 3.468, lo que representa el 7,3 por ciento de la población penitenciaria. No obstante, es una de las cifras más altas de mujeres en prisión si se compara con los datos de otros países europeos. A nivel global, representan en torno a un 10 por ciento de la población reclusa. Por origen, el 25,3 por ciento de las internas son extranjeras, porcentaje prácticamente equivalente al de hombres (25,7). La SGIP cuenta con 69 cárceles y dos hospitales psiquiátricos penitenciarios. De estas, solo tres son cárceles exclusivamente para mujeres. Hay un Módulo Familiar en el Centro Penitenciario de Madrid VI- Aranjuez (para compartir la crianza con el otro miembro de la pareja si también está en prisión), y tres Unidades Externas de Madres (Sevilla, Madrid y Mallorca). Catalunya tiene las competencias traspasadas así que cuenta con sus propios centros, que se sumarían a los anteriores.

La dispersión

Las presas políticas vascas, a causa de la dispersión, cumplían condena en España o en Francia —la dispersión terminó en 2023—. En este último caso solo pueden tener a sus criaturas consigo hasta que cumplen 18 meses. Como indican datos ofrecidos por el Ministerio de Justicia francés, hay 187 establecimientos penitenciarios, y 71 disponen de espacio para mujeres, pero las llamadas cellules mère/enfant (células madre/hijo) solo existen en 31 de ellos.

Olatz fue detenida junto a su pareja el 23 de junio de 2009 y, tras estar casi cinco años en distintas cárceles, fueron trasladadas a la cárcel de Fontcalent (Alicante). “Teníamos claro que queríamos formar una familia”, explica: “Al final me quedé embarazada en 2016 y en enero de 2017 nació nuestra hija mayor”. Al no disponer en Fontcalent de módulo de madres, un mes antes de dar a luz la trasladaron a Picassent, a donde llevaron a su pareja, Patxi, cuando el bebé tenía tres semanas. “Estuvimos juntos en la misma cárcel viéndonos una o dos veces por semana, teníamos una comunicación intermodular a la semana, en el polideportivo, para juntarnos los tres, que duraba unos 50 minutos”, cuenta Olatz. “Eso los martes y los viernes por la mañana teníamos comunicación con el exterior y luego, a parte, teníamos vis a vis familiar mensual de hora y media y vis a vis de convivencia mensual de cuatro horas”, añade. Tras pasar los tres años, estando otra vez embarazada, su hija mayor salió y las trasladaron a la familia a Aranjuez (el único centro donde hay módulo mixto) hasta que le dieron el tercer grado.

Explorar la realidad penitenciaria femenina implica acercarse al engranaje punitivo que describe Foucault en su obra *Vigilar y Castigar*. Olatz la describe como un espejo de la sociedad, una pequeña burbuja donde los roles de género y el paternalismo se reproducen y perpetúan: desde los tratamientos de “señorita” y “don” (manera en la que hay que dirigirse a los y las funcionarias: “¿Señorita, puedo abrir la puerta?”), hasta los continuos consejos que reciben o el tiempo que pudo dedicar el padre a su hija: “Hicimos el cálculo y mi pareja necesitaba un año entero para

pasar el tiempo que pasé con ella en una semana”, afirma. “Parece que estar en la cárcel supone no ser capaz verdaderamente de ser madre”, lamenta. De hecho, según explica Noelia Igareda, profesora de Derecho en la Universidad Autónoma de Barcelona en el texto ‘La maternidad de las mujeres presas’, el tratamiento penitenciario de la maternidad es uno de los pocos elementos incluidos en la legislación que otorgan un tratamiento concreto a las presas por su condición de mujer y es uno de los escasos ejemplos “donde el Derecho se atreve a legislar sobre aspectos del ejercicio de la maternidad en general, ya que generalmente considera que son aspectos que pertenecen a la esfera íntima de la persona”.

La cárcel se hace eco del reparto de tareas, pues son las mujeres quienes principalmente se encargan de todas las tareas de cuidado, tanto dentro como fuera de las rejas. Si antes hablábamos del escaso tiempo que pueden dedicar los padres a la crianza, tampoco podemos olvidar al reparto que se origina fuera de la prisión, pues no es casualidad que, una vez más, las redes de mujeres (madres, hermanas, amigas) sean quienes asuman el cuidado de quienes están en prisión. Así fue en los casos de las dos entrevistadas. Familiares y amistades de Olatz recorrían 600 kilómetros desde Euskal Herria hasta Picassent. Al cumplir los siete meses, la niña salía principalmente con su abuela, ya que era la persona con la que se quedó definitivamente cuando abandonó la prisión y era muy importante reforzar el vínculo de cara a la salida. Una salida dura y dolorosa para Olatz, a pesar de ser consciente incluso antes de quedarse embarazada de que ese momento llegaría: “Es imposible imaginárselo, hay que vivirlo, pasas de estar 24 horas al día durante tres años a que de repente te la arranquen de tus brazos”.

¿Y al salir?, ¿cómo es?: “Muy difícil, porque no te forman, no te preparan, sales con miedo a todo, a la sociedad, al pueblo, a la gente, a ti, a enfadarte y volver a cometer un error. Sentía que había un estigma hacia mí. De hecho, al salir yo llevaba a la escuela a mi hija y estaba sola, ninguna madre venía a hablarme. Eso, bueno, no me importaba. El mayor daño que me podían hacer era que no invitaran a mi hija a cumpleaños, entonces sí que me salía la madre delincuente”, narra Rosa. Para ella la salida fue complicada, al no encontrar trabajo fue a la asistente social, pero no se le concedió ninguna ayuda. “Aguanté 15 días, un mes, dos y al tercero dices, a empezar”. Y volvió a traficar, y volvieron a meterla presa. Cuenta que esa vez fue peor, porque el sufrimiento no solo era el suyo, sino el de sus hijos. Su hija, que se encuentra a su lado, no puede disimular una mueca de dolor: “A mí se me hizo, pfff...”.

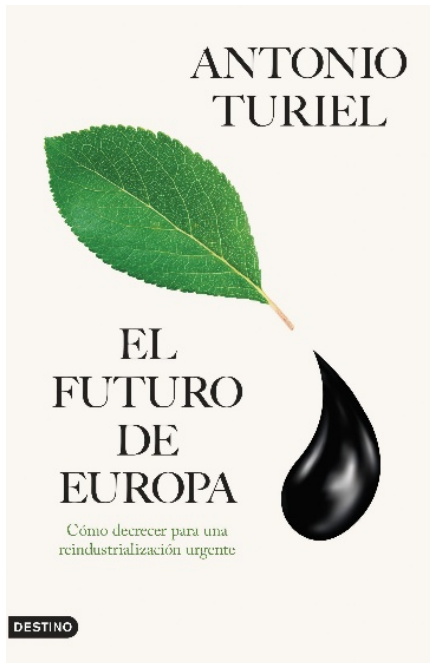
Olatz, por su parte, no olvida cómo fue el reencuentro con su hija mayor, ni la necesidad de repetirle incesantemente que no iban a volver a ninguna prisión, para tranquilizarla. Para ella la cárcel fue “mucho más cárcel” una vez que fue madre, porque no era únicamente ella quien la padecía. Vivían entre cuatro paredes panópticas gobernadas por personas ajenas que fiscalizan constantemente su comportamiento, restringiendo incluso la libertad de protesta, pues en caso de ser castigada también afectaría a su hija.

[Fuente: [Píkara](#). Este reportaje forma parte del monográfico «Cárceles», editado en 2022]

El futuro de Europa

Destino Barcelona 2024 192

A. R. A.



El conciso trabajo de Antonio Turiel constituye un texto recomendable para entender la crisis ecológica y pensar en alternativas. Está estructurado en tres secciones. La primera «Los retos actuales», sitúa la naturaleza de la crisis ecosocial, explica muy bien cómo no puede reducirse a la cuestión climática, porque se trata de una cuestión más general y sistémica e introduce la cuestión social como parte de esta crisis global. La segunda parte, «Soluciones que no funcionan», está encaminada a discutir las limitaciones y la inanidad de la política de la UE, centrada exclusivamente en el cambio de fuente energética, en el todo eléctrico basado en las energías renovables. Es un debate imprescindible frente a los tecno-optimistas que piensan que la crisis se resuelve con un mero proceso inversor, descontrolado, en renovables.

La tercera parte, «Reindustrializar Europa», se centra, precisamente, en plantear alternativas tecnológicas viables que permitan mantener un nivel de vida deseable, y que no nos conduzcan a un *cul de sac*. Es la parte más sugerente del libro, porque adelanta ideas que merece la pena explorar. No hace falta estar de acuerdo con todas sus propuestas —particularmente, discrepo de su capítulo final, donde sugiere que el problema no es el capitalismo si no el crecimiento, como si se tratara de cuestiones distintas— para recomendar la lectura del texto. Para entender los límites de alguna de las pseudoalternativas en uso, y para pensar en por dónde buscar alternativas.

27 3 2025

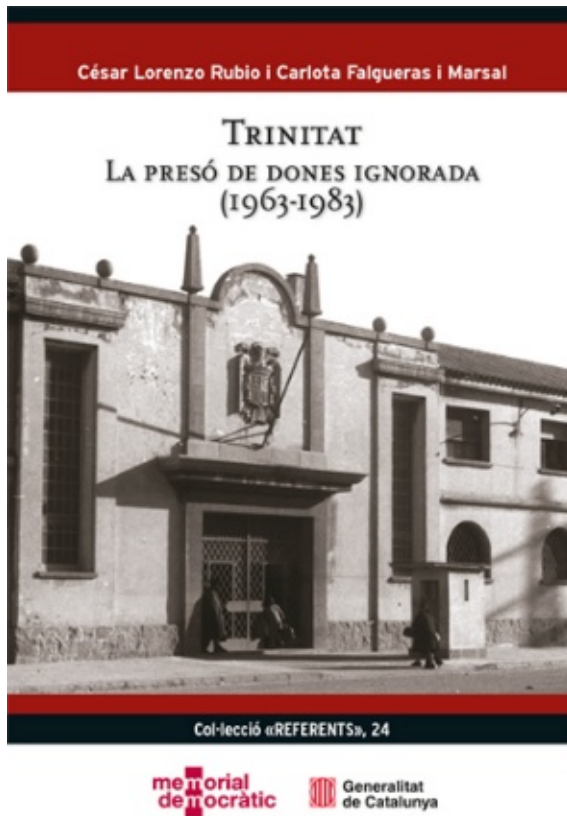
Trinitat. La presó de dones ignorada (1963-1983)

La presó de dones ignorada (1963-1983)

Memorial Democràtic Generalitat de Catalunya Barcelona 2025 663

Un poco menos de criptoginia histórica

Isabel Alonso Dávila



Nos explican César Lorenzo y Carlota Falgueras, en la introducción a este libro, que a principios de 2020 Begonya Pozo y Carles Padilla propusieron la palabra criptoginia para describir la ocultación de referentes femeninos.

Respecto a las cárceles de mujeres, podemos decir que ya disponemos de un cierto corpus que ha comenzado a enmendar algo esta criptoginia. Podríamos citar, por ejemplo, los pioneros libros de Tomasa Cuevas, una mujer presa que fue socia de la Asociación Catalana de Personas Expresas Políticas del Franquismo hasta su muerte y que en 1985 publicaba la trilogía *Cárcel de mujeres*, partiendo de las entrevistas con magnetofón realizadas a sus compañeras de presidio y a otras con las que ellas le pusieron en contacto. También podemos citar a Ricard Vinyes y su libro *Irredentas. Las presas políticas y sus hijos* (2002). También a Fernando Hernández Holgado, *Mujeres encarceladas. La prisión de Ventas de la República al Franquismo* (2003). A Pilar Molina con *La presó de dones de Barcelona. Les Corts (1939-1959)* de 2010. Y a Ángeles Egido, como coordinadora del libro *Cárceles de mujeres. La prisión femenina en la posguerra* (2017). Si enfocamos ahora más precisamente a la prisión de la Trinidad de Barcelona, de la que se ocupa

el libro que reseñamos, comenzó a desaparecer algo la criptoginia recientemente, con la obra de teatro *Dones Lliures* (2021) de La Voz Ahogada, el documental *Veïnatges forçats* (2021) de Júlia Montilla, y el libro de fotografías de Pilar Aymerich, tomadas cuando Las Cruzadas abandonaron el control de esta cárcel, *Presas 1976-1978* (2022). Ahora, el libro de César Lorenzo y Carlota Falgueras viene a completar de forma fundamental el conocimiento de este centro penitenciario.

El libro, después de una interesante presentación del historiador Fernando Hernández Holgado y una introducción de la autora y el autor, pasa a desarrollarse en dos partes claramente diferenciadas. La primera, firmada por César Lorenzo, está construida a partir de la consulta de fuentes escritas de archivo y prensa, que, muy bien utilizadas, han permitido al historiador acercarse no sólo a las presas políticas, sino también a las «comunes», que ahora llamaríamos «sociales», casi siempre olvidadas, pero que eran el grupo mayoritario en las prisiones de mujeres de la dictadura. La consulta de unos tres mil expedientes personales en el Arxiu Nacional de Catalunya da unos resultados especialmente interesantes en el capítulo titulado «Los delitos (más) comunes», en el que aparecen robos, prostitución, abandono de hogar, adulterio, aborto, infanticidio, etc. Sólo con nombrarlos podemos comprobar cómo algunos de ellos estaban claramente relacionados con una legislación que tenía su origen en el control del cuerpo de las mujeres a partir de la ideología nacionalcatólica imperante, que derivaba en leyes de matriz claramente patriarcal. Este capítulo de Lorenzo me ha llevado al recuerdo del precioso libro de Arlette Fargue, *La atracción del archivo* (1991), *Le gout de l'archive* (1989) en su edición francesa, en que muestra cómo la consulta de los archivos judiciales franceses del siglo XVIII le permitieron acercarse a las voces de quienes no suelen tener voz en otro tipo de fuentes escritas: las clases populares, las clases subalternizadas. Como contraparte de las mujeres presas, César Lorenzo ha llegado, también a través de las fuentes escritas, a las Cruzadas Evangélicas, ya que la de la Trinitat era una prisión controlada internamente por las Cruzadas, no por funcionarias, a las que las presas recuerdan, en la segunda parte, como mucho peores que las funcionarias y completamente obsesionadas por imponer un modelo de feminidad basado en el nacionalcatolicismo: prohibición de usar pantalones, faldas por debajo de las rodillas, obligación de asistir a misa; obsesionadas por el control del sexo de las mujeres, pero nada interesadas en poner coto a los abusos sexuales que ejercía el médico de la prisión sobre las presas a base de tocamientos.

La segunda parte del libro, interesantísima también, está construida a partir de los testimonios orales de cuarenta personas que tuvieron relación con la cárcel de La Trinitat, recogidos por Carlota Falgueras y César Lorenzo y grabados por Sergi Salamé. La mayoría de las entrevistadas son expresas políticas, muchas de ellas contactadas a través de la Asociación Catalana de Personas Expresas Políticas del Franquismo, lo que demuestra el papel fundamental que tiene el asociacionismo memorialista en la preservación de la memoria. Sus contactos permitieron a su vez el contacto con otras mujeres. Todas ellas no se consideran víctimas, sino resistentes, militantes del antifranquismo y, por ello, represaliadas. Lorenzo y Falgueras sólo han conseguido el testimonio de dos presas «comunes», a pesar de sus esfuerzos por contar con otros. También aparecen los testimonios de dos abogadas, un abogado, una diputada y tres funcionarias, que completan el conjunto. Los intentos de entrevistar a alguna de las cruzadas no dieron resultado.

La lectura de esta segunda parte permite conocer muchos aspectos que quedan ocultos cuando se consultan solamente fuentes escritas, de archivo, hemerográficas, etc. Por ejemplo, la

separación estricta de las presas comunes y las políticas y, dentro de las políticas, de las estudiantes y las trabajadoras, o los ya citados antes: prohibición de vestir pantalones y la obligación de que las faldas tapasen las rodillas, «para no provocar a las demás presas», los abusos del médico y de alguna presa de confianza, etc. Las entrevistas realizadas han quedado depositadas en el Banc Audiovisual del Memorial Democràtic, por lo que podrán ser consultadas por la ciudadanía en general.

Este libro aparece cuando los planes de remodelación de la zona del barrio en el que se encuentra el edificio de la prisión parece que van a echar a andar definitivamente y la pregunta es: ¿se cuidará de alguna manera la preservación de la memoria que transmite este lugar?

30 3 2025

Bye Bye Tiberias

Arte TV Francia 2023, 82 min

La actriz Hiam Abbass le cuenta a su hija, la directora Lina Soualem, la historia de su exilio de Palestina. Un viaje conmovedor a las tierras de su juventud y un homenaje a la resiliencia de una estirpe de mujeres marcadas por una dolorosa historia colectiva.

<https://www.arte.tv/es/videos/099738-000-A/bye-bye-tiberias/>



Bye Bye Tiberias

La actriz Hiam Abbass le cuenta a su hija, la directora Lina Soualem, la historia de su exilio de Palestina.

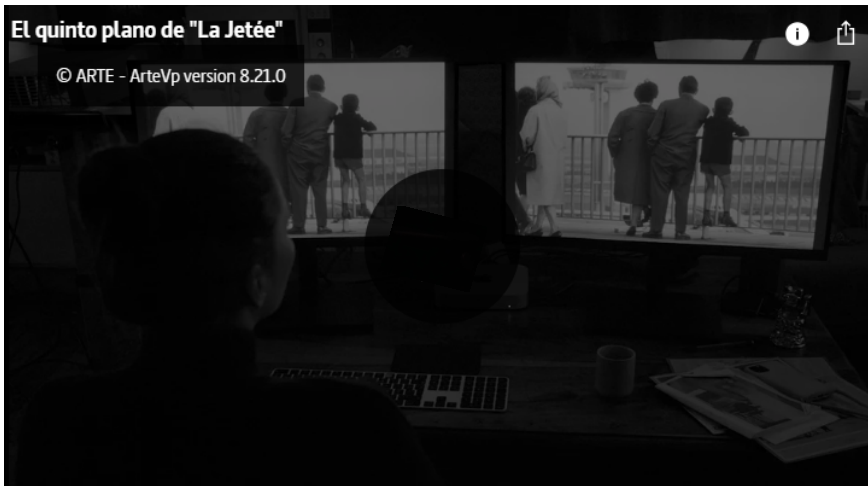
30 3 2025

El quinto plano de «La jetée»

Arte TV Francia 2024, 104 min

Un documental de Dominique Cabrera basado en el corto de Chris Marker «La jetée» («El muelle»), considerado una obra maestra del cine experimental. Entre el pasado y el presente, la realidad y la ficción, la directora de cine francesa profundiza en su historia familiar al tiempo que reflexiona sobre la verdad de las imágenes.

<https://www.arte.tv/embeds/es/109351-000-A?>



Rafael Poch, Andy Robinson, Joaquín Rábago y 52 firmas más

Llamamiento a favor de la paz y el desarme

Alarmados por el lenguaje orwelliano que se ha instalado en el discurso político europeo según el cual la guerra es el camino hacia la paz mientras que la paz sólo lleva a más guerra, hacemos un llamamiento a la cordura.

Los ciudadanos europeos nos hemos convertido en pasajeros involuntarios de un tren conducido por unos gobernantes que, con el declarado pretexto de “hacer sangrar a Rusia”, pretenden ignorar las consecuencias desastrosas de un conflicto del que todos seremos perdedores.

En vísperas de anteriores conflictos europeos, por ejemplo, la Primera Guerra Mundial, valientes intelectuales de las naciones enfrentadas, entre ellos Jean Jaurès, Romain Rolland, Bertha von Suttner o Bertrand Russell, se pronunciaron públicamente a favor de la paz, aunque por desgracia sus voces no fueran atendidas.

Hoy es atronador en todos los países el silencio de los intelectuales, que, al igual que el resto de los ciudadanos europeos, parecen preocupantemente anestesiados. Y cuando alguno decide hacer oír su voz a favor de las soluciones diplomáticas es inmediatamente difamado como “marioneta de Putin”.

Condenamos inequívocamente, por contraria al derecho internacional, la invasión rusa de Ucrania, pero somos conscientes de que esa tragedia es consecuencia también de la persistencia de una organización militar, la OTAN, calificada de “defensiva” y que, lejos de disolverse al no tener ya enfrente al bloque comunista, siguió ampliándose y llevó su expansión hasta las fronteras mismas de Rusia frente a las promesas que se le hicieron entonces al más alto nivel.

La guerra de Ucrania dura ya tres años; las víctimas a ambos lados superan con mucho el millón, aunque ninguno de los países enfrentados dé cifras oficiales, entre muertos, heridos y mutilados.

A lo que hay que añadir los millones de ucranianos que huyeron del país, unos a Europa Occidental, otros a Rusia, todos ellos intentando escapar de la violencia. Un auténtico desastre humano.

Los Estados Unidos de Donald Trump, más preocupados por lo que perciben como el creciente poderío de China o la situación de Oriente Medio, parecen decididos a expoliar a Ucrania, y de paso también, a endeudar a Europa, debilitando aún más nuestro Estado social, en beneficio de la industria militar estadounidense.

Y nuestros gobiernos, negándose a aceptar que, dada la desigual relación de fuerzas, la guerra está perdida, arrojan al presidente ucraniano prometiendo el envío de más armas y dinero para que el ejército ucraniano siga luchando hasta el último hombre o la última mujer.

Todo ello mientras proponen militarizar de modo acelerado nuestras naciones con el espantajo de un enfrentamiento con Rusia.

¿Han pensado nuestros gobernantes que, al no existir ya aquellos acuerdos de limitación de armamentos firmados durante la Guerra Fría y que tanto contribuyeron al mantenimiento de la paz, el enfrentamiento militar con una potencia nuclear como Rusia podría desembocar en una tercera, y esta vez definitiva, guerra mundial?

Hacemos un llamamiento a los políticos para que no olviden las dos grandes guerras que ensangrentaron el pasado siglo el continente y, abandonando la neolengua de George Orwell, trabajen activamente a favor de las soluciones diplomáticas.

Es la única manera de evitar futuras masacres que arrasen naciones para el mero lucro de la poderosa industria armamentística.

Firmantes

Fernando Aguiar González (investigador)

Javier Aguirre Santos (profesor)

Luis Alegre Zahonero (profesor de universidad)

Tariq Ali (escritor, director de cine e historiador paquistaní-británico)

Luis Alonso (artesano comerciante)

Txetxu Ausín Díez (investigador)

Olga Belmonte García (profesora)

Constantino Bértolo (crítico cultural)

Marie-Hélène Caillol (politóloga y profesora francesa)

Jorge Cano Cuenca (profesor de Filosofía antigua)

Marta Castellanos Garcés (profesora de educación secundaria)

Alberto Conde (profesor y traductor jubilado)

Juan Luis Conde (escritor y profesor de universidad)

Federico Corriente Basús (traductor y autor de informes críticos)

Inés Delgado-Echagüe (maestra de educación infantil)

Graciela Fainstein Lamuedra (investigadora)

Thomas Fazi (periodista y escritor angloitaliano)

Carlos Fernández Liria (profesor de universidad)

Amelia Gamoneda (catedrática de universidad)

Marysol García Martínez (pintora)

Susana Gómez López (directora de escena)

Belén Gopegui (escritora)

Ulrike Guérot (política alemana)

Gabriele Gysi (actriz y directora de teatro alemana)

Pollux Hernández (traductor jubilado)

Maite Imbernón (profesora)

Corinna Kirchhoff (actriz alemana)

Bernard Legros (periodista belga)

Félix Manzarbeitia Arambarri (patólogo)

Bernd Marizzi (profesor de universidad)

Elisa Martínez Garrido (profesora de universidad)

Ricardo Martínez Llorca (escritor)

Pilar Muñoz (periodista)

Emilio Muñoz Ruiz (profesor emérito)

Viviana Paletta (poeta y editora)

Pepe Peña (profesor de Filosofía, editor, documentalista)

Kees van der Pijl (político neerlandés)

Rafael Poch-de-Feliu (ex periodista jubilado)

Manuel Quejido Villarejo (pintor en acción)

Joaquín Rábago (periodista)

Hauke Ritz (escritor alemán)

Andy Robinson (periodista y escritor)

Jorge Rubio Redondo (maestro)

Matilde Sáenz (profesora)

Javier Sáez de Ibarra (escritor)

José Luis Santalla (fotógrafo)

Fernando Sanz Santa-Cruz (médico)

Berta Sarralde (profesora)

Michael von der Schulenburg (europarlamentario alemán)

Federico Soto Díaz-Casariago (profesor jubilado)

Peter van Stigt (periodista neerlandés)

Olegario Torralba (periodista)

Luis Torrego Egido (profesor de universidad)

Jorge Valdano Sáenz (guionista)

[Publicado en [Ctxt](#)]

Catalunya per la Pau

No al gasto militar, el belicismo y el militarismo

Actualmente más de cincuenta conflictos bélicos afectan varias regiones del mundo. A la invasión de Ucrania por parte de Rusia, el genocidio del gobierno de Israel contra el pueblo palestino, hay que añadir otras guerras en lugares con menor seguimiento mediático como Sudán, R. D. del Congo, el Sahel, etc., pero que también causan miles de muertes. En todas hay que promover el alto el fuego.

En estas circunstancias se produce la llegada de Donald Trump en la Casa Blanca que ha empeorado todavía más la carrera de armamentos y el belicismo que había en el mundo y en Europa a raíz de la guerra de Ucrania.

La historia nos enseña que los momentos de militarización siempre son el preludio de la guerra. Por eso hace años que están preparando el marco de justificación. El 2014, los países del OTAN acordaron incrementar los presupuestos de defensa hasta el 2% del PIB. Después de la invasión de Ucrania y del actual genocidio a Palestina, las prioridades políticas de la OTAN y la UE se han redirigido a impulsar un aumento del gasto en la adquisición de nuevas armas, la incorporación del servicio militar obligatorio y la financiación de la industria militar para que produzca más y la creación de más fondos de financiación para desarrollar nuevos prototipos más letales y autónomos.

El nuevo Secretario General del OTAN, Mark Rutte, ha manifestado que con el 2% no hay suficiente y que habrá que hacer sacrificios. Muchos gobiernos europeos están de acuerdo con el aumento; incluso hasta un 5%. Consideran que la seguridad es lo más importante y que se tendrán que hacer recortes en salud y gastos sociales. Afirmaciones que han ratificado el lituano, Andrius Kubilius, nuevo Secretario de Defensa y Espacio de la UE, o la estonia [Kaja Kallas](#), nueva Secretaria de Exteriores de la UE. Donald Trump ha ido más allá, ha exigido que Europa tiene que llegar al 5% del PIB en gasto militar, el mismo que ha ratificado el primer ministro de Polonia, [Donald Tusk](#).

En el encuentro del 17 de febrero de representantes de países de la UE convocados por Macron a Paris se reafirmó el objetivo de aumentar el gasto en defensa y seguridad, flexibilizando las reglas de estabilidad presupuestaria y considerar el endeudamiento del conjunto de la UE en gasto militar.

El presupuesto del Ministerio de Defensa del año 2024 fue el mismo que el de 2023 por estar prorrogado, para incrementarlo se han hecho transferencias de crédito de 2.929,2 millones € hasta llegar a 19.723 M€, el 1,28% del PIB. Pero considerando que se pretende llegar al 2% del PIB representará la colosal cifra de 36.000 M€ y si se tienen en cuenta otras partidas militares repartidas por otros ministerios, entonces la cifra podría llegar a los 46.000 M€. Un gasto que, a buen seguro, irá en detrimento de los gastos sociales.

Un incremento del armamentismo impulsado por portavoces de democracias donde no se pregunta a las poblaciones sobre estos temas tan graves, pero que **con el argumento de la seguridad favorecen el autoritarismo y el aumento de una extrema derecha neofascista** que

provocará un retroceso de los derechos y las libertades de la población.

La administración Trump también representa la persecución de los feminismos y de los colectivos LGTBIQ+, la negación del cambio climático y el aumento de las políticas de carácter xenófobo que acusa a los inmigrantes de ser los responsables de problemas sociales y de seguridad.

Las entidades abajo firmantes iniciamos una **CAMPAÑA CONTRA EL GASTO MILITAR**, considerando que un aumento en los presupuestos de Defensa comportará recortes en todos los ámbitos de los gastos sociales: salud, educación, pensiones, servicios sociales y en la mejora de un trabajo digno. Además, **el aumento en gasto militar no nos da más seguridad, sino que comporta más probabilidad de guerra abierta.**

Pedimos al Gobierno:

Que no ceda ante las presiones de la OTAN, de la Comisión Europea, ni de Donald Trump en el incremento del gasto militar.

Que ponga fin al comercio de armas y de tecnología militar y de seguridad (compraventa y tránsito) con Israel.

Apostar por la distensión, que lejos de la retórica amenazante y las espirales armamentistas de la OTAN, active el desarme, abra las puertas al diálogo y a la confianza mutua con el objetivo de desescalar los conflictos mediante el uso de la diplomacia, la negociación, la cooperación y la no violencia. Estas políticas tendrían que conducir a la finalización de la violencia armada en Ucrania, Palestina y otros lugares. Hay que retomar la apuesta de los años 90 de una seguridad común y compartida sin exclusiones en Europa.

Impulsar una política exterior orientada a la paz, orientada a la seguridad humana, mediante instrumentos como, por ejemplo, la mediación, la diplomacia, la defensa de los derechos humanos o la intervención civil en conflictos para construir la paz.

Fomentar espacios de diálogo entre movimientos sociales, académicos y políticos encaminados a elaborar propuestas de políticas de paz, cuerpos civiles de paz, defensa civil y de seguridad no armada. Potenciar los recursos humanos y económicos para la conversión de la industrial militar a sectores productivos civiles de interés.

Promover activamente una paz ambiental sustentada en bases científicas, con políticas claras de descarbonización justas y seguras que minimicen y reparen los daños que afectarán a las generaciones futuras. Reducir la utilización masiva por parte de la industria de armamento de minerales ya escasos, pero que son necesarios para conseguir un equilibrio ecológico más sostenible.

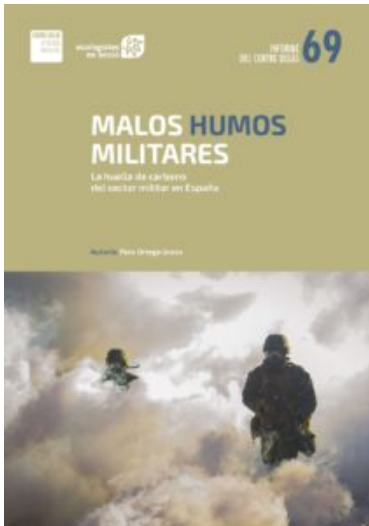
Impulsar políticas que incidan en la mejora de la vida diaria de las personas, en vivienda, salud, educación y servicios sociales. Impulsar una política de seguridad humana que ponga en el centro los cuidados de las vidas de las personas y del planeta y fortalezca los vínculos y el apoyo mutuo entre los pueblos.

Si queréis adheriros al manifiesto enviad un mail a
catalunyaperlapau@gmail.com

Pere Ortega

Informe 69: Malos humos militares

La huella de carbono del sector militar en España



El sector militar (fuerzas armadas e industria militar) es un gran consumidor de energía, la mayoría fósil y, por tanto, emisor de Gases de Efecto Invernadero (GEI). Para evaluar su huella de carbono es necesario contemplar todas las fases del ciclo de producción, desde la extracción de materias primas necesarias para la fabricación de las armas y equipos militares, hasta la utilización de estas armas y la gestión de los residuos que todo ello genera. Los ejércitos, por su parte, además de cuarteles, instalaciones y bases militares, tienen campos de entrenamiento donde realizan maniobras y prácticas de tiro, todo ello genera residuos, como los generados por las municiones explosionadas o sin detonar que degradan suelos, aguas marítimas y los ecosistemas donde se llevan a cabo ejercicios y maniobra. Los conflictos armados y guerras además de causar muertes y mucho sufrimiento, destrucción y miseria entre la población que las padece, contaminan suelos y acuíferos, destruyen hábitats y biodiversidad y, por supuesto, emiten enormes cantidades de GEI a la atmósfera aumentando el calentamiento del planeta.

Sin embargo, las fuerzas armadas y el sector industrial militar no están obligados a informar de sus emisiones GEI. En el Protocolo de la COP de Kioto de 1997, las emisiones militares quedaron exentas. En el Acuerdo de la COP de París de 2015, se suprimió esta exención, pero se consideró voluntaria la aportación de información sobre emisiones militares, a criterio de cada país.

Este informe ofrece una estimación de las emisiones GEI de la industria militar y las Fuerzas Armadas españolas y defiende la urgencia de conseguir transparencia y control en las emisiones del sector militar, añadiéndose a la demanda de que los gobiernos de los estados informen de las emisiones militares y se comprometan a reducirlas, siendo uno de los sectores con mayor responsabilidad en la crisis.

Lee y descarga [el resumen ejecutivo en castellano](#) y [en inglés](#), y [el informe completo en castellano](#) y [en inglés](#).

[Fuente: [Centre Delàs d'Estudis per la Pau](#)]

Pere Brunet

Informe 70: Fondo Europeo de Defensa Uso opaco de los fondos públicos



El primer programa de trabajo del Fondo Europeo de Defensa (FED) se puso en marcha en 2021. La convocatoria se publicó durante el último trimestre de ese año, y en enero de 2023 se publicó la lista de proyectos aprobados, con 60 proyectos de los 142 presentados. El presupuesto asignado a los mismos asciende a 1.166 millones de euros, de los cuales 322 millones corresponden a proyectos de investigación militar y 845 millones a proyectos de desarrollo militar. Las cinco principales empresas beneficiarias de esta primera convocatoria (Leonardo, Thales, Airbus, Saab e Indra) reciben más del 30% de la financiación y son al mismo tiempo las empresas que más presionaron para la creación del FED y que antes habían influido en las conclusiones del Grupo de Personalidades sobre Investigación y Defensa.

En este informe, el Centre Delàs d'Estudis per la Pau y la Red Europea Contra el Comercio de Armas (ENAAT) ponen en evidencia la opacidad de los proyectos beneficiados en la primera ronda de financiación del Fondo Europeo de Defensa. Para ello, analizan los problemas de transparencia durante la revisión intermedia de los proyectos del FED financiados en el marco de la convocatoria 2021 de la Comisión Europea (CE), con una muestra representativa de 6 proyectos. La investigación pone de manifiesto que los aspectos problemáticos ya detectados en las convocatorias iniciales PADR y EDIDP no han mejorado, siendo tan cuestionables y controvertidos como en su día, e incluso con tendencia a empeorar. Algunos de los problemas identificados son: falta de transparencia en la aplicación de las directrices éticas de la UE; falta de transparencia en el proceso de revisión de los proyectos; falta de transparencia en aspectos técnicos que pueden generar situaciones que resultan éticamente inaceptables y contrarias al derecho internacional; o falta de control en el uso de sistemas no tripulados que utilizan tecnologías de IA.

Lee y descarga [el resumen ejecutivo en castellano](#) y [en inglés](#), y [el informe completo en castellano](#) y [en inglés](#).

[Fuente: [Centre Delàs d'Estudis per la Pau](#)]

Pronunciamiento en relación con el derecho a la investigación histórica y la memoria democrática

<https://ahistcon.org/wp-content/uploads/2025/03/Comunicado-marzo-2025.pdf>

El pasado 11 de marzo de 2025 diversos medios de comunicación se hicieron eco de la sentencia del Juzgado de Primera Instancia número 5 de Cádiz que condena al catedrático de la Universidad de Alicante, Juan Antonio Ríos Carratalá y a diversos medios, por intromisión ilegítima al derecho al honor de Antonio Luis Baena Tocón, secretario judicial que participó en el proceso incoado contra Miguel Hernández en 1939-1940.

La sentencia condena a quien investiga aquellos hechos, caso del sr. Ríos Carratalá o los medios que han difundido sus hallazgos, lo que representa una amenaza evidente contra el derecho a la investigación sobre el pasado incómodo y traumático de nuestro país que constituyen el golpe, la guerra y la dictadura franquista.

La Junta Directiva de la Asociación de Historia Contemporánea, en nombre de las historiadoras y los historiadores contemporaneístas, se solidariza con Juan Antonio Ríos Carratalá y los medios condenados. Al mismo tiempo, expresa un enfático rechazo a que se anteponga el “derecho al honor” a la defensa del derecho a la verdad, la reparación y la justicia.

La Junta Directiva de la AHC manifiesta, nuevamente, su preocupación por los efectos restrictivos que este tipo de resoluciones entrañan para la libertad de los investigadores de realizar su trabajo y cumplir así el servicio público de investigar el pasado que tienen encomendado.

Junta Directiva de la Asociación de Historia Contemporánea

30 3 2025

Ernest Hemingway

Todos los ejércitos son iguales...

Todos los ejércitos son iguales

la publicidad es fama

la artillería hace el mismo viejo ruido

el valor es atributo de los muchachos

los viejos soldados tienen los ojos cansados

todos los soldados escuchan las mismas viejas mentiras

los cadáveres siempre han atraído a las moscas.